

EL PAÍS DE LAS PALABRAS

Federico Paratcha

El país de las palabras

Hay lugares a donde las palabras no llegan.

*Si lo que podemos vivir es un universo;
entonces lo que podemos nombrar abarca,
con suerte, un pequeño país.*

*Desde los observatorios y fronteras, con telescopios y catalejos,
las palabras miran el más allá imposible
y ensayan filas y columnas para disolver sus misterios.*

Esfuerzos atroces y patéticos.

*Porque la naturaleza de los misterios verdaderos
es inmutable, como es mutante la naturaleza de las palabras. Y
las respuestas, cuando parecen más necesarias,
no existen.*

Prólogo

Si este libro lleva mi firma es porque no encontré a nadie que se haga cargo de él. Su contenido llegó a mis manos a principios de 2021 por una changa, entre varios otros libros desarmados, húmedos y cubiertos de polvo. Mi trabajo era restaurar y hacer un encuadernado rudimentario de las piezas para la biblioteca de un centro cultural. Yo no tenía calificación ni experiencia para la tarea pero era el único postulante; así que me llevé a casa la caja con los ejemplares descuartizados. Para no mezclar páginas que no se correspondieran, y en buena medida también por curiosidad, leí bastante. Cuando reconstruí *El país de las palabras*, con los fragmentos dispersos en la caja, el desorden total y las incongruencias de la historia me dieron la impresión de que alguien intentó, con un resultado pobre, una novela intrincada semejante a la de Ts'ui Pên -que por algo no fue escrita en este universo-, entorpecida por un afán polifónico malogrado, poco coherente en su trama e ineficaz o ininteligible si es que busca transmitir alguna idea o concepto.

Cuando devolví la caja con los remiendos rústicos que hice de las obras, por supuesto, olvidé *El país de las palabras* sobre un mueble en el rincón de la habitación donde hice el trabajo; y, por supuesto, no me di cuenta sino tres meses después, cuando colaboré con el inventario y clasificación de los libros del centro cultural. Para esas fechas busqué la procedencia de *El País*. La edición que tenía no proporcionaba datos que constaten autoría, editorial, año ni lugar de impresión

y por ningún medio encontré esas informaciones, ni pistas de que algún personaje del libro pudiera ser o estar basado en una persona real. Tampoco encontré indicios de que existan los manuscritos sobre los que tanto insiste el propio texto, ni siquiera otro ejemplar de la misma impresión.

Fue esta aparente inexistencia del libro, emparentable con la inexistencia del país que Fernanda Torres describe, lo que me llevó a releerlo muchas veces. Nunca me convenció, no puede gustarme, siento que hay algo que está mal de raíz en la colección de fragmentos descuidados que compone este conjunto. Pero tratando de encontrarle un origen lo repasé hasta el hastío, lo transcribí, lo corregí ligeramente, le agregué como epígrafes frases que me parecieron adecuadas. Y ahora, sin atreverme a decir que *El país de las palabras* es mío, he sentido la necesidad de publicarlo. Más por darle un escape definitivo a una sucesión de fugas trucas que por otra cosa. No se piense que este es un gesto de generosidad de mi parte; al contrario, me he compenetrado tanto con esta historia que para mí esta publicación escapista tiene el único objetivo íntimo y egoísta de liberar mis propias miserias, de sacar, antes de que sea tarde, cosas que escondí y se están pudriendo adentro mío.

Espero que lecturas mejores, o lecturas por lo menos aceptables, saquen más provecho de este libro que yo, que sólo he podido proyectar mis propios horrores y frustraciones en sus páginas.

Federico Paratcha, Buenos Aires, 2021

deambularás entre los muertos tenues, sin aliento

Safo

Última carta de Fernanda Torres

Ángela, te pido perdón y te agradezco por todo.

Sé lo que dije para que me sacaran de la clínica pero la verdad es que recuerdo la vida que viví en un país escondido del mundo. El miedo constante a la tiranía. La enfermedad fulminante que mató a Galindo. Recuerdo cada palabra que dicen los papeles que encontré entre sus cosas. Puedo distinguir la caligrafía de cada uno. Y no se va de mis ojos la cara de Clara cuando la escondí bajo el falso piso de la camioneta. Su mirada en la mía antes de cerrarle encima la tapa que la sometería a la oscuridad y el calor, al aire reducido y viciado de esa caja metálica, ese sarcófago que fue lo último que le di. Si vieras sus ojitos mojados cuando le dije que se agache para caber en ese cubo, pobre hija; su frente fruncida y sus labios apretados después de verme correr y ordenar todo para irnos así, sin explicarle nada.

Y después de tanto tiempo forzada a decir que todo esto no es más que una ficción, hay algo en mí quebrándose. Un viento erosiona y se lleva de a poco lo que constituía mi memoria, va muy lento despojando mi identidad, desalojando el espacio donde yo guardaba la verdad.

Por eso me ausenté esos meses. No voy a fatigarte contándote mi itinerario. El punto es que busqué por todas partes a Clara y a las otras mujeres que escaparon y, después de agotar todas las posibilidades, fui a buscar mi país. Quería ver el alambrado, oler de nuevo la mierda de su existencia aunque sea desde el borde. Y llegué cerca. Medio kilómetro antes, por la ruta por la que me fui, un retén policial no dejaba pasar a nadie. Al parecer, todo el territorio de mi

país no es más que un bosque que hace poco se incendió completamente. Por supuesto, no pude ver el fuego, ni el alambrado, ni la frontera secreta por más que intenté sortear los controles.

Todo tiembla ante mí y exige ser aceptado sin que yo pueda saber ni comprender nada.

Para colmo, cuando consigo dormir, tengo siempre la misma pesadilla. Sueño que estoy en el velorio de Galindo otra vez, que lo veo en el cajón y no lo reconozco. El hombre en el ataúd es muy parecido a él, incluso idéntico, pero es otro; y pasa lo mismo con todos sus parientes que deambulan por la funeraria. A simple vista todos iguales. Ninguno llora, ninguno habla cerca de mí; y yo busco los ojos esquivos porque siento que todo es un engaño, que mi esposo vive y está camuflado en esa multitud de copias. En un momento recuerdo que Clara está por ahí pero no consigo verla, la busco por todas partes, cada vez más preocupada, hasta que entro en una habitación y dejo de estar, soy la puerta que cerré detrás de mí viendo a Galindo. Esta vez es él sin duda. Escribe y escribe sentado frente a un escritorio en penumbras. Veo su perfil que sonrío. Después se levanta de su silla y reparte las páginas que acaba de llenar entre un grupo de mujeres encadenadas a una mesa. Ellas están desnudas, sus cuerpos pálidos tienen marcas de golpes, sus ojos están hinchados de llorar y sus caras desfiguradas por gritar hasta perder la voz. Copian a toda velocidad en otros papeles los textos que acaban de recibir, poseídas por el espanto. Me cuesta entender sus facciones, me convengo de que alguna es Clara, alguna es mi hija pero no la reconozco. Y no puedo hacer nada; intento moverme, intento gritar pero mi cuerpo ya no existe.

Atrás de la escena hay una ventana pequeña pero suficiente para revelar la inmensidad del valle y las montañas en el horizonte. Y recién cuando veo la serenidad del paisaje enmarcado por el tragaluz, despierto y nunca puedo volver a dormir.

Ya no sé, amiga, qué es pasado y qué futuro, qué es verdad y qué delirio. ¿Será que entré en una fuga disociativa? ¿Será que quemé a la que fui y antes de hacerme otra vida me transformé en este fantasma sin tiempo ni lugar? Hay quienes fantasean que no ser de ningún sitio es ser de todas partes, que soltarse del tiempo es sacarse una presión, y que eso es la libertad. Pero yo, que no tengo dónde ni cuándo; en vez de pasado, en vez de futuro, en vez de una tierra propia y en vez de un exilio, sólo tengo pesadilla.

Ángela

Me hice amiga de Fernanda por los libros. No entiendo mucho del tema pero sí leo y me encanta; ella sí sabía muchísimo y yo disfrutaba un montón de escucharla hablar de eso.

Yo trabajaba como enfermera en el Círculo Virtuoso hacía ya varios años y estaba cansada, por distintas razones, estaba decidida a renunciar en cuanto consiguiera cualquier otra cosa. Y Fernanda fue internada en la clínica algún día de mayo de 1970, apenas meses antes de que yo pudiera irme. Seguramente estábamos destinadas a conocernos.

Allí la trataron durante 90 días, más que nada con electroshocks, pero también con inyecciones y pastillas. Al momento de su internación no tenía ningún documento que acreditara su identidad, ni la de su supuesta hija desaparecida, ni su propiedad sobre una camioneta que decía haber perdido. Además de la ropa puesta solo tenía la pila de manuscritos que, según ella, demostraban la existencia de un país oculto en alguna parte de la Patagonia. Apenas a 2 o 3 días de estar en el Círculo dijo que se trata de los borradores de una novela en la cual se concentró tanto que su mente desdibujó el límite entre su propia historia y su invención. (Me acuerdo que ella decía que sufrió el síndrome del Quijote y que era lógico que eso le pasara a algún que otro escritor en la Argentina de Borges y de Cortázar, de *Tlön* y de *La continuidad de los parques*, decía ella.) Pocas semanas después, por la mejoría de su conducta, le devolvieron esos papeles que le habían confiscado apenas internarla. Pero parece, por lo que dicen sus cuadernos, que siempre siguió creyendo su primera versión y se lo guardaba. Nunca más se lo dijo a

nadie, ni siquiera a mí, y se tragó toda esa bronca y desesperación hasta reventar...

Cuando los psiquiatras le dieron el alta, siendo que no tenía dónde ir, yo le ofrecí mi casa y le conseguí trabajo con mi padre. Y ella era tan cariñosa y atenta en la convivencia y en la charla con mis padres y conmigo, y trabajaba tan bien, y nos quisimos tanto, que me cuesta entender que nunca más me haya dicho nada del tema.

Después de casi un año en casa, se fue sin avisar con el auto de mi familia y no supimos de ella durante meses. Al volver pidió perdón, dijo que había tenido una crisis pero que ya estaba mejor, que no volvería a pasar, me agradeció por todo y no dio más explicaciones. No me di cuenta que era una despedida. Se había ido a buscar pruebas, pero eso lo supe tarde. En sus papeles dice que otras personas antes que ella también salieron de ese supuesto país y podrían confirmar su historia. Al volver había bajado mucho de peso y sus ojeras daban la sensación de que no había dormido en todo ese tiempo en que no supimos de ella. Esa semana fue un fantasma, se movía casi imperceptiblemente, se encerraba. Los últimos dos días no salió de su habitación. Hubo que forzar la puerta del cuarto porque estaba cerrada con llave. La encontramos muerta en la cama, dura. En su escritorio estaba la carta que me dejó y todos sus papeles. Una gran tristeza la había consumido.

Todos los días la recuerdo y me pregunto qué debería hacer con estos textos.

***Primeras impresiones sobre los
textos encontrados***

I

Acaban de escapar. Prefieren correr desnudas por la nieve antes que permanecer. Y acá nos quedamos. Fieles a la indiferencia o aterradas por lo distinto. Da igual. Junto a la chimenea. Intuyendo sus huellas blancas y fugaces a través de la ventana que Maia cerró al instante de que saltaran al invierno y emprendieran la patética carrera hacia sus profundidades.

Huellas blancas desapareciendo en la tormenta.

-Se van en el peor momento –dice Ámbar de pie. Muy próxima al vidrio que superpone el reflejo del fuego a sus ya breves siluetas, naranjas y rosadas, que se funden en la incandescencia del desierto helado.

-Para que no las sigamos –explica Maia mirando un mazo de cartas.

-¿Volverán? –pregunta la más joven.

-Muertas –sentencia la mayor -. Muertas o a medio morir. Si es que vuelven. Pero no creo. No esta vez.

Yo contengo el llanto, levanto los uniformes abandonados y los tiro hechos un solo bollo sobre la leña encendida.

II

El aroma anunciaba que las galletitas estaban prontas a su punto. El vapor abandonaba silbando la pava y un rumor de porcelanas componía un campanario discreto y diminuto en la imaginación de alguna o de todas nosotras.

Escribíamos y éramos escritas para aguantar la culpa. ¿Culpa de qué? Qué inútil ¿no? Sabíamos que nos devoraría tarde o temprano, con o sin motivos.

Somos esclavas de una casa perdida. Pensábamos. El poder de la vida reside en el asecho de la muerte.

Somos amas y señoras del té. Decíamos. El poder de la muerte se alimenta de acostumbrarnos a vivir.

Las tazas viajaban entre las manos. Las palabras entre las tazas. Hasta que las voces se quietaron:

Una flor cruzó la ventana abierta de par en par, escoltada por una abeja que parecía desprenderse por capas de la luz solar.

Soy Fernanda Torres, profesora de literatura y habitante de un país que usted no conoce. Lo anterior fueron las dos primeras páginas de una pila de hojas sueltas de cuaderno que encontré bajo un falso piso en la caja de la camioneta de mi esposo, poco tiempo después de su muerte. Eran manuscritos en una multitud de caligrafías diferentes, de distintas personas, aparentemente. De nadie que yo conociera. En ningún lado se aclaraba la autoría de cada texto.

Mi primer impulso fue quemarlo todo. Sentí el horror de estar frente a algo que Galindo, mi esposo, me había ocultado toda la vida. Me sentí una estúpida, ¿cómo no me di cuenta?, pero ¿de qué? Así, diría que respondiendo al instinto de autodestrucción; leí todo lo que había entre esos papeles, y cuando me di cuenta de que no había entendido nada, trabajé para entender algo. Llegué a algunas conclusiones. La más importante: esta historia debe darse a conocer. Primero creí que era una necesidad política. Con el tiempo esa dimensión de la cosa perdió protagonismo para mí. Al principio pensé en solo publicar los textos tal como los encontré, como mucho reordenados de una manera conveniente. Después de cierto período de estudio y anotaciones sobre el asunto, me convencí de que lo mejor es que yo les guíe; porque el camino no es amable. Igual, me pareció bueno dejar esos dos textos en principio, sin anticipar nada. Me resultó la forma más factible de que se reproduzca la primera sensación que tuve ante esta historia. Aunque nadie más los leerá mientras se pregunta ¿qué hacen en la camioneta de

mi esposo fragmentos de textos personales de unas desconocidas? ¿De dónde salieron? Cabe aclarar que I y II parecen escritos por dos manos distintas. Son caligrafías femeninas estereotípicas, pero cada una con sus particularidades.

Con respecto a la no amabilidad del camino les recomiendo, si odian o desprecian las incongruencias, que suelten este libro, y, si disfrutan de ellas, tengan cuidado con la relación entre el placer y sus conciencias. No por ser “moralizante”. No tengo nada en particular contra el hedonismo. Pero con esas actitudes esta lectura en particular les será completamente estéril. O eso es lo más probable, según mi propia experiencia. Aunque nada se pierde con intentar ¿o sí?

Antes de continuar, necesito que tengan claro que ésta es la historia de una fuga. La que se narra en I. Fuga que, en circunstancias normales, equivaldría a un suicidio. Una especie de “muere hoy para ya no estar ahí” en lugar del “vive hoy para luchar mañana”.

La primera lectura, en la que, como ya dije, no entendí nada, me tomó sólo una noche de ayuno y desvelo. Podía ser una ficción grupal muy desordenada, una especie de cadáver exquisito por cartas. Era lo mismo que tener un rompecabezas roto e incompleto, con las piezas deformadas. Cuando quise darme cuenta estaba clareando, y me dormí sentada, bajo una nube densa de imágenes que no cerraban.

Por ejemplo –último ejemplo de mi desconcierto inicial- el tercer texto (III) en la pila de manuscritos, trazado con mucha más firmeza y rectitud que los dos primeros, no tiene nada que ver con éstos, que, habrán notado, tampoco tienen nada que ver entre sí. III es un informe sobre una tarea doméstica que, parece, resolvieron en conjunto. La escritora comienza dándonos una introducción al hecho. Cuenta que la alacena más alta -no lo aclara pero se deduce que de la cocina-, había estado *larguísimos* años en desuso, porque resultaba incómoda para la estatura de todas; y que, antes, habían ido a parar ahí *condimentos y otras cosas* que a ninguna le gustaban. Ese acopio inútil, explica, había terminado con la llegada de Sara, que, según la autora, comía cualquier cosa que viniera en las canastas. Pero nunca habían vaciado la alacena de lo indeseable. Una mañana llegaron a la conclusión: ese era el criadero de las polillas que invadían la casa -. *Malditos insectos que aparecían seguido en nuestros armarios y destruían nuestras frazadas. Cómo los odiamos tantas veces entre revoltijos de panza y lamentos al tener que descartar porciones abundantes que ninguna estaba dispuesta a comer al ver las larvas retorcerse entre granos de arroz o presas de pollo*, escribe-. La narración central es esa mañana de revelación. Ámbar se paró en unos libros sobre la mesada para confirmar la sospecha. En ese punto del relato está la primera alusión, en estos papeles, a la memoria; o más precisamente, al olvido: *Descubrimos no recordar la última vez que esas puertas habían sido abiertas.*

Hasta el momento tenemos un primer texto en el que un número indeterminado de mujeres escapa de una locación indeterminada. La fuga es

prácticamente suicida; eso lo sabemos por el grupo de, mínimo, tres mujeres, que se quedan en el lugar y comentan el escape; escape que ocurre durante una tormenta de nieve. ¿Ámbar será la menor y Maia, la mayor? ¿o son cuatro personas distintas? Está también la que escribe, contiene el llanto y tira los *uniformes* al fuego. En primera instancia parecería que están en una cárcel o internado de algún tipo. En el segundo texto encontramos la afirmación *Somos esclavas de una casa perdida*. Oración por la cual cabría decir, siguiendo la definición de esclavitud, que las mujeres en cuestión han sido privadas de sus libertades y derechos, secuestradas o apropiadas de alguna manera y que son explotadas laboralmente. Pero esa oración tiene una extrañeza que es mejor no desestimar: el nexa entre los sustantivos. Quien escribe no plantea la identidad de un amo a quien ellas le pagan obediencia en una casa perdida. En esa oración, la casa en sí figura en el lugar del amo. En *Somos esclavas de una casa perdida*, podemos leer *Una casa perdida es nuestro amo* ¿qué significa esto? Por otra parte, esta segunda escritora parece desconocer totalmente los hechos que narra la primera ¿Habrá pasado mucho tiempo? ¿Será la primavera **II** anterior al invierno **I**? Luego; **III** nos cuenta la resolución de un menester doméstico, menciona un nuevo nombre, Sara, y plantea un tema que, anticipo, será recurrente: *el olvido*.

En **IV**, escrito en un registro soez y con una caligrafía más tosca que los anteriores, otra voz anónima cuenta que no siente ningún interés por el acertijo que alguien acaba de plantearle, pero disfruta de hacer analogías escatológicas para demostrar el desagrado que le despierta el sonido de la palabra acertijo. En

este texto la sucesión de enunciados en determinados pasajes sigue un orden, por lo menos, delirante. Transcribo un fragmento: *En lugar de intentar resolverlo, me concentré en lo fea horrible incómoda que es la palabra acertijo. Acertijo. Palabra fea. Horrible. Todapalabratienesubelleza. Pero ¿“tijo”? Tijo se me pega en el paladar como una hostia de caca. Tijo como si el pantalón se enterrara entre mis nalgas en una caminata extensa, mientras tengo ambas manos ocupadas por un objeto muy frágil e importante que se arruina si lo apoyo en cualquier superficie que no sea un almohadón enorme de algodón forrado en seda blanca de gusano vivo. No puedo hacer otra cosa que llevar el condenado objeto a su destino distante, sintiendo ese roce picoso y molesto en el culo.*

Sigue [V](#), el primero de los textos que, con seguridad, ha sido escrito por alguien después de escapar de la casa perdida. Dato que consta en el uso que hace de los tiempos verbales y de los pronombres demostrativos cuando refiere a la casa. En el primer párrafo queda manifiesto que las mujeres no nacieron en esa casa, que no recordaban con claridad cómo llegaron ahí, ni recordaban haberse conocido antes de estar en ella. Y en ese mismo pasaje la autora concluye que ninguna es de origen campesino, que todas antes de la casa nacieron y vivieron en la ciudad; hecho imposible de comprobar ni refutar a través de los textos. Luego, como si quisiera evitar ponerlo en palabras textuales, la escritora contornea una idea que reaparecerá insistentemente, pronto sí explicitada, hasta los últimos textos de la pila: *al meternos en esa casa nos borrarón la memoria*. A esto me refería cuando, dos párrafos atrás, escribí que el olvido sería tema

recurrente. Aunque ahora creo que cabría modificar la expresión, o, al menos, evaluar su modificación ¿es *olvido* si te borran la memoria? [V](#) presenta un trazado caótico, como hecho con la mano inhábil o en una situación de nerviosismo extremo; pero el tono bucólico de la prosa se emparenta con el de [I](#) y [II](#).

Cito, como ejemplos de esto último, dos pasajes de [V](#):

A través de gestos, formas de decir, costumbres, orígenes y duraciones de nuestros silencios cada una armaba mapas con las historias de las otras en retazos. Hacerlo con una misma era mucho más difícil. No recordábamos casi nada antes de la casa. Y algo nos impedía hablar de lo poco que sí recordábamos.

[...]

Cada tanto alguna se daba cuenta de que había olvidado algo de lo poco que conservaba su memoria. En tardes diáfanas de primavera o en madrugadas de neblina y escarcha llorábamos juntas esos mundos perdidos. En esa desazón, ante esas pérdidas de lo más propio y personal; sin embargo, nuestras individualidades se incrementaban al extremo, y a la par nos volvíamos espejos las unas de las otras.

A esta altura, varios elementos -más que nada la *borrada de memoria*- podrían tomarse como pruebas de que estamos frente a una ficción. Una idea tranquilizadora, pero que no resuelve el origen de estas páginas de cuaderno. Además, es una idea que yo no puedo asumir tan fácilmente como quien lee estas páginas. Aun así, al leer [V](#), recordando [III](#); tuve la esperanza de que las polillas arreglaran el asunto; como queriendo que toda la pila de hojas fuera una extraña

reescritura colectiva o no de *El día en que las abuelas perdieron la memoria*. Juzgo ahora necesario explicar que el motivo principal por el cual dudo del carácter ficticio del contenido que aquí vuelco, es mi nacionalidad. Como dije en un principio: soy de un país que usted no conoce. Sé que, en otra parte del mundo, sería mucho más lógico pensar que alguien me jugó una broma espantosa, o algo similar, dejando estos textos ahí donde los encontré. Pero, si hay algo que podría tener sentido en todo esto, es que ocurra aquí. Las historias sin sentido deben ocurrir en lugares sin sentido. En países sin sentido.

Para ilustrar lo que digo, me parece justo mencionar el caso y las palabras de Atilio Rastro, editor de la revista de circulación clandestina *A poca elipsis*, y gran opositor del régimen. Rastro fue asesinado en su primer vuelo como piloto de aeronaves pequeñas. Había preparado una avioneta: le pintó la bandera nacional a ambos lados de la cola y en la cara inferior de las alas, le montó un altavoz para reproducir el himno de la resistencia, y la cargó con varios miles de panfletos. Se disponía a cruzar la frontera y sobrevolar los puntos más poblados de las provincias del centro-sur de nuestro país limítrofe, Argentina, soltando sus folletos. A segundos del despegue, lo derribaron a cañonazos. Traigo esta historia porque el contenido de los volantes explica lo que venía diciendo:

Nuestro país está escondido en algún lugar de América Latina. No nos encontrarán en los planisferios, ni nos verán desde los aviones, nunca llegarán a nuestras fronteras, ni escucharán nuestra Historia. Todo está arreglado para que eso no suceda. El régimen que nos fundó y todavía hoy nos gobierna convenció a la mayoría de que este anonimato es la forma más segura de estar en el mundo.

Los que repiten que la mentira tiene patas cortas ¿qué dirán al saber que una patria escondida en plena superficie de la tierra ya cumplió su bicentenario? Piernas largas y doloridas de país adolescente y maltratado tiene esta mentira de doscientos años. ¡Libertad a nuestro pueblo!

Cuando Rastro redactó ese panfleto, la resistencia creía que nuestro país estaba en alguna parte de la Patagonia argentina. Hace algunos años también circula como hipótesis que estamos dentro de la Amazonia, y que las nevadas, y otras particularidades del clima, las programa el gobierno, regando químicos en el cielo. Lo primero sigue siendo más probable, pero no tiene sentido extendernos en el asunto por el momento. Más adelante explicaré cómo se sostiene este engaño brutal. Ha pasado casi un siglo desde de la muerte de Atilio Rastro. El suyo fue el primero de una serie de asesinatos políticos que puso fin a la generación más fuerte que tuvo la resistencia. Otra vez en nombre de Dios y de la Libertad de la Patria, el régimen planificó y llevó a cabo una masacre; quizás la más cruda, o una de las más crudas, en el genocidio que constituye nuestra Historia. En la segunda parte de este texto en la que, como anticipé hace pocas líneas, me dedicaré a dejar en claro la situación nacional de este país que usted no conoce, también se sabrá cómo logré que el presente libro traspase las fronteras de nuestra patria penitente.

Ahora proseguiré con los textos de la pila de hojas de cuaderno, escritas en distintas caligrafías femeninas, que encontré bajo el falso piso en la caja de la camioneta de Galindo, mi esposo, poco tiempo después de su muerte. [VI](#) comparte con [I](#), con [III](#), y con [V](#) el nombrar a Ámbar, quien será la primera a la que

podremos caracterizar y, con suerte, reconocer como escritora si alguno de los textos de la pila es de su autoría. Este lo dejaré completo:

VI

Abrí la puerta. El sol y el horizonte estaban recién separados. El vapor de rocío se había disipado o ascendido, y el pasto apenas cabeceaba sobre la curva lenta del terreno irregular donde quedaba nuestra casa, rodeada de montañas, como una fortaleza.

Sobre la escalera de piedra, en la entrada, como todas las semanas, esperaban las provisiones: una canasta con comida, cinco fuentones con agua y algunos libros u hojas de papel.

Entré la canasta con gran esfuerzo y la dejé en el suelo junto a la mesada. El sonido del líquido contra las piedras de la escalera de entrada me hizo girar. Ámbar se había levantado de la cama, y en silencio había salido de la habitación y había llegado al exterior. Se escurría. Era como un gato o como esas arañas tan livianas que caminan sobre el agua. Esta cualidad suya, que se manifestaba con frecuencia, me hacía pensar que vivió entre gente irascible que la retaba y ella, en lugar de rebelarse contraponiendo su rabia a la de estos padres, tutores, hermanos o parejas que la violentaban; había optado por volverse imperceptible para que no la molesten. O quizás escapaba de la policía, no sé.

Se lavó la cara levantando el agua que cabe en el cuenco de sus manos juntas y estampándosela de un golpe directo en la frente, los ojos y los pómulos. Sin secarse tomó un fuentón con ambas manos y entró, lo dejó en la cocina, junto a la canasta, y llevó otro al baño, desapareciendo unos instantes por el pasillo de las habitaciones. No parecía costarle nada cargarlos. Siempre fue la más fuerte de nosotras.

Cuando volvió dije que seguía viniendo la misma cantidad de comida que antes, cuando estábamos todas. Ámbar miró la canasta todavía en silencio, asintió, y del primer cajón sacó un cuchillo.

Es visible que [VI](#) podría estar tranquilamente escrito por la misma persona que escribió [V](#). Hasta la caligrafía es similar; aunque los trazos de [VI](#) no sufren el nerviosismo que ilustran los garabatos de su predecesora. Sin embargo, en principio, descarté que estos textos compartieran autora porque la frase *dije que seguía viniendo la misma cantidad de comida que antes, cuando estábamos todas* me persuadió de que [VI](#) fue escrito por una de las mujeres que no participaron del escape narrado en [I](#); y la forma pasada y remota con la que, en [V](#), se evoca la casa, me había convencido de estar leyendo a una de las que sí habían escapado. Claro que, al sacar esas dos conclusiones, yo estaba asumiendo demasiadas cosas. En el afán por empezar a armar el rompecabezas, desestimé, sin argumentos, varias posibilidades sencillas. Por ejemplo, que podrían haberse ido de la casa otras mujeres en otro momento, o que algunas podrían haber muerto

allí. Con ese afán también olvidé que lo más probable era que las mujeres cuyo escape se narra en **I** murieran congeladas en cuestión de minutos; lo cual, es evidente, no les daría tiempo a escribir nada más que una frase en la nieve, destinada a perderse enseguida; y así, bien pensado, la probabilidad de que **V** haya sido escrito por alguna de esas mujeres, es muy baja.

En páginas posteriores, otros textos del conjunto tiran abajo estos supuestos que planteé en primera instancia, y me siembran más y más dudas. Incluso ahora, después de haberla repasado varias veces, esta pila de hojas de cuaderno conserva el hábito de derrumbar cada tanto ciertas cosas que creí.

Aclaración:

Proseguiré con este análisis superficial que vengo desplegando sobre los textos hasta el décimo, con el propósito de recrear cómo fue la primera etapa en mi estudio de esta historia. Gobernada por la ansiedad y la falta de rigor. Comprenderán el punto de hacer un corte a esa altura y la finalidad última del procedimiento a través del cual abordo la cuestión sólo si se toman el tiempo de meditar a cada paso sobre la información con la que contamos al momento. De otra manera, les será imposible ver más allá de la inconsistencia creciente de los datos que se agregan a medida que se avanza con la lectura, y desestimarán la historia por sus contradicciones e incoherencias. Rechazo que, en primera instancia, puede parecer lógico; pero que, en mi situación, nunca fue posible. Quizás fuera lo más sensato, o lo menos peligroso; pero no pude y no puedo parar el deseo y la necesidad de saber el origen de esos manuscritos extraños que

encontré en la camioneta de Galindo, ni el deseo y la necesidad de dilucidar si cuentan una historia real o no.

[VII](#) es un recuerdo sobre las noches de juegos en la casa. La autora comienza por expresar algunas dudas en torno a la imprecisión de sus recuerdos y luego, sin detalles, escribe que los juegos de cartas, los juegos teatrales y el canto colectivo, eran las tres actividades habituales con las que, en la casa, se entretenían después de la cena, antes de irse a dormir. En [VII](#) vuelven a mencionarse dos nombres: Ámbar y Maia. Ámbar era la que proponía los juegos teatrales. Maia, la que dibujaba y armaba, a mano, los mazos de cartas que utilizaban para jugar; *con una prolijidad que admiraré eternamente*, agrega quien haya escrito [VII](#). También existe en este texto una afirmación sobre la que no aparece nada más en ninguna otra parte. Según esta página, algo que sí todas recordaban de su pasado anterior a la casa, eran ciertas canciones.

Y, tras ese curioso final de [VII](#), el primer párrafo de [VIII](#) constituye otra verdadera particularidad:

Hay cosas que una supone propias únicamente de las ficciones más fantasiosas. Imposibles. Cuando estos sucesos tienen lugar en la vida; mejor dicho, la única vez que un evento de esta naturaleza se desarrolló ante mí, no pude más que verlo paralizada. Con los ojos muy abiertos y la frente fruncida.

A continuación, en [VIII](#), se desarrolla la breve narración de cómo, una mañana de invierno, la que escribe vio un pájaro negro, de dimensiones notables,

llevándose la canasta con provisiones que recibían cada semana. La autora refiere este avistamiento como *el único evento propio de una ficción fantasiosa* que ha vivido. Lo curioso –lo señalo aunque resulta evidente- es que habiendo aparecido con la memoria borrada, sin explicaciones, en una casa aislada del mundo y con un grupo de desconocidas, todas en la misma situación, ¿quién podría describir la visión de ese pájaro con las palabras *la única vez que un evento de esta naturaleza* [ficticia, fantasiosa] *se desarrolló ante mí?* Ella se quedó paralizada ante la escena. Luego aparecieron Ámbar y Maia. La segunda dio un grito de alerta y la primera intentó, sin éxito, alcanzar al plumífero con un piedrazo. Y sin más, embelesada con la imagen y/o en shock, quien escribe [VIII](#) cierra el texto de la siguiente manera:

Ave negra cargando una canasta. Alejándose del suelo cegado de nieve hacia el cielo abierto.

Podría reiterar el adjetivo que utilicé para describir el final de [VII](#) y el comienzo de [VIII](#) para calificar también a la novena entrada, y a la décima. Pero creo que ya quedó claro lo permanentemente extraña o sorpresiva que resulta, por lo menos para mí, esta sucesión de hojas de cuaderno escritas por múltiples manos, sobre la que estoy escribiendo. En este caso, parte de lo que puede considerarse curioso de [IX](#), dadas las circunstancias, tiene que ver con una aclaración que no hice en páginas anteriores de este informe. Mención que salteé porque creí más propicio esperar a la aparición de algunas excepciones para marcarlas. Me resulta más ordenado y eficaz proceder así. En fin: [IX](#) es el primer texto escrito a máquina de la serie. Por supuesto, cuando digo el primero, digo

también que no es el único. Este grupo de páginas mecanografiadas al que refiero, tiene también otra característica principal que relaciona todos sus elementos: una estructura dialógica o protodialógica. Más concretamente, en esas páginas encontramos desde líneas cortas a párrafadas precedidas por guiones; siendo esos guiones las únicas marcas convencionales propias de la escritura de conversaciones dentro de este subconjunto de textos. No hay didascalias, ni denominaciones de personajes antepuestas a las unidades de diálogo, como es habitual en el teatro. Tampoco se intercala ningún tipo de narración o ficha técnica que sugiera quiénes intervienen en qué momento. Es, apenas, el contenido del texto en sí y algunas mínimas aclaraciones lo único que da cuenta de que está habiendo un intercambio entre sujetos. Dista mucho de ser una novedad, y podríamos decir que hasta es una tendencia generalizada o tradición de cierta especie de escritores, el experimentar con distintas maneras de introducir los diálogos en su narrativa. No es que quiera demorarme en esto, lo menciono porque aquí, o no hubo intencionalidad, o el método fracasa y se torna confuso. A pesar de esto, creo que el código es sencillo. Pero me ocuparé de eso más adelante.

Por ahora, continuando con la síntesis de la primera sección de estos textos que encontré en la camioneta de Galindo poco después de su muerte, apuntaré el contenido del diálogo en [IX](#), sin profundizar:

Una mujer le comunica a otra que padece una *desilusión profunda*. La segunda mujer no muestra mayor interés en ello. Entonces la desilusionada se enoja por la liviandad de la otra, y suelta en una página un desarrollo poco

esclarecedor de su desilusión, con un uso muy irregular de los signos de puntuación, en un registro soez y con metáforas escatológicas que recuerdan a la voz de [IV](#). De ese monólogo breve se comprende que **a)** están en un lugar contra su voluntad -puede suponerse que habla de la casa-; **b)** que allí la realidad se ve alterada de tal forma que nubla su entendimiento; y **c)** que preferiría ser una mendiga antes que seguir viviendo así. Esto es, básicamente, [IX](#), pero hay una última cuestión que me gustaría marcar aparte. Aquí se lee, por primera vez, la idea o sensación del creador: *No sé vos pero yo siento la mirada del creador, ese irresponsable que se asoma cada tanto y se avergüenza, me tiene harta con su apego y su convicción inconsciente de que somos una extensión de su propio ser; no hay nada menos suyo que nosotras*. Este concepto puede ser útil para dividir a muchos de los textos en dos corrientes. Por un lado, la de quienes sospechan haber sido creadas por la entidad que las metió en la casa y desconfían de su libertad como posibilidad en sí; es decir, creen factible que su libertad les esté impedida por naturaleza. La otra corriente, sobre este punto, plantea claramente la existencia de un secuestrador o grupo de secuestradores cuyas identidades y motivos –o cuya identidad y motivo- ellas ignoran.

Por último [X](#). El día del incendio. Está claro que esta narración, en tiempo presente, de ninguna manera puede haber sido escrita en ese presente de los verbos. Veo, al menos, dos posibilidades. Elegir por una u otra condiciona la interpretación de todo el conjunto de los textos. O [X](#) fue, efectivamente, escrito por quien protagoniza la escena, pero un tiempo después; o el incendio no ocurrió y a [X](#) lo escribe una mujer sentada en alguna parte de esa casa perdida, lamentando

lo que acaba de ver, poniéndose en el lugar de las otras, imaginando estar del otro lado del vidrio, sintiéndose arder a pesar del frío:

X

El día del incendio es, sin duda, un alivio. Un alivio tardío, sí, pero alivio al fin. Un alivio de fuego, es evidente.

El día del incendio es, sin duda, un alivio de fuego que resulta inevitable. Un tardío alivio de fuego inevitable que tiene que ser tras haber perdido todas las oportunidades. Cuántas disyuntivas ignoradas. Quizá miles de decisiones en apariencia mínimas e insignificantes que se apilaron por evadirlas, por optar por la nada. El incendio viene a quemar esa obstrucción.

Si me gustaran las metáforas diría que aquellas cosas no resueltas fueron la lluvia lenta y constante de pequeñas notitas que desató la sinfonía de esta hoguera inmensa,alzada ahí, tras una explosión, donde hace un momento estaba la casa.

Esa metáfora es la voz de Angélica dentro de mí. Su voz que se quema con la casa, supongo, en el clímax de esta obra de asuntos sin resolver próxima a su final.

Hoy es el día del incendio, sin duda, un alivio.

¿Sus causas? Desconocidas.

¿Por qué perdura? Es inentendible.

Hermosa casa en la que vivíamos, ahora bola de fuego imponente; no comprendo cómo se sostienen tus llamas en semejante tormenta de nieve. Con todo; nunca te pareciste menos al infierno. Nunca te pareciste menos a un ataúd. Tu fuego inexplicable es un alivio. Ya hecha cenizas cada cosa que te habita se habrá salvado de ser una metáfora interminable; se habrá realizado. Cuerpos metafóricos y cuerpos materiales resueltos en las mismas cenizas.

Y nosotras acá, desnudas en la nieve, te veremos arder un poco más, ya sin palabras, antes de reanudar nuestro escape.

***Situación política de un país
desconocido***

Breve informe

En esta segunda parte me dedicaré a describir brevemente nuestra situación nacional y explicaré cómo este libro logró su objetivo principal: llegar a manos extranjeras. En estas páginas guardo mi esperanza de que, cuando los pueblos del mundo sepan que este país existe, se vuelva inevitable nuestra liberación. Por momentos temo que el régimen esté en lo cierto y que el fin del secreto sea para peor. Claro que eso es lo que se nos explica desde pequeños y lo que se ha consolidado como sentido común. Se nos dice que en el resto del mundo ha ganado un sistema pernicioso; que en la mayoría de las naciones existe una alternancia antinatural de proyectos de gobierno que impide el verdadero desarrollo de las sociedades; y que, en los países que han superado ese drama proteico que disfraza el estancamiento de progreso, se impone una falsa identidad colectiva que enajena al individuo y lo priva de su libertad. El régimen se presenta, a sí mismo y a su mecanismo de ocultamiento del país, como la única salvación contra estos -según el propio régimen- males que carcomen los cimientos de todas las naciones del planeta. Se nos insiste en que ignorar lo más posible todo lo que esté más allá de nuestras fronteras, y ser ignorados por ello, es el camino para estar a salvo. En las escuelas se nos enseña la geografía del mundo sin nuestra localización. No sabemos dónde estamos. Por separado, vemos un mapa del territorio nacional que yace en el centro de un rectángulo blanco y sin nombre. Como lo describió una vez el poeta desaparecido: ... *y en cada pupitre la Solitaria mancha de sangre políticamente dividida en un vacío pálido y sobrecogedor como este largo, largo y grave, silencio*. A nadie le es difícil intuir y después notar que ese mapa está falseado en términos de la composición física del territorio, en su orientación respecto de los puntos cardinales, en sus dimensiones, y muy

probablemente en su forma; todo esto para que no sea posible, contrastando con un planisferio, encontrar nuestro verdadero lugar en el mundo. Cuestiones de estudio e investigación en áreas como física, topología, geología, geografía, historia y demás, así como el acceso a Internet, y a cualquier medio de información no filtrado por los organismos de censura del régimen; están reservadas para algunos sectores de la aristocracia -conformada por las familias de los principales cargos militares-, y de los estratos más altos de la minúscula clase media -integrada por algunas familias militares de menor rango-. Y las personas que llevan adelante estas actividades son vigiladas de forma permanente. La versión oficial asegura que para protegerlas; pero los guardias que las vigilan tienen órdenes de reportar, día a día, cada movimiento de estas personas a las autoridades, de no permitir que intercambien datos relativos a sus investigaciones con nadie que no posea autorización del Estado para abordar dichos estudios, y de abrir fuego contra sus protegidos y capturarlos, con o sin vida, si estos desacatan la última norma, si escapan de sus vigilantes, o *“si se les sorprende en actitud sospechosa o tendiente a llevar intenciones de burlar, de modo alguno, a sus escoltas”*.

Así es que la posibilidad de estudiar está reservada a cierta casta, y así es como Internet no existe para el común de las personas. Solamente tienen acceso a la red los investigadores militares y un número reducido de docentes civiles que consiguen su autorización para el uso de esta herramienta por algún tipo de cercanía con la institución militar. Las oficinas centrales del Centro de Investigación y Desarrollo En Ciencia y Tecnología (CIDECT) son el único lugar

donde no están bloqueadas las comunicaciones cibernéticas. Hay una oficina donde unos cuarenta especialistas, divididos en varios turnos, se encargan de la *seguridad informática* las 24 horas del día; lo que equivale a decir que controlan permanentemente que nadie en el país esté accediendo a Internet, y vigilan la actividad de las cuatro computadoras del establecimiento destinadas al acceso a bases de datos para investigación. A su vez, estos cuarenta especialistas son vigilados por soldados de la infantería que rondan armados de ametralladoras como lo hacen en todo el edificio otros del mismo rango. Y este tremendo control de las fronteras digitales se replica en las fronteras físicas.

Soy de un pequeño país que usted no conoce, secreto y alambrado, que cuenta con unas pocas y muy custodiadas salidas por tierra y ninguna por agua. Ficciones y poemas, en esta situación, son lo más parecido que tenemos a sobrevivientes y polizones que cuentan la historia. El mismo proceso de reconstrucción de los hechos que me he propuesto hacer con los textos de las mujeres en la casa perdida, quienes estudiamos las artes llevamos haciéndolo hace décadas, en silencio, con la Historia; la Historia de nuestro país y la Historia del mundo; Historias que el discurso oficial nos presenta, respectivamente, como las del superhéroe y el villano de las historietas. Dentro de la desgracia, contamos con la suerte de que la censura sobre lo que viene del exterior a veces es perezosa; en sí están completamente vedados los libros de ciencia, salvo casos particulares, al igual que los materiales documentales, en cambio, en cuanto a los discursos artísticos, cualquier ficción, pintura, o pieza musical tiene que hacer alusión muy directa a ideas indeseadas, o a hechos históricos negados por el

régimen, para ser prohibida. Incluso he leído libros de los que, es evidente, los censores apenas sí leyeron el título y vieron la tapa. En este punto me parece correcto comentar que la mayoría de los libros extranjeros no clásicos que circulan son argentinos. Es también por eso que, anteriormente, tras la narración del asesinato de Rastro, aseguré que lo más probable es que este país desconocido para usted esté comprendido en alguna parte de la geografía argentina o que la tenga como principal vecina.

Asumiré que hasta aquí hay suficiente para dar una primera idea sobre la realidad de mi tierra. Y ahora recurriré, espero que por única vez, a detalles de mi autobiografía para que, quien esté leyendo esto, sepa por qué tiene la posibilidad de hacerlo y así enterarse de que existe un país que no conoce y del que nunca escuchó hablar. No sin antes aclarar que, si escribo como si ya hubiera logrado que el libro trasponga las fronteras, es para confiar en que lo conseguiré.

Ficha biográfica pertinente de la autora

Si está aquí sabe que mi nombre es Fernanda Torres y que encontré una pila de hojas sueltas de cuaderno bajo un falso piso en la camioneta de mi marido, Galindo Bairós, poco tiempo después de su muerte. También escribí en páginas anteriores que, cuando me di cuenta de que esas hojas de cuaderno me contarían un secreto que él había ocultado por años, pensé en quemarlas, pero no me animé. Podía ser peligroso que alguien las encontrara; así que, después de una primera lectura, las escondí, y lo pensé mucho antes de volver a ellas. En esa pila de hojas sueltas de cuaderno consta que Galindo se dedicó a sacar del país a gente perseguida por el régimen.

Si bien no puedo estar segura de que lo que dicen estos papeles sea verdad, la sola posibilidad de que lo sea me afectó mucho emocionalmente. Imaginar las consecuencias que podría haber tenido para mí y sobre todo para Clara, nuestra hija, el hecho de que Galindo estuviera implicado en una actividad tan peligrosa a mis espaldas es aterrador; está demostrado en el sumario sobre la administración de nuestro país que constituye este capítulo.

Así es que tuve que superar ese primer estado emocional para encarar una lectura seria de los textos que encontré en la camioneta. Porque, por otra parte, cabe la posibilidad de que mi marido haya tenido la ocupación que en ellos se le adjudica. Y para dar constancia de esto, ahora expondré también algunos puntos de su biografía.

Ficha biográfica pertinente de Galindo Bairós

La familia Bairós es una familia militar de tradición. Los tatarabuelos de Galindo fueron parte de las Fuerzas Armadas de la Nación cuando estas estaban recién fundadas, y todos los descendientes varones de ellos, que fueron, por mucho, mayoría, siguieron carrera militar. Todos excepto Galindo. Él fue el primero que no formó parte del ejército entre varias decenas de hombres, cuyos nombres aparecen orgullosamente impresos en letras góticas, junto a los de sus respectivas mujeres, en el inmenso árbol genealógico enmarcado sobre la chimenea de la sala principal en la casa de mis suegros. Los Bairós comparten su gloria: *un linaje fuerte y patriótico*. De todos los Bairós que he conocido, cuando cuentan sus logros personales, ninguno deja de adjudicar la mayor parte del crédito a la pureza de su sangre y a la firme disciplina con la que fueron criados. Cada nombre en ese dichoso árbol está precedido por la abreviatura del máximo rango militar alcanzado por el individuo en cuestión y subtítulo con su especialidad o área de desempeño. Salvo el nombre de Galindo Bairós que languidece ahí sin aclaraciones de ningún tipo, como diciendo: no fue militar, ergo no fue nada. En cuanto al escalafón; ninguno ha llegado considerablemente más lejos que los demás, ni se ha quedado considerablemente relegado. Parecieran tener el pacto implícito de que ninguno puede ser superior a los otros (o por lo menos no demasiado).

Galindo decía que la vocación militar no existe, sino que es un eufemismo para ocultar e igualar en apariencia dos vocaciones desiguales, opuestas, que se necesitan: la vocación por dar órdenes y la vocación por recibirlas. Los Bairós,

según mi esposo, tenían en la sangre la segunda, y por eso nunca, a pesar de su historia en el ejército, habían alcanzado, ni pretendido siquiera, los más altos rangos. Galindo también decía que quienes mejor cumplen las órdenes son quienes, en realidad, tienen la vocación de darlas; porque saben que la obediencia es un elemento crucial para escalar en el orden jerárquico. Él, mi esposo, parecía haber sido criado por otra familia, en otro lugar. En todo, punto por punto, su opinión era diametralmente opuesta a la de sus parientes más cercanos. Pero lo más llamativo es que ya en su adolescencia decidió no llevar la contra cuando estaba en desacuerdo con su padre; y hasta asentía en silencio cuando en las reuniones familiares escuchaba cosas que le parecían de una crueldad inhumana. La razón le señalaba el peligro de contradecir a esa gente. Y con tal frialdad adoptó esa actitud que, cuando se negó a seguir carrera militar, en su casa no sospecharon cuánto él los odiaba y odiaba sus vidas y sus pensamientos. Sólo sintieron, cuando se agotaron de insistir con todo el peso de su doctrina marcial, la vergüenza de haber parido a un *hombre débil*.

Con Galindo nos conocimos en la secundaria. En nuestro grupo de amigos todos teníamos ideas distintas a las del régimen, aunque ninguno militaba en política ni se informaba a conciencia al respecto por el peligro para la propia integridad que esas acciones representaban. Galindo pensaba de una manera lúcida y libre, y saber que había podido construir ese imaginario a pesar de ser hijo de una de las familias más rígidas y conservadoras de las que he tenido noticias es notable.

En fin, Galindo, rompiendo la tradición militar de su familia, se dedicó a la importación y distribución minoristas de productos de almacén, electrodomésticos, y a veces fármacos, con una camioneta. Pero esa misma filiación, su cuna históricamente militar, le aseguraba permisos especiales y hasta suboficiales u oficiales conocidos en algunos controles de frontera, que le permitían moverse con una tranquilidad que al común de la población, todavía hoy, le está vedada. Porque contamos con todo tipo de productos importados y alguien tiene que entrarlos. Comestibles, ropa y enseres de toda clase entran de todas procedencias. Por eso es de suponer que, para sostener esta mentira, los que en esta tierra son omnipotentes viven genuflexos ante los requerimientos de las potencias y grandes transnacionales.

Aún me cuesta creer que Galindo haya estado sacando opositores del régimen a escondidas. Nadie ha venido a preguntar nada nunca. A veces pienso que esta pila de hojas de cuaderno es una trampa y que alguien me espía para ver cómo reacciono a su lectura. Si no es eso; parece que nadie sospechó de Galindo. Y es que él nunca fue un rebelde. No pudo rebelarse ni siquiera en su casa, contra sus padres. Simplemente dijo que no una vez, cuando le tocaba empezar su formación militar.

En vista de todo lo anterior, me permito concluir con una especulación. Mi hipótesis es que él no planeó ser una llave del exilio y que no lo hacía sistemáticamente. Dudo que haya querido articular su capacidad de salvoconducto con las organizaciones perseguidas por el régimen. Imagino que todo empezó con el amigo de un amigo, o el conocido de un conocido, que estaba asustado y se

quería ir. Galindo aceptó el pedido de su amigo por un amigo. Y después volvió a pasar. Muchas veces. Ahí, aunque no parezca, estaría su gen Bairós. Así como sus padres, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos y choznos obedecían las órdenes de sus superiores sin chistar, casi por instinto; Galindo no sabría negarse a esos pedidos de amigos y conocidos. En eso redundaría su sangre y también la culpa de llevar su apellido. Supongo que aceptó ese riesgo una y mil veces para expiar en su alma los pecados familiares, para librar sus hombros del peso de su estirpe; a pesar de lo que podría haberle costado. Y si no se organizó con la resistencia diría que fue porque le habría dado culpa estar de un lado o del otro; aunque entendía la desigualdad de condiciones de los bandos y estaba, en las ideas, en contra del régimen y a favor de los opositores. Quizás esa tibieza, por así decirlo, permitió que no lo hayan agarrado en tantos años.

En definitiva, antes de retomar la lectura de los textos encontrados, la intención de este apartado es dejar expuestos, por lo menos a grandes rasgos, el contexto en que se inscriben estas palabras y los factores que delimitaron mis posibilidades de investigar, componer y hacer circular este libro. Por un lado, la vigilancia y la censura, y por el otro la literatura y la camioneta de Galindo para la importación y el reparto minoristas de diversos productos.

***Primeras impresiones sobre los
textos encontrados***

Segunda parte

Retomando donde dejé el análisis de los textos que encontré en la camioneta de Galindo, a los que, desde ahora, me referiré como *los textos encontrados*; cabe destacar que en [XI](#) se narra, por primera vez, una interacción entre las mujeres que escaparon de la casa y una persona de afuera. Como en muchos de los textos debido a la *ejecución deficiente y a la vana y frígida pompa de ciertas descripciones*, para decirlo en palabras de Borges, la situación no es del todo clara. Sin embargo creo estar en condiciones de asumir que *El hombre húmedo de rincón envuelto en humo y oscuridad* con el que conversan es Belisario, quien después les dará asilo y más adelante será torturado y asesinado, lo que las obligará a huir otra vez, aparentemente del Pueblo Chico del Sur.

[XII](#) es un divague acerca del comportamiento caprichoso de la memoria, que no aporta nada a los efectos de esta investigación.

Aquí saltaré algunos textos porque [XIII](#) y [XVII](#) son los que me han llevado a la decisión de salir a buscar explicaciones. En [XIII](#) se menciona, por primera vez, justamente, al Pueblo Chico del Sur; y en [XVII](#) a Vicente, el sepulturero. Más adelante, este pueblo persiste en su importancia para las mujeres que escaparon de la casa. En cambio, Vicente apenas sí vuelve a ser mencionado. Pero, a falta de una pista clara, decidí asumir que el cementerio que cuida Vicente en [XVII](#) es el del Pueblo Chico del Sur. Más allá de eso, en [XIII](#) el paseo de dos de las mujeres se ve interrumpido por la tensión del patrullaje militar constante y, en paralelo, la

que describe la caminata se debate en su interior entre sentirse una prisionera de la realidad o su hacedora. Y [XVII](#) cuenta cómo una pareja de mujeres, que pueden o no ser las mismas que las de [XIII](#), entran al cementerio del pueblo, lo recorren y conocen a Vicente, el cuidador. En [XVII](#) la que no escribe aparece nombrada como Laura. En [XIII](#) no hay nombres.

[XIV](#) es una manifestación de desagrado frente a un hombre de identidad desconocida. Destaco dos cuestiones; por un lado, la expresión *el tipo* que, aunque no es especialmente grosera, me remitió a la voz de [IV](#); y por otra parte, la cita de Neruda, que es la primera cita entre todos estos papeles aunque no resulta muy significativa.

El texto [XV](#) es el primero de una serie de inconclusos. Aunque, ¿no están todos medio inconclusos? En [XV](#) otra vez hay solo dos mujeres; en este caso Cloe y la que escribe. Están en una casa que no es la *casa perdida* –con ese nombre evocaré, en adelante, a la casa donde comienzan las memorias de estas mujeres-. Acaba de llegarles una nota que, según entiendo, les informa que Sara está en peligro. Deciden salir, en medio de la noche, en pleno toque de queda, a buscarla. En ninguna parte de los textos encontrados se aclara ni qué decía la nota que reciben, ni cuál era el peligro que Sara corría. Pero más adelante, el capítulo [XXIII](#) informa que Sara ha logrado salir del país a salvo en la camioneta de Galindo.

A partir de aquí podemos asegurar que son al menos tres las que escaparon de la *casa perdida*: Sara, Cloe y Laura. Pero no hay motivos claros para pensar que no pueden ser más.

Bitácora de investigación

8:32 hs.

He decidido interrumpir el análisis rápido de los *textos encontrados* porque considero que no estoy sacando de ello nada en limpio. Hace unos días siento la urgencia de saber más y no puedo resolverla releendo y escribiendo. Preferí asumir que el cementerio que cuida Vicente en [XVII](#) es el del Pueblo Chico del Sur y que, por lo tanto, allí lo encontraría a él. Así que ayer al mediodía llevé a Clara a casa de mi madre y escuché cómo se quedaron jugando veo veo mientras yo me iba. Me dirigí al Sur con la camioneta y hoy empiezo esta bitácora de viaje.

Sé que no lo mencioné antes, pero entre los papeles que aparecieron en la camioneta de Galindo había una breve selección, de apenas 12 poemas, titulada *Poesías Intactas*, en un cuaderno de cuero negro; que es exactamente lo que Vicente, en su primera aparición en los *textos encontrados*, le regala a Laura y a otra de las mujeres. No traje conmigo más que ese libro y un poco de dinero. En casa dejé escondidos el resto de los *textos*. Llegué cerca del atardecer al Pueblo Chico y me instalé en el hospedaje más barato que encontré. Pasé la noche en una cama muy dura sin poder dormir por las preguntas y me fui hoy, de madrugada, a las 5:30, hora exacta en que se levanta el toque de queda.

Como está descrito en [XVIII](#) el cementerio mira al pueblo, *su cara es un paredón de piedra, su ojo una puerta doble de rejas negras; y, al cruzar ese ojo, los caminos de guijarros dibujan una gran tela de araña y contornean el pasto impecable de las tumbas perfectamente cuidadas hasta confluir, al fondo, en un*

semicírculo de bancos de piedra rodeados de arbustos prolijos. Por el mismo texto yo sabía que la parte posterior no tiene paredón; así que, cuando llegué al lugar, poco antes del amanecer, y lo encontré cerrado, decidí rodearlo, cruzar el arroyo y tocar la puerta de la casilla de Vicente. Pero no alcancé esa puerta; cuando llegué al final del muro y divisé la vivienda, vi al sepulturero salir de su hogar. Como había leído, era *calvo, de abundante barba blanca y piel curtida por el sol.* Llevaba una boina negra, una campera roja y opaca abierta sobre un suéter de cuello alto, unas botas de lluvia altas hasta la rodilla y las bombachas arremangadas sobre las botas. En una mano tenía unas alpargatas y una camisa gruesa, vieja y agujereada; y del hombro contrario le colgaba un bolso matero. Me quedé quieta, mirándolo. Cruzó el arroyo. Lo vi sentarse en el primer banco de piedra, sacarse las botas, manipulándolas con la camisa vieja, para no mojarse las manos; y secar, con el mismo trapo, las pocas gotitas de agua que habían alcanzado su piel. Después desdobló las bombachas, se puso las alpargatas, preparó el mate, dejó las botas entre los arbustos, colgó la camisa de una rama, cruzó el cementerio, la puerta de rejas negras y tardó un rato en volver.

En esa espera decidí que replicaría, de ser posible, la aparición de Vicente en [XVII](#). Me presentaría ante él como él se presentó ante las mujeres del texto. Me escondí entre los arbustos, calculando cómo me acercaría con sigilo y qué le preguntaría antes de ser vista. En ninguna situación esa es una forma recomendable de conocer a alguien con quien se quiere entablar una charla; pero a esa altura mis supuestos estaban atravesados por el caos de la historia que leía, y supuse que así me ganaría su confianza.

Cuando volví, Vicente dejó unos diarios adentro de una bota, sacó cuaderno y lápiz de un bolsillo de la campera, y se sentó. La única pregunta que se me ocurrió fue *¿le gusta la poesía?* Y me sorprendí de la calma con la que giró para verme y saludarme. Me pregunté si me estaba esperando, imposible; o si para él lo más natural era que la gente se presentara de esa forma, improbable. Me respondió que la poesía era su cosa preferida del mundo, y después de hablar un poco me contó con total confianza todo lo que sabía de Galindo, de las mujeres, de Belisario, de la resistencia y de los textos que encontré en la camioneta. Lo que sabía no era mucho, pero sí era mucho más de lo que sabía yo.

Cuando me fui le pregunté por qué no construía un puente para cruzar el arroyo. Él, como en [XVII](#), abarcó todas las sepulturas del lugar con los brazos mientras decía *Fernanda, yo amo este lugar, pero los puentes unen; y no quiero que mi casa sea un cementerio.*

Aunque estaba agradecida, me fui caminando rápido. No quería estar más ahí.

Todavía no he podido determinar la cantidad de mujeres que había en la *casa perdida*, ni la cantidad de mujeres que escaparon durante la tormenta de nieve, ni la cantidad de mujeres que se quedaron y seguramente murieron en el incendio de la casa. En un principio, sin motivo, asumí que eran tres y tres. Pero nada confirma ni refuta el número. Hay pasajes que parecen indicios claros de que había más mujeres en la casa y de que más mujeres escaparon, pero no lo sé,

puede haber errores, quizás alguna estaba loca y escribía sobre sí misma en plural o en tercera persona. Vicente no supo aclararme nada de esto pero sí me confirmó que estuvieron en el Pueblo por un tiempo unas mujeres que parecían haber salido de la nada de quienes circulaban historias descabelladas, que Belisario fue torturado y asesinado por los militares en su propia casa, y que Galindo sacó a varias personas del país, y no sólo a *algunas* de esas mujeres.

Voy a aprovechar que es temprano para seguir viaje.

31 de octubre de 2020

14:30hs

Con ellas desaparecidas, con Belisario muerto, con la resistencia diseminada y escondida, y con todo lo demás perdido en la forma vaga en la que estaba escrito; después de Vicente, la única otra persona localizable de los *textos encontrados* era El Yunque ([XXI](#), [XXIV](#), [XXXI](#), [XLIII](#)). Así que me fui del Pueblo Chico del Sur con intención de ir al noreste, pero primero me desvié hacia el oeste para salir por la Ruta Vieja; si tenía alguna posibilidad de vislumbrar *la casa perdida* desde un camino, no sería desde ninguna de las rutas ni autopistas más concurridas. Manejé lento y procurando estudiar cada rincón visible del valle y de las montañas, hasta que dejé atrás la zona de nevadas y tomé el primer desvío hacia la Ruta Central para empalmar luego con la Autopista del Noreste.

Llegué a la Ciudad Chica del Noreste ya de noche y encontré un hospedaje frente a la estación del tren apenas minutos antes de las 20, hora a partir de la cual se prohíbe la circulación civil hasta las 5:30. El hospedaje se llamaba Las Vías. Creo que identifiqué, cerrado, el *bar de la estación* que, con todo y la mística que lo caracteriza en el relato de Belisario, a simple vista no parece más que una pocilga. A pesar de la agitación de mi mente; las once horas ininterrumpidas de manejar tras la charla con Vicente y una cena rápida me dejaron dormida dos horas después de llegar a Las Vías hasta la mediodía de hoy. Me duché rápido, el agua estaba tibia, y salí decidida a resolver desayuno y almuerzo con un par de frutas que compraría en la primera verdulería que encontrara. No quería perder ni un segundo. Le pregunté a un hombre para qué lado quedaba la selva y caminé en la dirección que me señaló, desde el local todavía cerrado que, yo supongo, es o era *el bar de la estación*, hasta la última calle. Recorrí esa vereda que linda con la espesura y no sé por qué pensé en la ciudad como en uno de esos peces que viajan pegados a la piel de las ballenas. Miré atentamente cada esquina buscando la ochava, la ventana enrejada que revelara un cuarto abarrotado de productos de almacén y similares. No encontré nada semejante y volví tratando de intuir el camino del Yunque. Imposible.

Ahora que estoy de vuelta en el hospedaje Las Vías siento que esta ciudad es cualquier cosa menos la ciudad de las hazañas monstruosas que Belisario grabó en su memoria, sentado junto a la barra de un bar decadente ([XXI](#), [XXIV](#), [XXXI](#), [XLIII](#)). Tengo la idea ridícula de que una de las *copias fantasmales hechas de puro miasma pernicioso* se comió a la ciudad original, y tomó su lugar,

imprecisa, incompleta, o simplemente distinta. Y si lo pienso, me parece que estoy yendo detrás de pistas falsas hacia una trampa que me costará todo. No lo tengo que pensar. Por otro lado, mi plan para salir del país y publicar el libro es sencillo y, cuando paso junto a las garitas y los controles o cuando una patrulla se me acerca y los militares no le dan ninguna importancia a mi presencia y se convencen enseguida de que no hay motivo para interrumpir el camino de una mujer tan sola e inofensiva, creo que es infalible.

23:27hs

Encontré al Yunque a la tarde. Después de evitar las frutas que había decidido comer al mediodía y de volver a Las Vías y almorzar un bife con ensalada repasando las *Poesías intactas*, salí otra vez a la calle y encontré a un hombre que no parece capaz de andar derribando gigantes de un solo golpe. Un hombre de pelo blanco corto y de parpadear lento que miraba el local cerrado del antiguo bar de la estación. Le pregunté si alguna vez había escuchado la historia de un personaje que, en un bar de la zona, se peleaba permanentemente con desconocidos y viajeros de paso hasta que lo echaron del lugar. «No eran simples desconocidos para mí» dijo «eran monstruos despreciables, disfrazados de hombres, que venían de afuera, del extranjero. Yo lo veía en sus miradas; habían escapado de sus prisiones lejanas, de alguna manera habían violado nuestras fronteras, habían burlado a los vigilantes y estaban aquí para contaminar nuestra tierra como la peor escoria forastera que eran. Yo estaba cumpliendo mi misión». Traté de disimular la impresión que me causaron sus palabras; le dije que por suerte existen héroes como él y elogí su defensa de la patria hasta que lo sentí

contento con mi reconocimiento, cosa que no tardó mucho. Apenas lo vi hincharse de orgullo le pregunté por Belisario. A partir de los *textos encontrados* no hay forma de saber si llegaron a conocerse, pero algo me decía que sí y el propio Yunque, Nicolas Rocha, me lo confirmó.

Según parece, Belisario se cansó de seguirlo furtivamente, o decidió que ya no era necesario, y lo encaró por la calle una mañana para decirle que quería entrevistarle y documentar sus hazañas del bar de la estación. El Yunque le reveló por qué peleaba pero le prohibió tajantemente escribir al respecto; su misión era anónima y secreta, publicada ya no sería la entrega que él pretendía. Por supuesto, Belisario quedó bajo amenaza; si contaba lo que sabía Rocha lo buscaría y lo molería a palos hasta matarlo. «Pero parece que a usted sí le contó» me dijo, suspicaz. Le expliqué que no, que yo sabía de sus míticas peleas pero no de sus nobles motivos, que Belisario no llegó a contarme esa parte, que ahora estaba muerto. Su cara entristeció y me dijo que lo sentía. Quizás recordaba con cariño a ese hombre que se interesó tanto por él, a ese hombre al que terminó amenazando y al que, un momento atrás, estaba pensando en matar a golpes; o puede que la noticia de esa muerte lo haya hecho pensar en su propia edad, en su pasado tumultuoso y en su potencia física -que Belisario admiró- hace tiempo perdida, en señal de que su propio camino a la extinción ya estaba más avanzado de lo que a él le gustaría.

Al final le mentí otra vez para sacarle un dato, asumiendo un riesgo alto e innecesario, pero es que tengo que seguir buscando. Le dije que yo soy como él, una justiciera silenciosa que persigue y espía a quienes traicionan a la patria. «En mi caso no puedo valerme de la fuerza de mis músculos como usted bien supo

hacerlo. Yo redacto informes sobre sus vidas traidoras y los envió tipeados y anónimos a las autoridades, para que tomen represalias» le dije. Por un segundo su cara me hizo sentir que mi mentira estaba fallando, que El Yunque no me creía y que se iba a ensañar conmigo, pero terminó por asentir y felicitarme. Entonces le pregunté por el castillo y él, muy serio, señaló una dirección y dio indicaciones antes de que yo pudiera aclarar por qué buscaba el lugar que buscaba. «Tenga cuidado. Ahí no es fácil entrar ni salir» fueron sus últimas palabras, tras esconder las manos en su abrigo. Agradecí, me excusé y me fui. El Yunque se quedó mirando el local cerrado *sin encender otro cigarrillo*.

3 de noviembre de 2020

En el castillo sólo encontré a una mujer sentada en un cuarto lleno de libros. No aparentaba más de treinta años, pero algo en la forma en que cantaba por lo bajo y entredientes una melodía irreconocible, su lentitud para acariciar con un dedo los lomos, y cómo, cada tanto, cambiaba un tomo de lugar; hacían pensar en una bibliotecaria muy anciana que hubiera pasado ahí toda su vida.

Ella me contó que en el noreste existe una superstición que mantiene a la gente alejada del castillo y que, por eso, ha sido siempre utilizado como escondite de rebeldes y criminales. En sus pasillos y salones, conviven las historias de fantasmas y criaturas sobrenaturales con el recuerdo de los más activos opositores del régimen, y con violadores y asesinos.

Le pregunté si ahora había alguien y me dijo «no que yo sepa; pero el lugar es muy grande. Fíjese con qué libertad entró usted». Después le describí, como

pude, el grupo de mujeres que busco. Dijo no recordar mujeres en el castillo, lo cual ya me sonó raro. Y cuando quise saber cuándo fue la última vez que anduvieron por acá miembros de la resistencia (porque yo suponía que a ellas las había traído la resistencia), su respuesta borrosa me irritó y despertó mi desconfianza plena, «me gustan los libros, señora» dijo «porque no es mi fuerte la memoria; y en los libros, para bien o para mal, las cosas se conservan, se mantienen, permiten volver... No sé con precisión hace cuanto estuvieron aquí los últimos guerrilleros pero diría que hace no mucho».

Por supuesto, busqué mayor especificidad; *hace no mucho* ¿significaba días, meses o unos pocos años? Otra vez, la bibliotecaria no sabía. Pero sí recordó, de golpe, que sí hay alguien más en el castillo: su esposo que había salido a buscar víveres. Y para finalizar, la saqué de su silencio y de su contemplación de los libros por última vez para consultarle la ubicación de la cocina, si es que podía tomar algo para comer. Me dio las indicaciones y me preguntó si iba a quedarme. Con la intención de igualar la exactitud de sus respuestas le dije que no sabía, aunque supuse que ella iba a adivinar, y caminé hasta la cocina pensando en la mentira que le dije al Yunque y en la bibliotecaria; *redacta informes sobre sus vidas traidoras y los envía a las autoridades.*

En la cocina del castillo me apropié de una bolsa de pan, cargué dos jarras con agua de un fuentón metálico y escondí un cuchillo entre mi ropa.

Desde entonces estoy en un cuarto cerca del salón central y me asomé durante estos días a cada rato, a cada ruido, siempre bien asida al cuchillo que sigue entre mi cadera y el pantalón. Pero nunca veo a nadie. También hice, cada día, una recorrida completa a la hora de la siesta, de las que solo puedo decir que

el último pasillo del ala este no tiene *el perfume inconfundible de las flores muertas* ([XXXV](#)), y creo que no existe tal cosa. Todo el lugar huele a viejo, a húmedo, y a encierro. El eco es un ruido vacío y roto que no se parece en nada a un *oleaje agudo que rebota en las paredes como en playas que devuelven su agua y su sal al mar* ([XXXV](#)).

No volví a ver a la bibliotecaria hasta hace un rato, que la encontré con su esposo, a quien tampoco vi en todo este tiempo.

Tengo que volver, no es seguro permanecer en este lugar ni seguir dando vueltas en estas condiciones. Si me pasara algo, ¿cómo se enterarían mi hija, mi madre? ¿qué sería de ellas?

Pensé en el hachero de [XXXIX](#) pero es prácticamente imposible que lo encuentre con solo acercarme a la frontera oriental. Pensé en los miembros de la resistencia que las conocieron, pero, si todavía viven, no sé dónde buscarlos. Sin contar que ponerme en contacto con ellos o andar deambulando por las fronteras sería muy peligroso.

No veo a mi hija hace más de una semana y está con mi madre que debe estar cansada y preocupada por mí. Me estoy quedando sin dinero. Tengo que volver.

Pero apareció el esposo de la bibliotecaria, con ella, hace un rato nada más. Apenas verlos saqué el cuchillo y les apunté con él. El hombre podría ser su padre y llevaba un uniforme militar viejo, de hace cincuenta años.

«Tranquila. Créame que no soy lo que parezco. Mi nombre es Carlos Ramirez, y soy un desertor. El gobierno me busca por haber permitido la fuga de una treintena de presos políticos, entre quienes se contaban las mujeres que

usted está buscando, según supongo, por lo que me contó mi mujer de la charla que mantuvo con usted».

Su nombre fue el residuo de un sabor en el fondo del paladar. El resto de lo que dijo lo retuve en un lugar hueco, sin significado. E inmediatamente me sentí viéndolo con los ojos de alguna de ellas. «Usted las conoció. Usted era el que vigilaba sus celdas en los calabozos de la Ciudad Grande del sur» le dije ([XXXIII](#)) y levanté más el cuchillo.

«Sí. Y, como le digo, yo las dejé escapar y les hice saber de este lugar».

La bibliotecaria no parecía alarmada por el cuchillo que apuntaba a su esposito, ni parecía sorprendida, intrigada ni confundida; escuchaba con calma y con el aire distraído de quien ya sabe todo sobre el tema; pero estoy segura de que era la primera vez que escuchaba esta historia.

Entonces Ramirez me dijo que él le había contado a otro militar la leyenda del castillo, deliberadamente delante de ellas y que, deliberadamente, había propiciado el desarreglo en el cambio de guardia que les dio el tiempo justo para la fuga, y que después escapó él mismo, directo al castillo, pero no llegó a cruzarlas, ellas ya habían pasado por acá y se habían ido. Nunca más tuvo noticias de sus vidas. «¿Y usted cómo sabe de ellas? ¿De dónde las conoce? ¿Sabe dónde pueden estar?» me preguntó. Yo, sin bajar el cuchillo todavía, pensé *ni se te ocurra preguntarte ¿habrán llegado a la frontera?*, le respondí con otra pregunta «¿Y a Galindo Bairós lo conoce? ¿Alguna vez oyó de él?». «No lo conocí, ni he oído de él, pero sí leí su nombre en este papel que encontré en una habitación al poco tiempo de llegar aquí» dijo y me extendió una hoja muy gastada. Al ver que yo no me acercaba ni un centímetro, le hizo un doblez más y la lanzó hacia mis

pies. Me agaché a recogerla, como en las películas de acción, sin perder de vista a Ramirez y sin dejar de apuntarle mi cuchillo. Se trata de un mapa trazado a mano, con muchas más diferencias que similitudes respecto del mapa oficial de nuestro país, no sé si más o menos parecido a la realidad, y en el mapa el recorrido de las mujeres que escaparon de la casa, comenzando por un valle del sur, bifurcándose en varias instancias, con cada parada, cada encuentro, cada posta importante señalizada y aclarada en breves palabras, todos los caminos confluyendo y terminando en el mismo punto de la frontera este, el cruce por el cual salía Galindo a comprar la mercadería que importaba en cantidades minoristas. «Quédese ese papel» dijo Ramirez «Entiendo que usted las está buscando y puede, o por lo menos se anima, a circular. Gracia con la que yo no cuento y con la que mi mujer no quiere contar. Porque yo estoy condenado al castillo y ella está completamente enamorada de él, y el tiempo ya pasó para nosotros.», los textos no paraban de venir a mi cabeza; *queda usted separado de su cargo y se le impone como condena preventiva prisión por tiempo indeterminado...*, «El mapa puede serle útil a estos fines. Y si las encuentra, por favor, hágales saber que hablé del castillo delante de ellas a propósito, para que supieran dónde esconderse; dígalas que provoqué el desorden del cambio de guardia adrede, para que pudieran escapar; que sepan que fingí mi *indiferencia* y mi *cruidad* para que nadie sospechara mis intenciones de dejar escapar presos políticos; que sepan que ahora estoy derrotado y fugitivo, esperando el fin de mis días en este castillo; que les deseo lo mejor y que se acuerden de venir a avisarme si encuentran alguna vez *salvación* para este país...». En el mapa, el sur está donde suele estar el este, y cuando las últimas palabras de Ramirez se me

fueron perdiendo, levanté la vista justo para ver las espaldas del desertor y la bibliotecaria desaparecer por un pasillo a una distancia inexplicable. Tan inexplicable como la actitud de Ramirez, ¿por qué darle a una completa desconocida toda esa información?

Tengo que volver. Tengo que cuidar de mi hija y de mi madre. Me estoy quedando sin dinero y no es seguro seguir dando vueltas así. Voy a intentar al sur por última vez, guiarme con este mapa extraño. Quizás encuentre algo útil entre los despojos de la casa.

6 de noviembre

5.50hs

Desde que me bajé de la camioneta en el puto valle en el que creí ver una casa desde el camino de montaña; desde que estuve parada donde tendrían que estar las ruinas de una casa, me siento observada desde todas direcciones, o desde alguna altura. En lugar de la casa encontré la sensación del *creador-secuestrador, de esa fuerza sobrenatural que nos hizo y nos vigila permanentemente.*

No duermo hace más de treinta horas, pasé toda la noche manejando con las luces apagadas, rezando para no chocar, rogando no ser vista por los militares (porque el que me creo y observa no dejará de verme). Y ahora estoy hace casi cuarenta minutos quieta, con el auto encendido, en un embotellamiento en el ingreso por autopista a la capital. Escribiendo al volante.

Escribo porque no sé qué más hacer, porque los días siguen sucediendo a las noches y las banderas siguen flameando, la gente sigue andando y el agua

sigue corriendo; como si Galindo no hubiera muerto, como si no hubieran desaparecido mujeres y casas, como si no hubieran hecho apariciones fantasmáticas, como si nadie nos estuviera observando a mí, y a mi hija y a mi madre, que están en casa de ella, como si no viviéramos en la masacre continua. Me siento poseída por los *textos encontrados*; siento que fui una tonta al pensar que yo estaba investigándolos, porque, en realidad, la historia que leí en ellos me estaba investigando a mí, y no le contaré a nadie. Siento que mi cuerpo enferma, que me pierdo y mi cuerpo se vuelve huésped de esas voces como virus que no alcanzan a ser personajes. Ya no puedo mirar nada sin que se metan en mis ojos las caligrafías sin nombre. Ahora soy yo la que tiene que elegir entre el fuego y la nieve. Y no me voy a quedar. Voy a pasar a buscar a Clara, pobre hija, tendrá que esconderse bajo el falso piso de la camioneta, y es que tiene que ir escondida, pobre hija, viajar en esa oscuridad, con todo ese ruido, con tan poco aire. Me llevaré los *textos encontrados* y mis notas, se los daré a Clara para que los tenga y cruzaremos la frontera.

Por el cruce del este salía Galindo, allí reconocerán su vehículo; diré que soy su mujer, que él se murió y que voy a continuar con su negocio, que necesito continuarlo o por lo menos cerrar unas cuentas pendientes que le quedaron afuera. Y me dejarán salir. Después volveré a buscar a mamá. Pero la idea de escapar le dará mucho miedo. Ya está muy acostumbrada a vivir así, en este país de mierda. Pero

Escribí mi escape y la autopista empezó a moverse.

Fernanda afuera

23 de mayo de 1970

Después de cruzar la frontera, paré frente a una casa solitaria al costado de la ruta y pregunté dónde estaba la municipalidad más cercana. Hice el camino que la señora de esa casa me indicó, fueron casi 50 kilómetros de repasar mentalmente lo que iba a decir. Llegué, le pedí a Clara que espere un poco más, que se quede tranquila, pero no me animé a dejarla salir de su escondite todavía. En la municipalidad, mostré los *textos encontrados* y las primeras partes de este libro. Conté mi verdad y me trataron de loca. Por supuesto, me enojé. Sentí como un instante el tiempo que tardó en venir la ambulancia y tuve la mala idea de insistir con mi historia. A la fuerza me inyectaron algo que me durmió en cuestión de segundos.

Cuando desperté en el hospital psiquiátrico Círculo Virtuoso y pensé primero en los *textos encontrados* y recién después en Clara, y entonces se reconstruyó en mi mente trazo por trazo el [XLVI](#), ahí empecé a vaciarme. Ese fue el golpe de la primera ola del mar espeso que me arrastra desde adentro hacia la nada. Así empecé a entender que de nada sirve moverse en el tiempo y el espacio por *una guerra que perdimos de los pies para arriba, antes de que corriera ningún tiempo* ([XXXVII](#)).

Y ahora me leo y recuerdo mis últimos textos antes de escapar y parezco una de ellas. No debo dejar que esta historia me deforme. Tengo que recuperar mi compostura.

Pero en ese primer despertar en el Círculo Virtuoso no tuve ninguna compostura y corrí por todo el lugar, pregunté por mi hija a todo el mundo , lloré a los gritos y me sacudí con violencia mientras me sostenían entre varias personas para volver a dormirme con una inyección. Me sentí una mierda, una estúpida y una loca. Y después decidí mentir. Negué las existencias de mi hija, de la camioneta, de mi país y de todo lo que en este presente parece del futuro. Todo había desaparecido. Ámbar mentía o no sabía nada. *Todas las huellas se borran* (V).

Sin la ayuda de Ángela no sé qué sería de mí.

Ángela es la enfermera que nos da las pastillas, ferviente lectora de Cortázar y gran conversadora. Nos hicimos amigas porque un día, a la hora de la comida, la vi leyendo *Último round* y, por la altura del libro en la que estaba y por cómo fue su risa, supuse y le dije, afrancesando las erres, *gallinas teñidas de negro que corren de un lado a otro con la indignación que siempre manifiestan estos animales cuando se los rocía con petróleo bruto*. Ella me miró sorprendida. Había adivinado la frase que acababa de leer. A partir de ese momento hablamos muchísimo todos los días.

30 de mayo de 1970

Me di cuenta de que estaba en otra época de la misma forma en que se dan cuenta de esto los protagonistas de todas las películas con viajes en el tiempo. La primera vez que salí tranquila de mi habitación del Círculo Virtuoso vi a otra

interna leyendo un diario con fecha de 1970. Por un segundo barajé la posibilidad de que fuera una costumbre argentina, o de esta loca en particular, leer noticias viejas. Pero todos los aparatos y las vestimentas, todo parecía viejo. Pensé que, a lo mejor, la dictadura no sólo nos ocultaba el lugar donde estábamos, sino también el tiempo en que transcurríamos. Pero, ¿por qué le agregarían 50 años al almanaque? Más lógico resultaría que quitaran años para ocultar o negar hechos. ¿Será que la tecnología está siempre 50 años avanzada a lo que la población civil del mundo consume y que mi país es el conejillo de indias de los desarrolladores? ¿El régimen agrega esos años sólo para despistar? Ninguna posibilidad es convincente, pero el colmo de mi confusión llegó en el momento en que entendí que Internet no existe aquí. Desde que se prohibió Internet, solo quedando disponible en las oficinas de la CIDECT, y se prohibió también el uso de teléfonos celulares, en mi país se sabe que en el resto del mundo cada persona accede a Internet desde su dispositivo de bolsillo. Aquí nadie tiene eso, ignoran qué es Internet cuando lo menciono y ni siquiera tienen computadoras.

Así que, de a poco, entre vómitos, llantos, electroshocks y contener la rabia, el miedo y la desesperación, tuve que ir aceptando no sólo en *dónde* estaba, sino también *cuándo* estaba. Y me repetía en silencio como una loca el [XLVI](#) de los *textos encontrados* para terminar de aceptar lo imposible: conocí el terror de mi hija antes de que ella llegara a sentirlo, la leí antes de que aprendiera a escribir, la llevé a su prisión incomprensible.

*Casa
perdida/
Textos
encontrados*

FEDERICO PARATCHA

Textos encontrados

Prólogo

En el prólogo del otro lado de este libro consta que todo el conjunto de su contenido lo encontré fragmentado en una caja junto con otros títulos que no vienen al caso. Permanecí reacio a hacer un segundo prólogo hasta recién, pues considero mejor conservar lo más posible el formato que tenía la edición original: este molesto esquema de dos lados, el desorden. Pero en la última lectura me ha ganado la necesidad de llamar la atención sobre cómo Fernanda Torres, en su aparente conocimiento literario, no señala las constantes y sospechosas referencias de los textos. Sin mucha dificultad se aprecia cómo *Yzur*, *La invención de Morel*; *1984*; *Fahrenheit*; *Nuestra parte de noche*; quizá *Glosa y Ornamento*; entre otras obras y supongo que varias más que desconozco, son inútilmente asaltadas en los *Textos encontrados*, así como también el “estilo” de algunos escritores del canon americano, y ciertos hechos tales como algunas historias sobre el penal de máxima seguridad de Usuhaia; el asalto al Batallón 141 de Comunicaciones del Ejército por parte de los *Decididos de Córdoba*, compañía del ERP; los usos del aparato represivo de la dictadura argentina de 1976; y quizás la protesta contra la reunión del G20 en Bariloche, llevada a cabo por la FACC en junio de 2018.

Fernanda omite también la mención de los textos del *Atrapasueños* y sus lazos demasiado casuales con ciertos eventos de *Las Hermanas*. Además su análisis se detiene convenientemente antes de aparecer textos cuyas voces coinciden notablemente a pesar de ser escritos ya sí por personajes diferentes en teoría.

Poco más puedo agregar después de señalar estas irregularidades. No encuentro aquí nada parecido a conclusiones satisfactorias y sólo promuevo la publicación de este libro porque espero que alguien lo lea y sepa decirme el origen de todo esto.

Federico Paratcha, Buenos Aires, 2022

Las Hermanas

... una verdadera flor de fuego.

Mariana Enriquez

¿Quién te habla al oído? ¿Quién pregunta?

Edgardo Cardozo

I

Acababan de escapar. Preferían correr desnudas por la nieve antes que permanecer. Y acá nos quedamos. Fieles a la indiferencia o aterradas por lo distinto. Da igual. Junto a la chimenea. Intuyendo sus huellas blancas y fugaces a través de la ventana que Maia cerró un momento después de que saltaran al invierno y emprendieran la patética carrera hacia sus profundidades.

Huellas blancas desapareciendo en la tormenta.

-Se van en el peor momento –dijo Ámbar de pie. Muy próxima al vidrio que superponía el reflejo del fuego a sus ya breves siluetas, naranjas y rosadas, que se fundían en la incandescencia del desierto helado.

-Para que no las sigamos –explicó Maia mirando un mazo de cartas.

-¿Volverán? –preguntó la más joven.

-Muertas –sentenció la mayor -. Muertas o a medio morir. Si es que vuelven. Pero no creo. No esta vez.

Y yo que quizás quería llorar levanté los uniformes abandonados y los tiré hechos un solo bollo sobre la leña encendida.

II

El aroma anunciaba que las galletitas estaban prontas a su punto. El vapor abandonaba silbando la pava y un rumor de porcelanas componía un campanario discreto y diminuto en la imaginación de alguna o de todas nosotras.

Escribíamos y éramos escritas para aguantar la culpa. ¿Culpa de qué? Qué inútil ¿no? Sabíamos que nos devoraría tarde o temprano, con o sin motivos.

Somos esclavas de una casa perdida. Pensábamos. El poder de la vida reside en el asecho de la muerte.

Somos amas y señoras del té. Decíamos. El poder de la muerte se alimenta de acostumbrarnos a vivir.

Las tazas viajaban entre las manos. Las palabras entre las tazas. Hasta que las voces se quietaron:

Una flor cruzó la ventana abierta de par en par, escoltada por una abeja que parecía desprenderse por capas de la luz solar.

III

Dado que la alacena más alta había estado larguísimos años en desuso porque resultaba incómoda para la estatura de todas; y siendo que ahí habían ido a parar, durante todo ese tiempo, cantidades de condimentos y otras cosas que a ninguna nos gustaban; determinada mañana concluimos: ese es el criadero de las polillas que invaden la casa. Malditos insectos que aparecían seguido en nuestros armarios y destruían nuestras frazadas. Cómo los odiamos tantas veces, entre revoltijos de panza y lamentos, al tener que descartar porciones abundantes que ninguna estaba dispuesta a comer al ver las larvas retorcerse entre granos de arroz o presas de pollo.

Cuando Ámbar se subió a la pila de libros sobre la mesada, descubrimos no recordar la última vez que esas puertas habían sido abiertas. En el interior de la alacena, la imagen de aquel ecosistema que alimentaba vida de la podredumbre nos paralizó unos segundos. Acto seguido nos dispusimos a eliminarlo.

IV

No sabía la respuesta al acertijo que ella me había planteado. Supuse, con una sensación parecida a la seguridad, que se trataba de un caso típico de eso que llaman *pensamiento lateral*.

Enseguida olvidé cuál era la incógnita. Solo sabía que involucraba una vaca, un edificio y un homicidio. En lugar de intentar resolverlo, me concentré en lo fea horrible incómoda que es la palabra acertijo. Acertijo. Palabra fea. Horrible. *Todapalabratienesubelleza*. Pero “tijo” se me pega en el paladar como una hostia de caca. Tijo como si el pantalón se enterrara entre mis nalgas en una caminata extensa, mientras tengo ambas manos ocupadas por un objeto muy frágil que se arruina si lo apoyo en cualquier superficie que no sea un almohadón enorme de algodón forrado en seda blanca de gusano vivo. No puedo hacer otra cosa que llevar el condenado objeto a su distante destino sintiendo ese roce constante y picoso en el culo.

Así me siento hasta que dejo de pensar en la palabra acertijo.

¿Dónde habrá de esos almohadones?

V

Pareciera que siempre habíamos vivido ahí. Pero sabíamos que no. Los recuerdos de las ciudades que nos criaron estaban casi por completo diluidos en la casa. Eran nuestros hábitos, y la mezcla de fascinación y miedo con que mirábamos los altos cerros y las lomas sutiles del valle desprovistas de edificios, lo que nos delataba ciudadinas.

Nos conocimos como un grupo de personas que escapa de su pasado. Aunque en verdad no era así. No por lo menos para todas. En realidad era como si nuestros pasados escaparan de nosotras.

A través de gestos, formas de decir, costumbres, orígenes y duraciones de nuestros silencios cada una armaba mapas con las historias de las otras en retazos. Hacerlo con una misma era mucho más difícil. No recordábamos casi nada antes de la casa. Y algo nos impedía hablar de lo poco que sí recordábamos.

Se nos imponía un nihilismo; un renacer indeseado; una fuerza ingenua que pretendía, sin eliminarnos, pulverizar las marcas ancestrales que nos poblaban. O así se sentía.

Cada tanto alguna se daba cuenta de que había olvidado algo de lo poco que conservaba su memoria. En tardes diáfanas de primavera o en madrugadas de neblina y escarcha llorábamos juntas esos mundos perdidos. En esa desazón, ante esas pérdidas de lo más propio y personal; sin embargo, nuestras

individualidades se incrementaban al extremo, y a la par nos volvíamos espejos las unas de las otras.

Una vez Ámbar dijo: Hay huellas que no se borran.

VI

Abrí la puerta. El sol y el horizonte estaban recién separados. El vapor de rocío se había disipado o ascendido y el pasto apenas cabeceaba sobre la curva lenta del terreno irregular donde quedaba nuestra casa, rodeada de montañas, como una fortaleza.

Sobre la escalera de piedra, en la entrada, como todas las semanas, esperaban las provisiones: una canasta con comida, cinco fuentones con agua y algunos libros u hojas de papel.

Entré la canasta con gran esfuerzo y la dejé en el suelo junto a la mesada. El sonido del líquido contra las piedras de la escalera de entrada me hizo girar. Ámbar se había levantado de la cama, y en silencio había salido de la habitación y había llegado al exterior. Se escurría. Era como un gato o como esas arañas tan livianas que caminan sobre el agua. Esta cualidad suya, que se manifestaba con frecuencia, me hacía pensar que vivió entre gente irascible que la retaba y ella, en lugar de rebelarse contraponiendo su rabia a la de estos padres, tutores, hermanos o parejas que la violentaban; había optado por volverse imperceptible para que no la molesten. O quizás escapaba de la policía, no sé.

Se lavó la cara levantando el agua que cabe en el cuenco de sus manos juntas y estampándosela de un golpe directo en la frente, los ojos y los pómulos. Sin secarse tomó un fuentón con ambas manos y entró, lo dejó en la cocina, junto a la canasta, y llevó otro al baño, desapareciendo unos instantes por el pasillo de

las habitaciones. No parecía costarle nada cargarlos. Siempre fue la más fuerte de nosotras.

Cuando volvió dije que seguía viniendo la misma cantidad de comida que antes, cuando estábamos todas. Ámbar miró la canasta todavía en silencio, asintió y del primer cajón sacó un cuchillo.

VII

Después de cenar jugábamos.

¿Cuándo descubrimos el juego? No sé.

Ciertamente no fue al principio.

Quiero decir: habíamos jugado antes. Antes de conocernos. Antes de estar en esa casa. Tampoco recuerdo la primera vez que jugué en mi vida. O qué juego jugué esa primera vez. Pero no me refiero a eso. Un día en la casa empezamos a jugar. Sí. Y en verdad no. Fue una noche. Una noche empezamos a jugar.

¿Qué jugamos primero? No sé.

Había dos vertientes principales en nuestros juegos: el teatro y las cartas. Habrá sido algo así.

Los juegos teatrales eran iniciativa de Ámbar. Las cartas las dibujaba y cortaba a tijera Maia con una prolijidad que admiraré eternamente.

Ahora que lo pienso también eran un juego las noches que pasábamos recordando canciones –aunque quizás las inventábamos, pero nos hacía bien sentir que podíamos recordar algo en voz alta-. Cantábamos paradas en las sillas, desplegando nuestros más amplios movimientos por toda la casa, o percutiendo los muebles. Canciones de Disney o canciones populares de las tierras de cada quién, que alguna enseñaba y las otras aprendíamos.

VIII

Hay cosas que una supone propias únicamente de las ficciones más fantasiosas. Imposibles. Cuando estos sucesos tienen lugar en la vida; mejor dicho, la única vez que un evento de esta naturaleza se desarrolló ante mí, no pude más que verlo paralizada. Con los ojos muy abiertos y la frente fruncida.

Ámbar y Maia aparecieron detrás de mí por la puerta que había dejado abierta para entrar rápido con las provisiones. Maia dijo ¡se lleva la canasta! Por contestar me di cuenta de que ya tenía la boca entreabierta. Balbuceé dos o tres sílabas incomprensibles antes de formular un sí tan inútil como evidente. Una constatación sin majestuosidad alguna. Una constatación más para mí que para ellas.

Ámbar estuvo de golpe delante de mí y con su brazo más hábil catapultó una piedra o ladrillo que no alcanzó al pájaro enorme que se elevaba, llevando consigo nuestra comida de la semana.

Ave negra cargando una canasta. Alejándose del suelo cegado de nieve hacia el cielo abierto.

IX

- Estoy profundamente desilusionada
- Ya sé
- ¿Cómo que ya sabés?
- Nena: vivís profundamente desilusionada
- ¿Y no me vas a preguntar por qué?
- ¿Y por qué te lo preguntaría?
- Bue... Andá a cagar.

La segunda se ríe.

- No te enojés. Es que un poco ya lo sé
- ¡Disculpá! Me olvidé que te las sabés todas
- Y... ¿hace cuánto vivimos juntas?
- Qué se yo hace cuánto. Toda la vida o el tiempo que tarda en abrirse una puta flor o en formarse un granito de arena; hace cinco minutos cuando todo era oscuridad y caos antes de que abriera la boca cualquier Dios, o hace meses, a mediados del invierno, cuando empezó el colapso del Sol. O capaz no vivimos juntas todavía ¿estaremos juntas alguna vez? A lo mejor no nos conoceremos ni en sueños; lo cierto es que estoy profundamente desilusionada porque nos

pusieron acá ¿o vos pediste venir? y da toda la sensación de que más allá de estas paredes hay un mundo a cuyo encuentro estamos destinadas al pedo porque transcurre en una dimensión paralela y la ciencia ficción es toda mentira y al final solo hay esto, nada más que esto, celeste rosa blanco verde amarillo negro gris en fin marrón y transparente en fin vacío en fin mi desilusión en fin una mierda profunda. La comida se alimenta de nosotras, el día nos roba la luz y la noche ni siquiera se digna a matarnos ¿crecemos o nos vamos consumiendo? ¿hay alguna diferencia? No sé vos pero yo siento la mirada del creador, ese irresponsable que se asoma cada tanto y se avergüenza, me tiene harta con su apego y su convicción inconsciente de que somos una extensión de su propio ser; no hay nada menos suyo que nosotras. Y siendo tan evidentes los hilos de este paraíso escenografiado donde somos reinas cautivas de la nada ¿cómo no esperar con ansia la caída de este empapelado o el empapelado de esta caída para entregarnos a nuestra verdadera naturaleza de gitanas vagabundas? ¡eso sí sería ser! ¿qué mejor reflejo para cualquier divinidad que una mujer marginal ataviada con prendas de colores vivos sin más armas que toda la ternura de su corazón maltratado y con un cuchillo en la cartera frente a un mundo hostil e indiferente? Si la semilla de un mundo distinto es la libertad o si la libertad es solo mi zanahoria me tiene sin cuidado, mi único deseo es hablar en mi propio nombre y no sé si esto suceda y no sé si este deseo es verdaderamente mío... Es un abismo que me tiene profundamente desilusionada.

X

El día del incendio es, sin duda, un alivio. Un alivio tardío, sí, pero alivio al fin. Un alivio de fuego, es evidente.

El día del incendio es, sin duda, un alivio de fuego que resulta inevitable. Un tardío alivio de fuego inevitable que tiene que ser tras haber perdido todas las oportunidades. Cuántas disyuntivas ignoradas. Quizá miles de decisiones en apariencia mínimas e insignificantes que se apilaron por evadirlas, por optar por la nada. El incendio viene a quemar esa obstrucción.

Si me gustaran las metáforas diría que aquellas cosas no resueltas fueron la lluvia lenta y constante de pequeñas notitas que desató la sinfonía de esta hoguera inmensa, alzada ahí, tras una explosión, donde hace un momento estaba la casa.

Esa metáfora es la voz de Angélica dentro de mí. Su voz que se quema con la casa, supongo, en el clímax de esta obra de asuntos sin resolver próxima a su final.

Hoy es el día del incendio, sin duda, un alivio.

¿Sus causas? Desconocidas.

¿Por qué perdura? Es inentendible.

Hermosa casa en la que vivíamos, ahora bola de fuego imponente; no comprendo cómo se sostienen tus llamas en semejante tormenta de nieve. Y aun así, con todo, nunca te pareciste menos al infierno. Nunca te pareciste menos a un ataúd. Tu fuego inexplicable es un alivio. Ya hecha cenizas cada cosa que te habita se habrá salvado de ser una metáfora interminable; se habrá realizado. Cuerpos metafóricos y cuerpos materiales resueltos en las mismas cenizas.

Y nosotras acá, desnudas en la nieve, te veremos arder un poco más, ya sin palabras, antes de reanudar nuestro escape.

XI

El hombre húmedo de rincón envuelto en humo y oscuridad, casi invisible de tan decrepito, pregunta cómo terminamos ahí.

No tenemos idea; a veces pienso que nacimos ahí, sabiendo que no, contesto.

¿De la misma madre? pregunta el rincón húmedo de oscuridad envuelto en hombre y humo, casi decrepito de tan confuso. Invisible.

Queriendo encontrar algún rasgo de su cara le cuento que nos había sido infundido un olvido profundo, que algunas recordaban apenas imágenes o sensaciones de antes de la casa, que lo que sabemos de nuestro pasado remoto es apenas lo que vemos en las marcas de nuestros cuerpos y de nuestros lenguajes; le cuento que muchas veces hablamos de la sensación de un creador y criador que nos dio la vida y trabajó en nuestro crecimiento y desarrollo para finalmente abandonarnos y observarnos con vergüenza y miedo desde algún lugar parecido al cielo o a una cumbre o al horizonte; le cuento que no sabemos o no recordamos bien qué es una madre o un padre más allá de sonidos y grafismos que nos remiten a la arena abstracta de nuestras infancias, si existieron; le cuento que solo conocemos de hermandad y abandono; que vivíamos en paz.

¿Y por qué se fueron? pregunta el humo envuelto de hombre rincón y humedad en lo oscuro, casi imposible de tan lejano. Confuso.

Su misterio es aburridísimo. El verdadero misterio con él es cómo no murió de aburrimiento todavía si vive velado por este halo de misterio inaguantable. Tratando de recordar cómo terminamos hablando con él le digo que la paz, para algunas personas, se vuelve una tortura cuando descubrimos o intuimos que es un espejismo y enmascara una guerra interminable. La paz, le digo, es una búsqueda hermosa, es la Diosa más bella en la que se pueda creer. Pero si la paz acá es la guerra allá: hacés el callo que resista la fricción contra la certeza de tanto dolor tercerizado o te caés para adentro hasta borrarte o entrás en la disputa.

Entonces ustedes decidieron venir hacia la guerra, asume el hombre envuelto de humo oscuro y misterio barato, crujiendo de humedad al despegarse apenas un poco y por primera vez del rincón donde lo he conocido. Algo en su movimiento me hace sospechar que está por amanecer.

Nosotras vinimos para irnos del paraíso, para comprobar que existe el mundo, para saber qué pasa.

XII

Las calles no me son extrañas de por sí. En eso se basa mi extrañamiento. Como un *dejavú*, o como si hubiera nacido en un colectivo que recorría cada rincón de este suburbio, todo lo reconozco apenas verlo. Como de otra vida, o como si hubiera pasado la infancia viendo un cuaderno lleno con fotos de estas esquinas, de estas veredas y de estos horizontes.

Las calles no me son extrañas de por sí. Me resultan extrañas de tan conocidas. Lo extraño es cómo conviven en mí la absoluta seguridad de reconocerlas todas con la profunda certeza de nunca haber estado acá.

XIII

Tomadas de la mano cruzamos la plaza. Es otoño y las hojas secas crujen a nuestro paso. El sol actúa como si fuese primavera. Me siento lejana personaje del sueño de alguien, cuerpo vacío que cruza la plaza aferrado a un alma sin cáscara. Ella es un alma cándida que va llena de sueños. Soñándolo todo aunque no estamos en su sueño. Nada le impide soñar en un sueño que no es suyo, en un sueño ajeno. Soñadora Intrusa bajo un sol de primavera perdido en el otoño para ser testigo del color de las hojas secas y sus hábitos de alfombra mágica en desintegración.

Nos sentamos en el último banco. En este banco de plaza que mira la inmensidad termina el Pueblo Chico del Sur y se abre el campo que se extiende varios kilómetros solo habitados por algunos árboles solitarios hasta la falda de los cerros donde crecen bosques como islas o como nubes o como vello púbico.

Respiro y con el aire entra la calma. La sensación de ser solo el reflejo inconsciente de una entidad imprecisa se va. Soy una Diosa. Crear está en mi naturaleza.

Unos pequeños insectos danzan en el aire. Van y vienen en una secuencia irregular y desordenada, o de un orden inescrutable. A contraluz el sol los convierte en simples puntos blancos con un halo ligero que produce el velocísimo batir de sus alas. Se me antojan estrellas; estrellas del día; estrellas desertoras del cielo y de la noche. ¿Será que ascienden hacia lo oscuro cuando ya no ven el sol?

Son un río de estrellas que flotan sobre la vía muerta a escasos metros delante de nosotras. Un río de estrellas donde cada una sigue u origina una corriente diferente, única e impredecible.

Atrás, por la calle al otro lado de la plaza, suena inconfundible el motor de un camión militar cargado de tipos armados que esperan su turno para hacerle daño a cualquiera por la Patria. Por suerte ya no estamos tomadas de la mano. Qué estupidez tener que pensar así. De noche entran a las casas sin mediar explicación alguna, y en la calle atacan sin mirar a quién; hay toque de queda, no se puede andar. Pero de día sacan a relucir razones ridículas, desvaríos que terminan en ríos de sangre sin estrellas.

Allá en el paraíso eran parte de la gran leyenda que nos parecía el mundo.

Acá su proximidad, como una parca rabiosa, me hace sentir más viva que nunca.

¿El miedo y el dolor son su fruto? ¿O son su fuente?

XIV

El tipo me hace pensar en Neruda, en la más célebre e infame frase de Neruda: *Me gusta cuando callas*.

Realmente este tipo es hermoso en silencio, pero cuando habla es insoportable.

XV

Ante su reacción ya no recuerdo lo que sentía hace un momento ni entiendo lo que siento ahora ni me importa. Saco la mirada de su rostro y la dirijo al piso como buscando un fantasma, pero; sin embargo, sus facciones, de una belleza desbordante, permanecen clavadas en mi retina, conjugadas en el gesto del horror. El rostro más hermoso que vi; la cara más horrible.

Ahora desestimo en voz alta la nota anónima que acabamos de leer. No sabemos quién la deslizó por debajo de nuestra puerta y desapareció, cobarde, en la oscuridad. Digo que se trata de una broma de pésimo gusto y me oigo. Me oigo y no sé qué creer. ¿Quién entendería esto como una broma? Comprendo que, así como en mi interior, dentro de Cloe se desata una batalla feroz entre las ganas punzantes de salir disparadas a buscar a Sara para comprobar que está bien, y el temor de ser interceptadas por las patrullas.

Otra vez nos estamos mirando. En este caso con los ojos empañados y vibrando de enojo y miedo. Seguimos mirándonos con los cachetes ya mojados. Nuestra vibración es casi imperceptible. Cada tanto chillan, al arrastrarse contra el suelo, las patas de las sillas.

Transcurre un lapso de tiempo indeterminado: lo que tarda en secar una lágrima o lo que tarda en aconsejar el silencio. Necesitamos comprobar que esa nota es un engaño. Nos levantamos y vamos hacia el armario. Siento más frío que

el día que escapamos. Salimos sin apagar la luz. Encapuchadas. Sombras, otra vez sombras, con prisa por las calles prohibidas de la noche.

XVI

- Estoy soñando ¿no?

- Sí

- ¿Y ahora qué?

- Ahora qué ¿qué?

- No sé... ¿qué se supone que ocurra?

- Ni idea, supongo que vos forjás tu propio destino

- Entonces ¿puedo decidir lo que ocurrirá?

- No sé si es tan así

- (...)

- ¿Qué pasa?

- No sé. A veces me siento carente de propósito, pienso que hablar no tiene caso e incluso dudo si hacer algo, cualquier cosa, tiene algún sentido

- En esos casos mejor hablar de cualquier cosa

- No quiero

- (...)

- (...)

- ¿Has sabido lo que pasó en el país?

- ¿En este país?

- Puede ser

- No es lo mismo un país o el otro

- No, pero casi

- No me parece

- De todas formas ahora me pregunto si fue en este país, en el otro, o en los dos

- ¿Cómo podría pasar lo mismo en los dos países a la vez?

- Podría ser justo en la frontera. Imaginate: rompés un huevo justo sobre la línea divisoria de tal manera que una mitad de la cáscara caiga en un país y la otra en el otro, y el contenido se esparce hacia ambos lados... ¿En qué país se rompió el huevo?

- ¿Son tan finitas las fronteras?

- Ni idea

- ¿Entonces dónde rompieron el huevo? ¿Es eso lo que pasó?

- No, no. Pasó algo muy grave

- ¿En los dos países a la vez?

- Como las cosas que pasan en el sueño y la vigilia. No es tan raro. El mundo tiene algo de juego de espejos; y no lo digo yo, eh, no lo digo yo

XVII

El aire, por momentos, es tan semejante a esa vieja casa en la nada, que preferiría una nada completa. Sin casa ni aire, sin montañas ni ciudades. Sin muerte. Nos detenemos frente a la única intermitencia-único hueco en la piedra áspera del paredón: una reja doble. Nos miramos. No hay candado. Tampoco traba la entrada el pasador.

Entramos, deslizándonos como sombras. Enseguida pisamos un pasto tierno muy bien cuidado. Un cementerio donde ningún muerto nos es familiar. Nos sentimos espías.

No hay mausoleos. Solo pequeñas cruces o pilares de madera que marcan las parcelas de cada cuerpo. Arreglos florales. Ramos simples en casi todos los casos. Al final de una fila dos coronas muy grandes de hojas verdes y flores de múltiples colores. Sería un muerto célebre, un muerto extensamente querido, o un muerto reciente.

Ninguna tumba parece demasiado antigua o abandonada por su estado aunque en las inscripciones se ve que existen diferencias abismales de tiempo entre algunas y otras.

Nos movemos con una cautela notable. Como si estuviéramos tras la pista de algún misterio cuya resolución se encuentra entre estos epitafios. Nombres, fechas y dedicatorias pasan por nuestros ojos y yo siento, cada vez más, que

durante los últimos dos siglos gentes de todo el mundo han venido a morir acá. Imagino grupos reducidos, sectas poco conocidas, dispersas por rincones insospechados de la tierra, que saben algo de este pueblito y envían cada tanto a un compatriota decrepito o moribundo que llega transformado en un extranjero moribundo o decrepito para recibir a la muerte en estos parajes.

Atrás de la última hilera de sepulcros un semicírculo de bancos de piedra rodeado de arbustos bajos antecede un arroyo que marca el final del cementerio y del lado este del pueblo. Hace media hora estamos sentadas en uno de los bancos. En silencio. Viendo correr el agua, el arbolito que nos hace sombra o el portón entreabierto del que nos separan los muertos.

Hay una casa pasando el arroyo. Una casilla de madera que no habíamos notado antes y ahora Laura me señala. Haberla visto recién después de tanto rato nos hace reír un poco.

Una voz nos sobresalta. La levísima voz que tienen los fantasmas parece salir de nuestros adentros o venir de todos lados. Suena muy tranquila y amable. Si no hubiera aparecido tan de golpe no habría sobresaltado a nadie. Nos pregunta ¿les gusta?

Casi pelado, de abundante barba blanca y piel curtida por el sol, el viejo con voz de fantasma nos pregunta ¿les gusta? inclinando su cabeza hacia la pequeña construcción de madera al otro lado del arroyo. Tras mirarlo a él un momento, devolvemos la vista a la casita. Tiene el tamaño de un cuarto, techo a dos aguas y al frente una ventana y una puerta. Todo en tablones de una madera oscura de

apariencia maciza que no evita una fuerte sensación de fragilidad en contraste con las montañas y el cielo enormes en el fondo. Vuelvo a recordar nuestra casa perdida. Recuerdo el fuego en la nieve. Laura también.

Podría ser el dibujo de un niño, dice Lau. Y tiene razón. El viejo sonrío. Y yo, no sé por qué, agrego que se la ve muy tranquila. Y el viejo sonrío.

Me gustaría habitar con tranquilidad un dibujo de mi infancia, dice, quizás por eso la construí así, para acercarme lo más posible a la paz de ese mundo estático de dos dimensiones; de no haber sido por ustedes nunca se me habría ocurrido... gracias, lo pensaré.

Ahora un silencio sucede su respuesta. Un silencio raro después de una respuesta rara.

¿No se vuelve tediosa tanta tranquilidad a veces? Pregunta Laura y el viejo la mira y gira hacia el cementerio. No, no, dice. Por lo menos a mí no, dice. Y con un gesto de su brazo arrugado y moreno, que abarca todas las tumbas, nos mira y pronuncia como un salmo *Da gusto ver tanta gente reunida y saber que son totalmente incapaces de hacer daño alguno*. Abre mucho los ojos y deja ir una risa diminuta como un animal apenas perceptible que en menos de un instante se pierde entre los arbustos.

Se llama Vicente y vino con su voz de fantasma hace 25 años desde los alrededores de la Capital a cuidar este cementerio. Dice con mucha liviandad que es un fugitivo. Le preguntamos de qué escapa. Todos los fugitivos escapamos de lo mismo, dice, y nos mira como si estuviera adentro nuestro. Me pregunto si tanta

soledad le ha permitido ensayar ese efecto que producen su voz y sus ojos por igual. Escapamos de nosotros mismos, de algo que hicimos o vamos a hacer, dice, nos mira como si estuviera adentro nuestro y otra vez su risa semejante a un pequeño mamífero, veloz como el sonido, se pierde entre los arbustos. No me hagan caso, estoy viejo y repito cosas que vi en televisión hace mucho tiempo, se desdice. Pero todavía nos mira como si estuviera adentro nuestro y supiera la respuesta a su siguiente pregunta.

¿Ustedes de qué escapan? No escapamos de nada, le digo enseguida. No son las primeras que llegan a este cementerio a mirar en silencio nombres desconocidos, dice él. Vicente a veces habla como si delante de él aparecieran en lentos caracteres las frases que dice mientras devuelve su mirada a los muertos.

Lamento ser lo que ustedes no esperaban de este lugar, agrega; yo también llegué acá anhelando la compañía de estas personas impasibles que se quedan ahí, *horizontales, sin hacerte preguntas, sin responderte, ni saludarte*. Los que escapamos, dice, escapamos de nosotros mismos, de nuestra vida. Así, por escapar, nos cruza la tristeza de no tocar la vida. Por eso nos sentimos a gusto entre los muertos. Nuestro destino es el hábito de cavar tumbas sin distinguir propias de ajenas. Es probable que tengamos salvación, pero debe ser muy difícil.

Está bien, señor, espero que encuentre su salvación, dice Laura; nosotras sólo queremos pasar un rato en un lugar tranquilo y silencioso.

Entiendo, contesta Vicente, entonces este pueblo es ideal para ustedes; salvo, claro, durante las razias... Una última cosa, dice, agüardenme acá un momento.

Se aleja. Hacia la casa. Al cruzar el arroyo vemos que el agua transparente le llega hasta la mitad de la pantorrilla. Está descalzo. Entra en la casa y sale con algo pequeño en la mano. Al cruzar el arroyo de vuelta el agua le llega hasta la mitad de su pantorrilla. Sonríe. Se acerca. Extiende hacia mí el cuaderno mínimo que fue a buscar.

Miro las tapas de cuero negro sin ninguna marca a excepción de la costura, algo brutal, en el lomo flaco. Mientras lo tomo pregunto ¿Qué es?

Un regalo: Poesías Intactas.

XVIII

Esa noche decidí no dormir. Me acosté primera y fingí caer en un sueño profundo. En realidad permanecí quieta con los ojos cerrados y la idea fija. Abrí mis oídos tanto como me fue posible para detectar los movimientos de todas. Angélica se acostó apenas unos minutos después que yo. A través de la pared que separaba nuestras habitaciones la escuché sentarse en la cama y tomar un libro. Me concentré a tal punto que, sobre el fondo constante de las voces excitadas del resto, podía escuchar el lento pasar de las páginas; el despegarse de los labios en algún gesto; los pequeños desplazamientos casi automáticos con los que el cuerpo busca comodidad luego de mantener un rato la misma posición.

Cuando Angélica cerró el libro y se horizontalizó, pasé mi atención a la partida de cartas que mantenía muy entretenidas a las demás. Hablaban sin parar. Sería muy fácil darme cuenta cuando Laura y Maia estuvieran dormidas. Los volúmenes de sus voces se destacaban ampliamente.

Fueron las últimas en acostarse. Laura y Maia. Dos horas y media después. Ninguna otra producía sonido alguno ya y ellas seguían jugando y conversando a media voz. Luego entraron juntas al baño, rieron un poco más mientras se lavaban los dientes y cerraron tras de sí la puerta de su habitación, del lado opuesto del pasillo. Sus voces filtradas por las paredes persistieron todavía un rato más, menguando hasta callar.

Habían pasado más de tres horas desde que me acosté pero tenía un objetivo claro que me permitía velar en secreto sin caer en la trampa del sueño. Sin el más mínimo sonido me deslicé fuera de la cama, crucé el dormitorio, abrí y cerré la puerta, y pude trasponer el pasillo. Ni por un instante intervino la música muda de la noche.

Una vez frente a la puerta de entrada me acuclillé de a poco para mirar por la cerradura. Afuera la oscuridad era casi absoluta. No había señales de que alguien se aproximara. “Te pedí por favor que no hagas esto” susurró enojada Angélica desde mi derecha. Su voz, aunque susurrada, inconfundible. Inconfundible su dicción para el reproche y el reto. Casi caigo hacia el lado contrario. Me atajé poniendo las dos manos y así, por primera vez en más de tres horas, con un leve crujido de las tablas del suelo y un fuerte soplido de mi nariz, participé del plano sonoro de la realidad.

Habíamos tenido varias veces la misma discusión, en los mismos términos: “Es peligroso”, me decía Angélica. “¿No querés saber por qué estamos acá?”, le preguntaba yo. “¿Qué tiene que ver? Quien sea que nos trae la comida no es quien nos retiene acá”, especulaba ella. “¡NO-LO-SA-BE-MOS! A ver ¿qué nos retiene? Decime ¿qué te pasa a vos cuando querés recordar cómo llegaste? ¿Qué te pasa cuando pensás en irte?”. En ese momento nos mirábamos a los ojos con mucha fuerza y ella replicaba “Basta. No vas a quedarte a espiar nada ¿Y si te ve? ¿Y si se enoja y no trae nunca más nada? ¡Nos vamos a morir de hambre y sed todas! No seas egoísta”.

Pero esa vez no me iba a mover. Me agarró del brazo para llevarme a mi cuarto. La empujé y, sin ver dónde o cómo cayó, salí. La noche estaba fría y despejada. El paisaje sin luna era una insinuación, un dibujo de mi memoria antes que un lugar. Esperé a que Angélica me saltara a la espalda e intentara forzarme a entrar. Pensaba desmayarla de un golpe, si era necesario. Ella tardaba. La noche era total. Angélica reapareció a mi lado. “Si no escuchás me voy a quedar con vos” me dijo.

Las sombras galopaban por toda la tierra, observadas por las estrellas. Faltaba mucho para el amanecer. Nada ni nadie a la vista.

Entonces nos dimos cuenta: La canasta y los fuentones ya estaban en su lugar.

XIX

En unos días llegaremos a la frontera.

Así que unos días después leerás este mensaje y pensarás: Hace unos días llegaron a la frontera. Ni siquiera hace falta que leas el mensaje pero hacenos el favor de pensarlo así. Que ni se te ocurra preguntarte: ¿Habrán llegado a la frontera?

Sé que te aterra lo que pueda pasarnos fuera del país y sé que pensás que si nos quedáramos vos podrías cuidarnos mejor.

Como podrás imaginar, al principio te odiábamos, sentíamos mucho enojo. Después te tuvimos lástima. Ahora ya no.

Nunca fuiste buen carcelero. Si bien llegaste a ser cruel y tus gestos de compasión o amabilidad no existieron, tu vigilancia fue tan mediocre que, tal vez, te recordaré con ternura. Quién hubiera dicho que al final estaría agradecida de tu indiferencia.

En unos días habremos cruzado la frontera y todo será mejor, aunque seguiremos en el mismo mundo incierto de siempre.

Esperamos que la dictadura caiga pronto y tengas que encontrarte un oficio bello para no enloquecer del otro lado de los barrotes, o, al menos, que tengas que pudrirte en la miseria de un cuartel fronterizo por el que no nos verás pasar.

En unos días caminaremos por las calles de alguna ciudad ya lejos, bien lejos de este país. El tiempo dirá si atadas o no a su destino.

Pensarás que afuera también pueden capturarnos, torturarnos y matarnos. El fuego existe en todas las tierras, pensarás. Quizás te regocije esa idea. Quizás ni siquiera te importe. Se te caerán lágrimas de bostezo que confundirás con lágrimas de impotencia por no haber podido frustrar nuestra fuga. Un día verás que no hay impotencia más espantosa que no poder llorar; y hay cosas más horribles que la muerte, que no se le desean ni a los más ruines enemigos.

Leerás el mensaje, o no, o ni siquiera te enterarás de su existencia, y te preguntarás por qué te escribo.

Te escribo porque en tus ojos gélidos, varias veces, y sobre todo la última, creo haber visto el caparazón de un ser capaz de pensar y sentir algo. Tuve la sensación de que no mataste al niño de tu alma, como sí lo hicieron todos tus colegas de esos calabozos. No lo mataste; en cambio, lo encerraste, como a nosotras, como a tantos otros. Sentí que ese niño está ahí, atormentado en algún lugar recóndito. Con él también hiciste tu trabajo, le diste una prisión. Lo único que te enseñaron a hacer, ¿verdad?

Te escribo para que te atrevas a liberar a ese niño; quizás sus traumas ya no tengan remedio pero más vale intentarlo. Te escribo para que te atrevas a liberar a ese niño y a romper el hielo sobre tus ojos. Para que te alces contra el régimen desde adentro. Desde tu lugar podés hacer algo. No como nosotras,

condenadas a perecer si no escapamos. Hace tanto no podemos andar sin ojos en la nuca.

Si existe eso que hay detrás de tus ojos, puedo asegurarte que ningún otro vigilante en ese inmundo complejo de calabozos lo tiene. Te invito a mirar en serio y comprobarlo. Ojalá obres en consecuencia de lo que, sin duda, verás.

Si no entendiste nada y te parezco una loca o una estúpida, el problema será tuyo: tendrás el final de los monstruos miserables.

XX

Cuando finalmente concretamos nuestro escape salimos por la ventana porque Angélica y Ámbar, las únicas que estaban en la sala, al vernos aparecer desnudas por el pasillo; ambas atinaron a bloquear la puerta. Maia se había quedado paralizada, viéndonos desde la cocina. Las demás, en sus habitaciones o en el baño, se enteraron de lo que pasaba un momento después, cuando Angélica empezó a gritar como una condenada. Pero yo había sido la más rápida, había llegado a la ventana, la había abierto y había saltado afuera; todo en un solo movimiento, o eso me pareció en el momento de adrenalina. Enseguida sentí los cuerpos desnudos de las chicas junto a mí y corrimos sin pensar, directo al corazón del frío. Así fue que escapamos por la ventana; pero en los dos intentos previos salimos por la puerta. El primero fue vestidas un atardecer de verano. Angélica escribía en su habitación y Ámbar se bañaba. Todas las demás tomábamos té y comíamos chipá o algo similar en la sala. No había ningún plan. Laura dijo ¿por qué no nos vamos de una vez? Y yo la miré fijo. No recuerdo que viniéramos hablando del tema; más bien me parece que la conversación era sobre el sabor del té o sobre recetas de pastelería o sobre la invisibilidad de la literatura y entonces Laura preguntó ¿por qué no nos vamos de una re puta vez? Y yo la miré bien fijo y ella me sostuvo la mirada, desafiante.

Lo que pasó después fue inesperado y no volvió a repetirse: Maia se levantó de su silla, la más lejana a la puerta, cruzó la sala a paso firme y sin

perder de vista el picaporte, con la expresión de quien se acerca lentamente a alguien para romperle la cara. Cuando pasó entre Laura y yo, ambas nos volteamos como girasoles para verla ir y volvimos a mirarnos entre nosotras. Esta vez nuestras caras se parecían todo lo que una cara puede parecerse a un signo de interrogación. Me voy, anunció Maia y salió sin cerrar la puerta. Con Laura la seguimos sin dejar pasar un solo segundo.

Nunca supe cómo llegamos a la casa. Nunca hablamos de eso. Al principio desconfié de todas y creo que a todas nos pasó lo mismo; y aunque con el tiempo pudimos confiar las unas en las otras ninguna contó, o ninguna pudo contar, nunca, cómo fue sorprendida por aquel paraje desolado que nos unió. Yo, por mi parte, algo recuerdo: estaba con amigos; tomábamos cerveza y hablábamos. Puede que habláramos de añoranzas y de temores. Uno de ellos comenzó a leer un cuento que le habían publicado poco tiempo atrás en una antología de dudosa naturaleza. Él manifestaba un entusiasmo narcisista al verse reflejado en la tinta, y a la vez se sentía muy apenado porque no lo conformaba para nada lo que había escrito ni confiaba en los manejos de la editorial casi fantasma que sacó el libro. No sé si llegué a oír el final del cuento. Tampoco recuerdo de qué se trataba. Ni siquiera recuerdo bien a mis amigos. Solo puedo precisar que miré el árbol del patio e intenté identificar su especie. Tenía hojas oscuras, pequeñas y brillantes. Tardé unos segundos en darme cuenta que había dejado de escuchar la voz de mi amigo que leía su cuento. Giré a mirarlo y no lo encontré. Estaba en un lugar desconocido y no había nadie. Volví a buscar el árbol con la vista y ahí

permanecía; pero ya no en el patio de una casa sino en un valle interminable, rematado por unos cerros magníficos en el horizonte. Me levanté de un salto. El árbol, la ventana y el sillón sobre el que estaba hace un momento eran idénticos a los de la casa donde mi amigo leía su cuento, y son las únicas tres imágenes claras que conservo de mi vida anterior -así le digo: vida anterior-. Ninguna otra cosa me resultaba familiar. Pensé que me habían drogado. Creo que grité ¿dónde están? o ¿qué le pusieron a la cerveza? o algunos insultos o las tres cosas o nada y escuché pasos y vi a una mujer salir del pasillo de las habitaciones. Sobre mi piel llevaba el vestido más suave y liviano que había visto; un vestido colorado con flores blancas y acampanadas; un vestido también desconocido.

Todas teníamos vestidos de ese tipo; la misma tela distintos colores y distintas flores. Les decíamos los uniformes. El primer día que intentamos escapar, Maia, al frente, llevaba el amarillo, Laura el colorado y yo el verde más claro (ese tono de verde marino que algunas personas confunden con el celeste). Caminábamos, a paso firme pero calmo, hacia las montañas, sin decir nada. Tal era el silencio en que nos sumimos que no me di cuenta de que las demás venían también detrás nuestro hasta que estuvimos en el piso. Nos íbamos todas menos Ámbar y Angélica. Pero ellas siempre se habían manifestado en contra de dejar la casa. Cuando pasamos junto al árbol volví a observar sus hojas oscuras, pequeñas y brillantes. Por última vez, pensé. Y entonces escuché el golpe casi mudo del cuerpo de Maia cayendo al pasto y su respiración forzada. En cuanto la vi, el ruedo de mi vestido, que me rozaba a mitad de los muslos al caminar, se prendió a mi piel como si estuviera hecho de sanguijuelas. Caí yo también y

empecé a sentir cómo el uniforme ejercía una presión intolerable y creciente sobre todo mi torso. Se hizo muy difícil respirar; creí que se me quebraba el esternón, que se compactaban entre sí todos mis órganos, que los pechos me reventarían como morcillas. Nos vi a todas retorciéndonos en el suelo y antes de desmayarme miré el árbol otra vez; sus hojas oscuras, pequeñas y brillantes: era un laurel.

Recuperé la conciencia en mi cama. Angélica y Ámbar recorrían las habitaciones abochornadas y coléricas, oficiando de enfermeras. Habían tenido que desnudarse para rescatarnos. Se dieron cuenta por casualidad, unos metros antes de llegar al punto donde ya habíamos desfallecido todas, de que el problema eran los uniformes. ¡Si no lo notábamos estaríamos todas muertas al lado de ese árbol de mierda! gritó Ámbar a cada una por lo menos quince veces. También insistió en que por haber tenido que desnudarse, le habían picado mosquitos hasta en la concha. Entre las dos nos habían levantado una por una. Dijeron que los uniformes se aflojaban solos cuando entraban a la casa. Nos fueron dejando en la sala apenas trasponían la puerta de entrada. Cuando nos tuvieron a todas adentro se vistieron y fueron llevándonos a nuestras camas, nos daban respiración con la boca, hervían agua y yuyos aromáticos en cuanta olla encontraban y llenaban las habitaciones con ese vapor. Apenas abrí los ojos me hallé envuelta en una nube blanca con olor a selva, o con un olor que yo asocié con la selva: la verdad es que nunca estuve en una selva y no sé cómo huele. Pensé que estaba muerta. Más allá de mis pies un resplandor dorado se abría como un huevo en la nube que parecía muy densa para mis ojos recién despiertos. En ese fondo de oro y bruma se dibujó la silueta de una mujer y no sé

si llegué a preguntar ¿mamá? o lo pensé pero para entonces la aparición ya había cobrado identidad precisa: era Angélica que, al verme consciente, dejó que los músculos de su cara, agarrotados por la tensión de la furia, dejaran salir un suspiro de alivio que trazó un breve surco en el vaho que nos separaba. Estaba roja y empapada de calor y enojo. Esperé un golpe o que las balas de cañón que me apuntaban desde los costados de su nariz salieran disparadas a incrustarse en mí, pero no, sin siquiera alzar sus puños apretados, dio media vuelta y se perdió en la luz de la que había surgido, dejando junto a mi cama un espiral de vapor y su estela. Salí detrás de ella. Para ese momento la nube estaba casi disipada o a mí ya no me resultaba tan espesa. Detrás de mí salió Maia del pasillo de las habitaciones a la sala, donde Ámbar le gritaba a todo el grupo. No bien vieron que no faltaba nadie, que todas habíamos despertado, nuestras molestas salvadoras, nuestras heroínas rabiosas, gastaron sus gritos más fuertes, terminaron sus descargos y se echaron a peso muerto en los sillones. En poco tiempo notamos que les volaba la fiebre.

El segundo intento de fuga fue unos días después del siguiente equinoccio de primavera. Ignoro por qué no antes. Hablábamos siempre de irnos, a escondidas, porque la mayoría habían quedado aterrorizadas. Ahora sabíamos que tenía que ser sin los uniformes y concluimos también que no podíamos confiar en ninguna prenda de la casa. Además Angélica, Ámbar y Maia -a quien el miedo y la culpa habían amedrentado más que a nadie-, estaban muy atentas a nuestros movimientos. Trataban de disimular su vigilancia como nosotras tratábamos de disimular nuestros planes de escape; pero era inútil. Vista a la distancia toda la

situación era tan evidente que resulta ridícula y me da algo de gracia. Casi todas las noches nos reuníamos en mi habitación a soñar con el afuera y a susurrar estrategias hasta que Angélica entraba con cualquier excusa y cambiábamos de tema o nos enojábamos como adolescentes. Ella me miraba de costado algunas veces y yo recordaba su contorno entre el vapor y la luz, y sus ojos inyectados de rabia como pólvora; lo más parecido que tengo, creo, al recuerdo de una madre. Mucho tiempo esperé con ansia la hora de no soportarla nunca más; cuántas veces le aparté la cara con expresiones de asco y desprecio. Entonces no sabía que se perdería en el fuego. ¿Cómo iba a saber entonces que hoy la extrañaría tanto? Ella carbonizada. Ellas carbonizadas y nosotras congeladas a una distancia insalvable que sin embargo no escapaba a la vista. Y nos quedamos quietas frente a la hoguera, mitad recordando a Ámbar y Angélica voladas de fiebre por salvarnos y a las demás asfixiadas por sus uniformes; y mitad pensando en correr para no morir hechas hielo. ¿Aquella escena fue el precio de la libertad? ¿Libertad?

Nuestra segunda fuga frustrada fue un mediodía a comienzos de la primavera. Salimos todas a saludar al sol después de almorzar, como nunca lo habíamos hecho. Esta vez sí teníamos un plan. Bastante rudimentario, por lo demás. Laura fue la encargada de persuadir al grupo de gozar de los beneficios de la luz solar. En un momento de distracción nos desvestimos y empezamos a correr. Ni bien dejamos atrás el laurel, miré por encima de mi hombro: Ámbar nos miraba quieta, de brazos cruzados, creo que se mordía los labios; Maia nos

gritaba algo ininteligible; y Angélica iba rápido hacia la casa. En ese momento empezaron los picotazos. Creo que los primeros que sentí fueron en las piernas y el abdomen, me golpeé un par de veces la cintura y las pantorrillas con las palmas de las manos sin parar de correr. Unos ciento cincuenta metros más lejos que la primera vez ya no pudimos vernos la piel, totalmente cubierta de unos insectos desconocidos. Todavía hoy dudo de lo que veían mis ojos. Lo que sé es que el dolor que abrazaba toda la superficie de mi cuerpo era tal que no me extrañaría haber estado alucinando esa multitud de bichos que además de sus picos enterraban en todos los rincones que me conozco sus cuatro colmillos; quedando así sus picaduras como el número cinco en un dado. Ante el recuerdo de sus exoesqueletos de alacrán recubiertos de pelaje de abeja y sus alas de libélula me asalta el deseo de haberlo imaginado todo. Parecían terriblemente sucios, como si vivieran en un basural y no en un valle paradisíaco. En una carrera desesperada y ya perdida contra el dolor, alguien tomó rumbo a la casa dando alaridos desgarradores. No pude distinguir quién era, pero cuando alcanzó el laurel y los insectos abandonaron su cuerpo el resto corrió en esa misma dirección. Yo, que me había quedado paralizada, comencé a sentir náuseas y noté cerca de mí otro cuerpo cubierto de bichos, tendido en el suelo, inmóvil. Nunca supe quién era; la levanté y avancé como pude hacia la casa. Quizás, después de eso, dormimos y alucinamos hasta el siguiente invierno, o durante años. Desde ahí y hasta la noche del escape no recuerdo más que frío, dolor, fantasmas murmurando sobre mi cabeza y gritos incomprensibles que parecían venir de una burbuja al otro lado de las montañas.

XXI

Soy un viejo patibulario de los que se prenden a una esquina del bar o al mostrador como ciertos bichos se prenden a la humedad; lo sé. No necesito que me mientan y digan que no es así. De cualquier forma nadie se toma ese trabajo. Y la verdad es que así no soy tan infeliz. Si tuve ambiciones en la vida, por suerte, las olvidé. Mi gran victoria es no estar rodeado de aduladores mentirosos ni de sanguijuelas exigentes ni de almas compasivas ni de otros viejos patibularios como yo. De hecho no estoy rodeado en lo más mínimo; porque gozo de invisibilidad. Y no es que nadie me mire; no señor. Hay ojos que me esquivan, sí, pero si me esquivan es porque deben haberme visto primero ¿no? En realidad no puedo comprobarlo. Y hay quienes me miran con pena o sobrecogimiento pero no me ven. Ven, a través de mi carne invisible, la miseria del mundo. Creen apiadarse de mí pero se apiadan de sí mismos por existir en una tierra que no comprenden; una tierra que infla un par de fortunas inabarcables con la miseria de viejos patibularios e invisibles, con la miseria de jóvenes enérgicos y deprimidos, con la miseria de generaciones y generaciones que nacen endeudadas con los castillos antiguos que siguen protegidos por los mismos kilómetros y quilómetros de sangre y niebla y minotauros y laberintos que llamamos Estado y burocracia. Pero yo estoy acá, no pretendo demasiado, aunque tengo mi corazoncito y a veces me agarran los deseos, como a cualquiera. Por eso, cuando esas chicas se sentaron tan cerca de mi rincón oscuro y alejado del resto de la población del bar, y las vi tan hermosas y atormentadas, esperé la oportunidad de sacarles charla, de

llamarles la atención un rato, y lo conseguí. Claro que supe desde el primer momento que no me acostaría con ninguna de ellas, no tenía chance, y además no sé si sobreviviría. Ah, pero si pudiera ¡sin dudar le dejaría mi cadáver en el lecho a cualquiera de ellas!

No tenía chance, yo, un viejo patibulario, y ellas jóvenes vitales que miraban todo como alertadas ¡hasta a mí! Y ante una de esas miradas dije lo primero que se me ocurrió “Sé que parezco un fantasma pero no lo soy”. Fue una estupidez, me di cuenta desde un principio que el estado de alerta de esas muchachas no tenía nada que ver con los fantasmas. Se notaba que nadie era invisible para ellas. Sus ojos precisaban encontrar ayudantes e identificar amenazas entre los vivos. Creo que me preguntaron “¿Usted quién es?” y entonces les conté que soy un semejante a las almas en pena, que recorrí todos los bares a lo largo y ancho del país, que me sé de memoria el rincón más oscuro y alejado de cada uno, y que siempre bebo solo. Conversamos durante horas. Antes de preguntar por ellas solté todo lo que podía soltar para que me mirarán un buen rato y funcionó ¿Será que mi cara vieja y empenumbrada les recordó la casa de la que huyeron? No sé, pero me hablaron de la violencia que encontraban en todas partes y yo les conté que en un bar del noreste, que visité asiduamente durante los siete años que viví allá, vi en acción a un tipo capaz de ejecutar una violencia terrible de la forma más hermosa. Disfruto mucho de contar esa historia; tantas veces la repasé mentalmente que creo que realmente me sale muy bien:

Me acuerdo como si hubiera sido ayer. El filtro de un cigarrillo a medio consumir reposaba indiferente en su mano derecha, sobre la unión de sus dedos

mayor y anular, entre los nudillos; / y fue la brasa, quemando, la primera que impactó en el pómulo de su adversario. / Verlo pelear era una bendición que algún día de la guerra, por razones que todavía no entiendo, nos concedía al puñado de infelices que frecuentábamos el bar de la estación. / Nunca se la agarró con ninguno de nosotros, aunque en el elenco estable del antro más de una merecía una buena paliza. Pero él no era un justiciero; no pretendía ningún mérito a la hora de seleccionar a sus víctimas, más bien buscaba cierto anonimato y cierto consentimiento, y no por principios morales. No, / era una cuestión estratégica; una táctica que utilizaba para poder moler a palos a unos cuantos tipos por semana, reduciendo al mínimo posible las consecuencias inoportunas. O eso pensamos al principio. / Pero bueno; la piña con cigarrillo... No era uno de sus golpes clásicos; sin embargo la vimos más de una vez y nos quedó patente porque la segunda vez que vino al bar, que fue la segunda vez que lo vimos pelear, solo precisó esa maniobra para resolver el trámite: Un pobre desprevenido que acababa de entrar y había pedido una cerveza en la barra contestó al insulto gratuito de nuestro guerrero ensayando un cross de derecha que cruzó el aire mientras la bestia, que se había agachado a una velocidad invisible, aprovechaba el impulso ascendente de su cuerpo para enterrarle el pucho y los dedos en plena cara al que quedó tendido debajo de la barra y ya no se levantó. / Para colmo, este animal se lo quedó mirando por espacio de casi un minuto con una tranquilidad inmensa, / tibetana, te diría. / Un silencio súbito se había apoderado del lugar. Un silencio de muerte que de a poco se fue quebrando en un murmullo in creccendo hasta recuperarse el batifondo de siempre. Después salió del bar / sin encender otro cigarrillo... / Esa noche supimos que no estábamos viendo

pelear a cualquiera. El primer choque también le había resultado muy fácil, pero entonces lo atribuimos a la suerte o a la ineptitud de su contrincante. Esta vez supimos que no estábamos viendo pelear a cualquiera.

No era un enclenque, eh, no, pero en general los tipos a los que batía parecían más duros que él. Yo no hablaba con nadie en el bar; salvo con Gabriel, el dueño, que atendía la barra; a él le pedía mis tragos y me quedaba en un rincón del mostrador, escuchando a todos hasta fundirme en ese público perdido en la noche. Gabriel me decía "Increíble lo de este tipo ¿no? ¿quién será?". / No teníamos idea. Sobre nuestro campeón circulaban incontables rumores; se decía que era un astro retirado del catch que por una cirugía estética estaba irreconocible; que se había fugado de un penal de máxima seguridad; que era un semidios de la antigüedad encubierto; y así, todo tipo de incongruencias. Los parroquianos acuñaron tantos apodos para llamarlo que, al final, se entendía que hablaban de él sólo por el énfasis que ponían al pronunciar su nombre de ocasión, por cómo les brillaban los ojos, y por cómo se mezclaban en sus voces la admiración y el miedo que les producía el recuerdo de su expresión calmada y sus golpes fulminantes. Él venía tres o cuatro noches por semana y permanecía en una mesa tomando jugo o comiendo papas fritas, a la espera de algún extraño que siempre, casi siempre llegaba. (El bar quedaba frente a la estación de la Ciudad Chica del noreste y el tren andaba muy mal, así que muchas veces la gente que viajaba a la Ciudad Grande -, que era la estación siguiente, la terminal,- tenía que pasar la noche en alguno de los hoteles cercanos a nuestro bar querido.) Que yo recuerde, una sola vez no apareció nadie y él, que había tardado una hora en

ingerir su porción de papas y se había quedado una hora más mirando la silla vacía que tenía en frente, anotó algo en una libreta pequeña y amarilla, pasó al baño y se perdió entre las luces de mercurio. El resto de las noches se tornó ritual el silencio de cuando el titán inusitado cruzaba a un desconocido y con una demora nunca mayor a unos cuantos segundos lo demolía. Nunca recibía un solo golpe y nunca provocó ningún destrozo más allá de la piel, los huesos y algunos bazos capilares de sus oponentes. Era un artista con todas las letras. Reunía las virtudes de grandes boxeadores nacionales cuyos estilos parecen inconciliables. En sus movimientos revivían la gracia de Lock y la contundencia de Duque, llevadas a un extremo caricaturesco. Pero su rostro no era de nadie. El apodo que más le cuadraba, como lo veo yo, de todos los nombres que tenía en el bar, era el yunque. Aunque si lo pienso un poco mejor diría que no, porque la verdad es que tenía la delicadeza de un flauta, la sutileza de un piano impresionista.

Y yo siempre tuve vicio de periodista o detective. Un atardecer de nubes escasas, finas y dispersas como mis cabellos, de camino al bar, vi la luna creciente que era un hilo, una ínfima curva de hielo a punto de partirse en gota, y no pensé ni por un segundo en esa luna tan frágil ni pensé en el atardecer. Pensé en el yunque y en averiguar quién era.

XXII

Hay un solo objetivo: La Grandeza Nacional.

Hay un solo camino a La Grandeza Nacional: La eliminación absoluta de los traidores, los detractores, los desviados, y de todos aquellos cuyos espíritus y mentes han sido contaminados y corrompidos por influencias heréticas e ideas extranjerizantes. Ellos, que ya no tienen retorno al sendero de Dios, pues han hecho todo contra él, son, en una frase: Los Enemigos de la Patria. Ellos son una amenaza hacia todos nuestros valores y principios; son los parásitos que impiden la consagración y el ascenso de este país a la cúspide de su productividad.

Solo exterminando esta plaga llegaremos a la Gloria y el mundo nos verá como la Nación ejemplar que debemos ser. Esto es el cumplimiento de nuestro destino. No hay nada personal contra estas lacras. Su erradicación es solo circunstancial. Barrerlos de una vez y para siempre es una necesidad impostergable de la Patria, y es menester no flaquear en nuestro propósito aunque se torne arduo. No podemos ni debemos mostrar ni un ápice de debilidad ante las alimañas. Llevar el plan con honor y rectitud hasta sus últimas consecuencias es imperioso. Por la Gloria de Dios y de nuestra Bandera. Por la Paz y la Prosperidad de las generaciones futuras.

XXIII

Ayer me encontré con Galindo en el bar. Nos había avisado que tenía una carta de Sara para nosotras. La primera comunicación que mantendríamos con ella después de la nota anónima que deslizó por debajo de nuestra puerta. Cloe no quiso ir a recibirla. Pedimos té y él me preguntó cómo estábamos y reiteró sus disculpas por haber sacado a Sara del país sin avisar, y volvió a decirme que él no sabía que nosotras no sabíamos. Una estúpida cadena de ignorantes. Le conté, en voz muy baja, sobre la guerrilla, sobre los centros de detención donde los militares llevan a ciegas a quienes secuestran para torturarlos. Cosas que Galindo ya sabía pero que yo todavía necesitaba repetir para asimilar. Él volvió a decirme que podía sacarnos cuando quisiéramos. Cada día mueren cientos de personas, le dije, a este paso, en poco tiempo solo milicos van a quedar. Me preguntó por Cloe y por las demás. Le expliqué que Cloe no quería saber nada de Sara, que estaba enojada, muy enojada, y que a las demás, que no estaban viviendo con nosotras, ni les dijimos de la carta todavía. Le repetí que no estábamos del todo decididas a irnos ni teníamos los medios para ello. Galindo tomó muy rápido su té, me pidió que nos cuidemos, que contáramos con él como vía de escape. Tengo que seguir trabajando, dijo, me dio la carta y se fue.

El mensaje de Sara decía que tenemos que irnos, por favor, que si estamos en contacto con los guerrilleros seguro que los militares ya conocen nuestras caras, que si nos quedamos nos van a agarrar. Decía cosas como: mañana mismo

Galindo puede cruzarlas por la frontera, vengan conmigo, Cloe y vos, por lo menos, y después las demás, hay que cruzar de a pocas, para no levantar sospechas. Aclaraba que tiene alojamiento para nosotras, que puede hasta conseguírnos trabajo. Pueden ayudarme con mi recopilación de sueños; decía. ¿Recopilación de sueños? Hice esa pregunta en voz alta. Eso es lo que estuve haciendo, contestó la Sara de mi imaginación, a cada persona que conozco le pido que me cuente un sueño y lo escribo. ¿Para qué? Le pregunté. No sé, siempre me gustaron los sueños, siempre me pareció que transcurren en un terreno fértil y misterioso, y además tuve un par de sueños que me sugirieron empezar esta recopilación, dijo la Sara ilusoria. Y yo le dije no te entiendo cómo podés estar pensando tanto en los sueños cuando la muerte y la miseria se devoran a despiertos y dormidos minuto a minuto; y ella dijo que, cuando la vigilia es una pesadilla perpetua, los sueños se vuelven un reducto más de la resistencia, trincheras del espíritu, dijo; y no sé qué otra estupidez porque antes de que pudiera seguir la corté en seco; dejé de decir pavadas, le grité a esa voz imbécil, Sara, no podés ser tan estúpida, andate, seguí escapando, cobarde, no vas a saber más de nosotras, al final Cloe tenía razón con vos. Quise pegarle, romperle la cara, pero me levanté y me fui con la esperanza de que esa imagen con su parecido atroz a la original se quedara ahí donde estaba; y ahora que llego a casa de Belisario y no bien entrar piso su sangre todavía fresca y veo al pobre viejo desnudo y muerto, atado a una silla, despellejado en gran parte, castrado, sin orejas y con muchísimas quemaduras de cigarrillo (lo rodean decenas de colillas), no me sale más que temblar, sentarme a escribir, esperar que llegué Cloe y desear que todo esto no sea más que una pesadilla larguísima de la cual

despertaré siendo una niña en casa de sus padres, una niña preguntándose ¿qué era esa casa perdida entre montañas? ¿Cómo salimos de la fiebre y de la nieve? ¿Quiénes eran esas mujeres que amé? ¿Quiénes esos hombres armados que se llevaban puesto todo a su paso? ¿Por qué lo hacían? ¿Por qué destrozar así al pobre señor que nos daba asilo?

Ahora creo que entiendo a Sara o ya tengo tanto miedo como ella. Quizás lejos de este país y su locura podamos cooperar más para que esta masacre se termine. En cualquier momento sonará la puerta y serán estos forros viniendo por mí y tendré que luchar; o será Cloe y tendré que irme encima de ella porque, la conozco, cuando vea el cadáver va a gritar; tendré que taparle la boca y decirle ¡sh! callate, amor, por favor, quizás se han quedado vigilando, tenemos que irnos ya, por la puerta de atrás, no podemos seguir ni un minuto más así, somos presa fácil para estos soretos, hay que llegar lo más lejos que podamos, cuanto antes. Pero si son los milicos tengo acá junto al cuaderno el cuchillo de cocina y un revólver que Belisario tenía en un cajón, y aunque vengan de a quince no me llevarán, no podrán liquidarme gratis, no me verán muerta hasta que les haya pegado cinco tiros (guardaré uno para mí, por las dudas) y algún cuchillazo. Pasa un gato fugaz por la ventana. Suena la puerta.

XXIV

Así que fui al bar, me acomodé en mi rincón habitual y esperé la llegada del Yunque. Si no perdí la cuenta, estaba terminando mi segundo vaso de cerveza cuando él cruzó la puerta de entrada y las luces de aquel agujero vacilaron como si el sistema eléctrico hubiera tenido una premonición. Esa amenaza o guiño de la oscuridad cargó la escena de algo que el cotorrerío de muertos tapados de humo y hedores indistinguibles que era el bar de la estación, nunca en la vida había tenido: una sensualidad asfixiante. / Sin desatender mi bebida seguí cada movimiento del yunque que se sentó a una mesa, encargó una porción de papas fritas y se quedó mirando la silla vacía frente a él. Mi actitud expectante no levantaría sospechas porque todos, con menor o mayor disimulo, estaban pendientes de cada paso que daba ese genio mágico de la violencia al que venerábamos. / Creo que la hora de la contienda nunca había llegado tan rápido. Al yunque ni siquiera le habían servido sus papas fritas cuando entró un tipo muy bajito, musculado a más no poder, que venía aferrado a las caderas de una mujer rubia y tan alta que la cara del fisicoculturista quedaba justo a la altura de sus tetas o un poco más abajo. / Ni bien pasaron sus cuerpos voluptuosos junto a la mesa del yunque se oyó fuerte y claro “¡pero qué lindo culo!”. El fisicoculturista dio media vuelta, encaró al hombre sentado y gritó “¡¿Qué te pasa con la chica?!”. El yunque se levantó como un resorte y se aproximó tanto a la bola de músculos que por un segundo pensé que iba a besarlo, que iban a hacer el amor ahí nomás, pensé son amigos que se reencuentran después de años y están por abrazarse; y

cuando ya casi no quedaba aire entre sus narices, el yunque redobló en fuerza el griterío “¡Pero si me refiero a tu culo, bombón!”, le dijo. Y después de esquivar la primera piña y tocar el culo del fisicoculturista, habiendo quedado con un giro rápido a su espalda, lo vimos recibir un golpe por primera vez. La rubia alta y voluptuosa le dio con una botella de vidrio en la nuca y el petiso lleno de músculos lo alcanzó con una recia patada de burro en la rodilla. / El bar entero quedó en vilo. Pensamos que la caída de nuestro héroe era inminente. Pero esa noche selló su invencibilidad. El yunque, entonces, realizó la maniobra por la cual lo echaron para siempre del pozo donde hizo nuestras vidas menos infelices con su arte demencial. El knock out doble más increíble que vi en toda mi vida: Como sin sentir los golpes, la fiera saltó aprisionando la cabeza del fisicoculturista con los tobillos y tomando con una sola mano el espeso pelo rubio de la mujer. Todavía en el aire flexionó las rodillas llevando los talones hacia su propio culo, con la cabeza del tipo aún capturada, y de un tirón como un relámpago condujo, con su brazo, la cabeza de la mujer al mismo destino. / El ruido seco que siguió, único sonido en kilómetros y años, ese impacto brutal de dos cráneos incrédulos, fue inolvidable. He olvidado hasta la voz de mi madre, pero ese ruido me lo voy a llevar al otro lado. Me recordó a cuando mi padre partía entre sí dos nueces, me recordó la teoría del Big-Bang, me recordó un nacimiento bajo la luz blanca de un hospital, me recordó al momento en que alguien se tira por primera vez un pedo delante de su pareja y teme lo peor./ Los tres se desplomaron en el suelo. El yunque se irguió enseguida y contempló a sus víctimas con la tranquilidad de siempre. El silencio se prolongó como nunca, como si esta vez de verdad se tratara de la muerte. Nadie se atrevía a abrir la boca. Todos mirábamos el cuadro, como idos.

Cuando vi a Gabriel salir de atrás de la barra y caminar hacia el eterno invicto como si caminara hacia la horca o a la guillotina, supe lo que estaba por suceder, y no quise presenciarlo. Cuando el ambiente del bar en un instante se volvió más patibulario que nunca, dejé mi cerveza así como estaba y salí mientras oía al siempre decidido y hábil orador de Gabriel pedirle al yunque, con voz quebradiza y titubeante, que se retire y no vuelva más, que esas conductas eran totalmente indeseables. El yunque asintió en silencio. Asintió en el silencio vibrante de todo el público inmóvil y espantado. Salió sin encender un cigarrillo y se fue a no volver.

Para ese momento yo ya lo esperaba afuera, fumando, y lo seguí.

XXV

El pasillo de mi casa era idéntico al pasillo de las habitaciones. Una noche de insomnio, mientras leía como siempre, sentí unas ganas terribles de cagar. Dejé el libro, salí de mi habitación, crucé el pasillo, entré en el baño sin fijar la vista nada más que en mi objetivo: el inodoro. Hasta ahí todo bien. Pero percibí algo diferente en los colores del cuarto. Primero miré mis rodillas. No sé por qué, cuando me siento a cagar, siempre miro para abajo al principio. Las baldosas en el baño de casa eran negras con piedritas blancas. En cambio las baldosas que enfriaban entonces mis pies descalzos no tenían piedras, eran más pequeñas y eran blancas y negras, dispuestas como en un tablero de ajedrez. Todo en el baño era completamente distinto a casa, salvo la ubicación del inodoro. Las paredes estaban revestidas en madera. Había una ventana en lugar de un diminuto ventiluz. Había un bidet. Todo era más grande y elegante de lo que tenía que ser. Terminé de cagar sin dolor ni disfrute, la coloración y la consistencia eran buenas. No estaba comiendo mucho, ni bien, en ese tiempo pero mi caca parecía no enterarse. Mientras me lavaba las manos estudié con detenimiento mi cara en el espejo; quería corroborar si seguía igual o si yo mismo había cambiado. Ahí estaban mis pelos gruesos y castaños, mis cejas finitas, mis ojos del color de la miel líquida que al rayo del sol se tornan verdeoscuros, las pecas diminutas salpicadas en mis pómulos dorados y en mi nariz de jarrón, mi boca quebradiza, todo donde siempre. En el pasillo, volviendo a la habitación, creí que había dejado de alucinar. Semanas atrás había visto a un vecino tirarse abajo del tren desde la

estación; yo estaba al lado y sin querer vi el segundo fatal al detalle. Desde entonces estaba prácticamente sin dormir, pensé que la falta de sueño me enloquecía. Abrí la puerta de una habitación que tenía que ser mi habitación pero era otra. Allí había una mujer durmiendo en una cama en penumbra y otra cama vacía iluminada por un velador de luz cálida. No sé, en ese momento, si creí que alucinaba de nuevo o qué. Entré y me acosté en la cama vacía. Vi que había un libro en la mesita de luz donde estaba el velador, a mi lado, y me puse a leer. Esa noche rompí mi largo insomnio, pude dormir, y descubrí que me relaja pensar que por suerte la vida se termina y se acaban los dolores del cuerpo y el alma se va y olvida; casi tanto como me relaja masturbarme.

XXVI

OUCE
Oficina Unica de Comercio Exterior

N° DE IMPORTACION: 5.903.712
FECHA: 27/01/2017
LUGAR: PUESTO ESTE DEL SICOFRO

IMPORTADORA: BAIRÓS INC.
CODIGO DE AUTORIZACION: ACE - 0003 - P
DOMICILIO COMERCIAL: CALLE 121ª 149

PORTADOR DE LA MERCADERIA: GALINDO HUGO BAIRÓS
N° DE IDENTIFICACION: 19.025.874
CODIGO DE AUTORIZACION: ACE - 0003 - P
CARGO: DIRECTOR Y JEFE DE LOGÍSTICA
DOMICILIO PERSONAL: CALLE 121ª 149

VIA: ACUATICA - AEREA TERRESTRE
MEDIO DE TRANSPORTE: CAMIONETA VAN MATRICULA: EW-340
TITULAR: GALINDO HUGO BAIRÓS

CANTIDAD DE BULTOS: 4 PESO: 208KG
CANTIDAD DE FACTURAS: 1

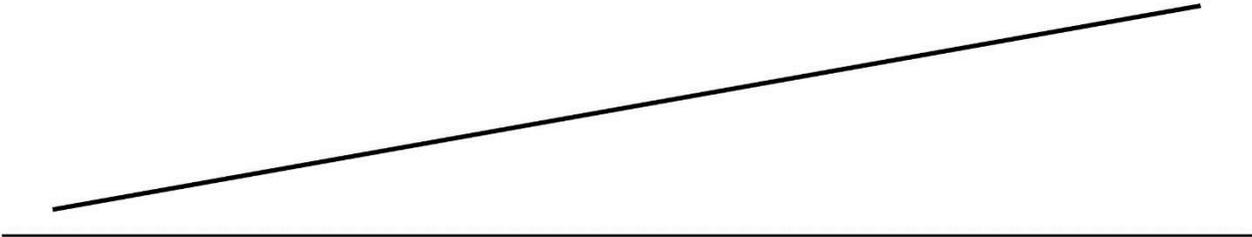
FACTURA 1
N°: 7.013.421 FECHA: 27/01/2017
DETALLES: HELADERA CYCLE DEFROST
STANDARD ELECTRIC 2F1200/B X4 UNIDADES

FACTURA 2
N°: _____ FECHA: _____
DETALLES: _____

FACTURA 3
N°: _____ FECHA: _____
DETALLES: _____

FACTURA 4
N°: _____ FECHA: _____
DETALLES: _____

De no estar en factura, indicar por producto: MARCA; MODELO; PRECIO UNITARIO



El Oficial abajo firmante certifica la veracidad de los datos expresados en este documento, con pleno conocimiento de que esta jurando lo que declara ante la patria y cualquier imprecisión u omisión en la información que brinda será juzgada y castigada con toda severidad por una Corte Militar.



Firma y aclaración

XXVII

Gasto mis horas en recuerdos con Sara. Hoy estuve todo el día repasando cómo la cambió el irnos de la casa.

Galindo nos dejó en el bar clandestino del Pueblo Chico del Sur, después de permitirnos subir a su camioneta en la tormenta de nieve. Cuando estacionamos, él se bajó primero, volvió con ropas para que nos vistiéramos, nos dejó dinero y nos indicó que pidiéramos habitaciones en ese antro. Traten de no salir, dijo, y definitivamente no anden nunca todas juntas por la calle. Y esa noche conocimos a Belisario.

Belisario visitaba todas las noches el bar clandestino del Pueblo Chico del Sur desde que se mudó ahí, unos tres o cuatro años antes. Fuimos las primeras personas del bar con las que habló más allá de los hijos del dueño de casa, que eran quienes trabajaban en la barra y como meseros. Por eso nos reíamos de los tipos que, tras haberlo ignorado durante años, se acercaban al viejo al ver que hablaba con nosotras. Aunque, para ser precisa, nos reímos después, después de muerto Belisario, después de que escapamos de los calabozos de la Ciudad Grande de Sur y nos decidimos a ir al castillo y llegar a la frontera por nuestra cuenta, separadas de la guerrilla. Antes, apenas estos tipos se sentaron a nuestra mesa y empezaron a hablarle de cualquier cosa a Belisario para mirarnos de reojo todo lo que podían, nos sentimos bastante molestas. Todos ellos tenían historias interminables que transcurrían en antros asquerosos y deprimentes; y al parecer, todos creían que esas historias nos interesaban. Porque las narraciones de sus

aventuras era entre ellos pero no cabe duda de que iban para nosotras. Eran poetas arcaicos mal resucitados, poetas zombis portadores de una épica decadente que se arruinó con sus cerebros durante largos años de putrefacción, recitando en un escenario igual de decadente y arruinado. Y nosotras nos quedábamos para saber hasta qué punto llegaba la desesperación de estos sujetos. Y nos quedábamos porque no nos teníamos otra opción tampoco. Nos aburríamos sobremanera con sus cuentos pero nos entretenía la vergüenza ajena de ver sus intentos patéticos por llamarnos la atención. O, en realidad, eso pienso ahora. Quizás eso nos pasaba en el inconsciente. En el momento, la verdad, no sabíamos, o yo no sabía, por qué nos quedábamos. Sí sé por qué nos quedábamos en el bar, claro; era el único espacio donde podíamos estar. Se sentía imposible que encontrarán aquella cueva; aunque es evidente que no era imposible, pero, no me pregunten por qué, así se sentía. Será que necesitábamos sentirlo así. Lo que no sé es por qué permanecíamos en esa mesa en la esquina más recóndita del bar clandestino del Pueblo Chico del Sur. Ese fin del mundo del fin del mundo. Podríamos habernos levantado, a lo mejor deberíamos habernos levantado, en cualquier momento y vuelto a la mesa que ocupábamos originalmente, antes de acercarnos a Belisario; pero puede que necesitáramos otras voces, cualesquiera, para terminar de romper nuestro largo confinamiento, o puede que nos cautivara de algún modo contemplar la desolación enferma e irremediable en los cuerpos de esos pobre tipos, o que nos preocupara que echarlos o plantarlos ahí resultara en un conflicto que ponga en riesgo el espacio de salvaguarda que era el bar.

Ahora todos los motivos que se me ocurren para justificar habernos quedado ahí me parecen tontos. Lo cierto es que nos quedamos en esa mesa, con esos hombres grises y densos, hasta el amanecer, varias veces, como si la noche nos hiciera racimo y la mañana nos arrancara a rodar por separado. Se iban por donde llegaban; la parte trasera de la casa daba al pulmón de la manzana que se abría en cinco callejones: dos salían a la vereda opuesta a la del bar, y los otros tres se repartían uno por cada uno de los lados restantes de la manzana. El sistema de túneles de la guerrilla todavía estaba en construcción, y nosotras no lo sabíamos. Había que salir en grupos reducidos. Esperábamos que los molestos se fueran y después nos quedábamos un rato en silencio para después charlar tranquilas entre nosotras y con Belisario. Después de algunas noches Cloe y Laura aceptaron la invitación de Belisario a vivir en su casa. Las demás nos quedamos en el bar y terminamos haciendo algunos trabajos para bancar nuestras habitaciones.

El peor de todos era Javier, que durante un tiempo fue, del grupo de insoportables, nuestra única esperanza. Los otros tres no tardaron en lanzar sus comentarios e historias soporíferas. Javier, en cambio, permaneció en silencio bajo la media luz del rincón, envuelto siempre en un sobretodo oscuro, casi estático, por lo menos tres noches enteras. Según recuerdo, esas primeras tres noches que cayeron los invasores en nuestra mesa; lo único que Javier movía eran sus ojos de interlocutor en interlocutor a medida que se pasaban o arrebataban la palabra, como si pretendiera ver el sentido o la materia sutil (y a

veces no tan sutil) que sale de la boca de quienes hablan; y de vez en cuando nos miraba a nosotras como si mirara un paisaje desconocido. Parecía estar volviéndose de piedra lentamente. Me pregunto por qué tardó tanto en hablar. No es que me importe, pero puede haber sido una “estrategia” premeditada, o puede que se haya quedado como suspendido y un gesto o un acceso de coraje en la fantasía del insomnio lo decidió a mostrarse tan soberbio e intolerante como era: un criticón insoportable. Con Sara comentábamos, apenas, cómo sus facciones perfectas, que nos remitían al esplendor del mármol griego, se desfiguraron hasta la ruina cuando su boca emitió sonido. Una pena, aunque, por otra parte, pienso que mejor así, porque de otra manera quizás me habría molestado (más) cuando Sara se fue con él sin previo aviso y volvió tres días después. Había estado en el cuarto de pensión que Javier alquilaba, y según nos contó, no hizo más que mantener relaciones sexuales, dormir, cocinarle y escucharlo o fingir que le prestaba atención mientras él destilaba su ira y su resentimiento en palabras. Ni bien volvió dijo que no pensaba volver a verle, que el sexo no había estado mal pero que la situación no lo valía. Cuando se me pasó el enojo por su actitud infantil le dije ay nena pero claro ¿vos escuchaste las gansadas que dijo esa noche? Que si escribiera lo haría para ganar mucha plata y drogarse, recordó ella en voz alta. Ambas balanceamos un poco la cabeza hacia los costados con los dientes de arriba sobre los labios de abajo, el gesto idéntico, como si fuéramos hermanas, y reímos un poco.

A los días ya no volvimos a mencionarlo y sé que Sara ya no pensaba en él. Nuestra vida por ese entonces llevaba un curso que de ninguna manera podría

llamarse normal, pero sí constante, predecible, monótono. Si Sara hubiera estado sufriendo añoranzas de amor, yo lo habría notado. No era eso lo que en ella había cambiado. Algo había cambiado en Sara, sí, pero no por Javier, sino por haber estado unos días lejos de nosotras; no por el sexo con Javier, pero sí quizás un poco por el sexo.

Miraba las mañanas anestesiadas del sur, a través de las ventanas, como si algo la esperara en el cielo.

XXVIII

La frontera Austral linda con el centro de la tierra. La frontera Oriental con un mar a veces congelado. La frontera Occidental son los montes que nos separan de otra piel. Y la frontera Boreal se parece al cielo en la tapa del piano que vive en mis recuerdos de la media mañana.

En la frontera sur hay un futuro inmediato. La frontera este se confunde entre lo atávico y el mero ayer. En la frontera oeste no existe ni tiempo ni temporalidad. Y en la frontera norte hay tantas luces que te sentís en el final.

XXIX

Hundí la cabeza en el fuentón para disimular las lágrimas. Que no supieran que lloraba. Por supuesto que pensé en ahogarme; en quedarme así hasta que se llenen mis pulmones de agua, pero no podía, tenía un hijo que cuidar, mi hermano me necesitaba, y tenía y todavía tengo la esperanza de vengarme de unos cuantos soretes que eran mi calvario. Con la cabeza hundida escuchaba a mi hermano en la cocina; sus pasos y los utensilios que manipulaba llegaban a mis oídos minimizados a través de la lupa deforme del agua. Eso es todo lo que recuerdo de mi hermano. De mi hijo solo sé que no era de mi vientre, que su origen era ilocalizable, que salió de un huevo o algo así y que su llanto parecía bajar del cielo y parecía el eco de una explosión primitiva llegando a la tierra tras recorrer el universo. De mis enemigos me queda el odio que sigo sintiendo, el frío de un arma en la piel de mi espalda, una voz entredientes, y nada más. Lloraba bajo el agua, pensando en todo o en nada, con los ojos cerrados. Seguramente mi nariz chorreaba o desprendía mocos transparentes de tristeza que se disolvían enseguida en el agua y se prendían a alguna parte de mi cara. Pequeñas burbujas que salían de mi boca y de mis fosas nasales me acariciaban los cachetes las orejas y subían luego por mis pelos como cayendo por toboganes angostísimos a morir en la superficie, a confundirse con la gran masa del aire como personas que salen de callejones vacíos a mezclarse en las multitudes de las avenidas. Lloraba en silencio y hacia el fondo. Imaginaba el fuentón rebalsando de mi llanto; la sala llenándose de a poco; las puertas abriéndose vencidas por la fuerza del líquido; mi

hermano tratando de alcanzarme sin poder contra las olas; los muebles en movimiento, alterando la geometría del departamento como en un cuento de Goldín; la cuna con el niño flotando, yéndose a sobrevivir, alimentado por las aves mientras los enemigos se ahogan en mis lágrimas y el mundo entero desaparece bajo toda la sal de mi cuerpo; una inundación total de la tierra pero no como si se repitiera el gran diluvio, sino más bien como si creciera el Aqueronte hasta taparlo todo y quedaran solo cunas flotando en las aguas liminales de ese río desbocado que ha cubierto y confundido los dos mundos que separaba. Una de esas cunas será la de mi bebé, que será alimentado por los pájaros, como las otras purísimas criaturas en sus cunas, hasta que yo deje de llorar y bajen las aguas y el mundo reaparezca, renovado. ¿Será visible la diferencia entre un fuentón lleno de agua y uno lleno de llanto? Y, aunque mi mente se iba en estos delirios, yo no podía parar de llorar. Yo, que siempre quise ser como María dos Prazeres, ya estaba cansada a la mitad de su edad, mi cuerpo no daba más, no tenía un perro para enseñarle a llorar sobre mi tumba, y no había conocido ningún Conde silencioso y recatado, solo brutos degenerados y solitarios deprimidos. En un hipo se me escapó una burbuja mayor. Me pregunto si en serio tuve una vida anterior a la casa o si son todas visiones tortuosas que obtuve del fuentón que mágicamente me dio a luz en este paraje aislado por montañas y habitado por mujeres perdidas. Se estremeció todo mi cuerpo. De rabia, de amor, de miedo, no sé. Lloré en espasmos. Soltaba más aire a cada exhalo. El tiempo resultó incalculable al cabo de un rato y yo segundo a segundo entendía menos por qué: por qué seguía con la cabeza adentro de un fuentón de chapa; por qué el llanto se manifestaba en todo mi

cuerpo; por qué nadie acudía a consolarme; por qué de repente tenía frío y solo sentía el silencio; por qué lloraba.

Grité. Grité tan fuerte como pude debajo del agua y la nube de burbujas, la erupción de mi garganta volcánica, empujó afuera mi cabeza empapada que siguió gritando con todas sus fuerzas; los ojos cerrados, apretados como si quisieran que el cuerpo los tragara. El grito no rebotó contra una pared naranja y descascarada por la humedad. Mi hermano no dijo nada y su mano no llegó pronto a acariciar mi espalda. El bebé no lloró la desesperación de su madre. Y yo les había olvidado casi por completo. Me encontré arrodillada en la escalera de piedra a la entrada de una casa desolada y rodeada de montañas desconocidas en la lejanía. Escuché un sonido de bisagras. Dos mujeres con los ojos alarmados aparecieron en la puerta. Me desmayé sobre el fuentón.

XXX

Dos mudas de ropa cada una, los cepillos de dientes, algo de pan y fiambre que encontramos en la heladera, dos frazadas, y Poesías Intactas de Vicente Rebi. Eso fue todo lo que cargamos cuando nos fuimos de la casa de Belisario por la puerta de atrás, a no volver nunca más al Pueblo Chico del Sur. Me sorprende que en la corrida hayamos llegado a tomar tantas cosas. Esa lucidez para entender la necesidad en cualquier circunstancia y para actuar rápido conforme a ella es algo de Laura que admiro. A mí todavía no me entra en la cabeza como llegamos a cargar todo eso mientras sobre el cadáver de Belisario, sentado en el centro de la sala, el sol del ocaso se disponía a teñir la muerte, a estirar su sombra, a potenciar su perfume. La cabeza como durmiendo, los hombros y el principio de su espalda cortada por el respaldo de la silla, a contraluz, no me abandonan. Ahora Laura me lee *Una sola te ha tocado* y la escena del cuerpo muerto de Belisario eclipsando el atardecer de la ventana y entrando en mis sentidos desplegados por el horror me envuelve y me deja casi ciega. Los últimos rayos del sol que me tocaron dentro de la casa, filtrados por la atmósfera de la muerte, me dejan casi sorda por su silencio que reverberaba en la carne ultrajada del viejo, pero alcanzo a escuchar la voz de Laura que lee *en un momento impreciso que no termina*. Y la puerta del fondo que no termina de cerrarse en mi mente. En el fondo de mi mente sé que estoy en un vehículo, que el motor gruñe y ronronea, que Laura lee *Hasta hoy*, y que este es el presente. El resto de mí sigue sin cerrar esa puerta; y cuando Laura repite *Hasta hoy*, casi ciega y casi sorda, mi

fantasma repite *Hasta hoy* en el umbral imposible de trasponer. El umbral llega y toma, como la tarde, todo mi cuerpo, y no me suelta. Como en el poema me siento ceñida por manos que se abren y me pasan a otras manos que se cierran sobre mí y se abren y me pasan. Esconden, transforman y devoran mi cuerpo intacto las ilusiones imprecisas del tiempo. El paisaje queda atrás y la luz del oriente despunta los colores, le da fuga a la noche, insiste sobre las líneas, las acentúa, y completa la poesía de Vicente que lee Laura.

Si esa es la verdad y estamos en una combi de la guerrilla, escoltando un camión, acercándonos a la frontera; si existe esta continuidad del tiempo, quiero dejar de sentirme en el aire entre dos manos. Ni mojada ni seca me diluyo sobre la línea donde el río deja de ser río y no quiero; no voy a diluirme ahí donde la orilla deja de ser orilla, en esa misma línea, ni seca ni mojada. Si el sol que nace hoy sobre la ruta semi-desierta conoce al sol que se puso ayer sobre los ojos muertos de mi amigo, que le diga que me suelte, pero que no me olvide. No se me ha dado comprender este cuerpo interminable que alimento, que alimentamos y del que nos alimentamos a su vez. Se me escapa el amanecer de la ruta porque sigo anclada al atardecer de la muerte. No sé si está bien o mal. No me sale juzgarlo. Quizás es un mensaje para mí misma; quizás me estoy diciendo, o no, mi cuerpo me está diciendo, o no, ...*un cuerpo impreciso* me dice: esto es lo que tengo que contar.

XXXI

Y al rato pensé que la Ciudad Chica del Noreste tiene más calles en la noche. Y parecía. / Sí, la oscuridad parecía levantar manzanas y manzanas enteras de edificios negros; extensiones inmateriales pero visibles de la misma ciudad, o semi-visibles, o semi-materiales, no sé, sugeridas bajo la luz muriente de un millar de estrellas huesudas. / Había un doble, o varios clones de la ciudad, que sitiaban la original, / hechos de puro miasma pernicioso e inescrutable; y nosotros, / el yunque por delante y yo a su saga, en secreto, ya habíamos dejado atrás el cemento y las personas, y andábamos entre médanos de sombras que simulaban ser las casas, y si percibíamos pasos, / o suaves movimientos, ya no eran gentes en la noche; sino, apenas, aliento leve de fantasmas. ¿Seguía el yunque siendo él? ¿Y si yo ya no era yo y era solo una copia de mí, tallada en sombras?

Imaginaba esas posibilidades y me hacía esas preguntas a la vez que, con mucho esfuerzo pero conservando el silencio, igualaba el ritmo al que caminaba el campeón, a unos cincuenta metros delante de mí. Las calles que, / para ser sincero, creo que sí eran reales, se ensanchaban cada vez más, y cada vez más se espaciaban entre sí los escondites posibles para mí. En caso de que el yunque diera media vuelta, aumentaban las chances de que quedáramos de frente; / yo a su merced. A su vez, -como compensando el ensancharse de las calles que, a cada esquina daban la sensación de que estábamos por salir a campo abierto-, aparecían pasajes cada vez más angostos y oscuros que separaban las cuadras en dos, en tres o en cuatro.

/ Ya no quedaba nadie despierto en la ciudad cuando la calle por la que íbamos describió una curva no tan pronunciada pero notoria que modificó el fondo contra el que yo veía recortada, a cada paso menos nítida, la silueta del yunque. Antes la había visto deslizarse entre mantos de oscuridad que se transformaban después en tranqueras, puertas, ligustrinas, paredones, techos de tejas o de chapas. En ese momento seguí viéndola, / a su silueta simple y terrible, sobre un manto de oscuridad, pero esta vez mucho más alto, más irregular, con otra textura; un manto de oscuridad que se tragaba directamente todo lo que pudiera parecerse a la luz. Continuar inadvertido me ocupaba tanto que no se me ocurrió de qué podía llegar a tratarse ese nuevo telón de fondo. Él avanzaba hacia esa masa indeterminada y yo pensé: va a fundirse en ella. / Era bastante improbable ¿no? Yo estaba muy sugestionado. / ¿Sentirá, aunque sea un poco, mi presencia? Sabe que voy detrás y lejos, está esperando la oportunidad justa para emboscarme, temí. / Y entonces entendí hojas, o las adiviné, adiviné troncos de árboles altísimos, velados por la noche; supe que ahora sí llegábamos al límite de la ciudad, el límite Norte de la ciudad peor iluminada que conocí en toda mi vida. Y he vivido. Comprendí que más allá no había ninguna replica fantasmal del suburbio. Ese nuevo y enorme manto de oscuridad que veía al final de la calle era la muralla densa, antigua y viviente de la selva. / Casi frené, casi desistí ante la combinación del hombre más fuerte y ágil que vi pelear con la selva indómita. Pero para ese tiempo, anterior incluso al toque de queda nocturno permanente, yo ya era un viejo patibulario e invisible y aquel peligro significaba también la oportunidad de morir habiéndome arriesgado a algo. Así que seguí. De repente con un impulso renovado, de repente seguro de que aquello era lucidez, seguí

siguiendo los pasos del yunque. / Ya me había convencido no sé cómo ni por qué de que él se internaría en la selva. Ya lo había visto en mi imaginación zambullirse en la espesura sin ningún tipo de preparación. Pero justo en la última esquina antes de la primera fila de árboles el yunque cruzó de vereda, dobló en la esquina y se perdió en la noche.

XXXII

Antes de la casa solo recuerdo una sensación y me pregunto si no es, acaso, una sensación implantada o un recuerdo implantado. Como si fuera algo que alguien me repetía al oído una y otra vez mientras yo dormía, siempre, o como si recordara el sueño recurrente de un desconocido. Y que inquietante sentirse un ente en un sueño ajeno. Me recuerdo perseguida. Perseguida por el tiempo. Siento que antes de encontrarme con la casa yo corría en círculos sin parar, noches enteras, días enteros; perseguida por el tiempo, o por la idea que yo tenía (o no, quizás era la idea que otra persona tenía) acerca del paso del tiempo. Los segundos, las horas, o los minutos eran monstruos enormes queriendo destruirme.

¿Me inquietaba tempranamente la pérdida de la juventud? ¿Es temprano alguna vez para temer o sentir cómo la juventud se pierde? Hora tras hora lloraba sobre el tiempo perdido. ¿Quería hacer algo y un impedimento me atormentaba? Imagino un mar de leche caída a mi lado y, en realidad, no estoy segura si lloraba. No, no lloraba. Pero sí corría. Cuando tropecé; caí y así di con la casa, corría, eso es seguro. Corría por una vereda de baldosas que me era muy familiar, como si quedara cerca de la escuela secundaria donde pasé mi adolescencia. Corría de la velocidad creciente de las horas, de los segundos, de los años.

¿Hago una metáfora muy boluda si digo que la vida es un globo que se desinfla? La panza de una mujer se ahueva en un parpadeo rebosante de dolor y

al instante se separan los dedos de un Dios aburrido que nos ve retorcernos en el aire; impredecibles en nuestros giros y contorciones desesperadas, pero siempre (y el Dios lo sabe) dando el mismo resultado: la caída. El suelo.

Quizás por estos pensamientos, o por pensamientos similares creí estar muerta o renaciente cuando me levanté del suelo y me encontré en la cocina y divisé por la ventana nubes y montañas.

Cada tanto me sentaba a mirar las baldosas de la cocina. Eran iguales a las baldosas de la vereda donde tropecé y caí mientras huía del tiempo.

CORREO
NACIONAL

- AVISO DE JUICIO MILITAR

REMITENTE	DOMICILIO	CODIGO POSTAL	LOCALIDAD
Juzgado Militar N°5	Av. 3ª 25	74-2	Cd. Gde. del Sur
			DEPARTAMENTO
			Sgto. Ureña
DESTINATARIO	DOMICILIO	CODIGO POSTAL	LOCALIDAD
Carlos Ramirez	Calle 15ª 463	74-2	Cd. Gde. del Sur
			DEPARTAMENTO
			Sgto. Ureña

POR INCUMPLIMIENTO DE SU DEBER COMO GUARDIA CÁRCEL EN LOS CALABOZOS DE LA CIUDAD GRANDE DEL SUR, HABIÉNDOSE FUGADO 20 PRISIONEROS EN LA MADRUGADA DEL 30 DE ABRIL DEL AÑO CORRIENTE, Y SIENDO TAMBIÉN QUE SIGUEN PRÓFUGOS LA TOTALIDAD DE LOS MISMOS; QUEDA USTED SEPARADO DE SU CARGO Y SE LE IMPONE COMO CONDENA PREVENTIVA: PRISIÓN POR TIEMPO INDETERMINADO EN LOS CALABOZOS DE LA CIUDAD GRANDE DEL SUR QUE USTED MISMO NO SUPO CUSTODIAR. UNA VEZ QUE SE DETERMINE SI FUE UN PROBLEMA DE INOPERANCIA O DE INTENSIONES QUE VULNERAN A LA PATRIA, SE LE INFORMARÁ EL VEREDICTO FINAL.



XXXIV

Al Occidente un rumor de indiferencia conspira y no se altera con los gritos ni responde. Al Oriente el silencio le da vida a la palabra que se busca tanto tiempo y aprende a ser vivida aún sin ser encontrada. Al Norte detrás de todo lo accesorio está la muerte. Y al Sur vive todo aquello que parece deshabitado pero no.

Todo esto más allá de las líneas imaginarias.

Cruzando el límite Boreal está Babilonia. Cruzando el límite Austral, Roma. Por el Oeste, cruzar el límite conduce a Persia. Por el Este, a Macedonia.

Vivimos en el fuego.

XXXV

Tomé su mano y lo conduje por los pasillos oscuros con una memoria tan certera del espacio y con un paso tan decidido que, a lo mejor, como la falta de luz parecía no afectar a mis ojos, él, mientras sentía mi mano, pensaba “es un murciélago”, y miraba (en la dirección hacia la cual su mano era guiada por la mía) la oscuridad más próxima a mi cuerpo, o la oscuridad que coincidía con mi cuerpo, o la oscuridad adherida a sus propios globos oculares que apuntaban en dirección a mi cuerpo, y pensaba, en esa oscuridad que era alguna de esas oscuridades, “es un murciélago y yo parezco un ciego o un rengo o un rengo ciego”, o no pensaba nada de eso y se dejaba llevar, mesmerizado por la situación, y las vacilaciones breves de su andar eran tan solo espasmos, chuchos de frío, o precauciones tomadas por instinto, reacciones previas y más primitivas (, si las hay,) que el miedo y el dolor. El oleaje agudo de la reverberancia de nuestros pasos se precipitaba presuroso al contacto con las terminaciones finas de la piedra, los zócalos, las molduras del cielo raso; y también los cuadros, los espejos y los muebles, repartidos, con un criterio tan indescifrable como incómodo, por los pasillos del palacio abandonado, sentían su roce etéreo que regresaba atenuado al aire frío, húmedo y oscuro del recinto a chocar y disolverse en el oleaje agudo de la reverberancia de nuestros pasos subsiguientes, como si la construcción y los objetos que, invisibles en la negrura, tenían, en aquel momento, una forma más imaginaria que fáctica para nosotros, fueran playas devolviendo (, nunca por completo,) su agua y su sal al mar. Y no hablábamos, solo escuchábamos el ritmo

de nuestro andar y su mensaje cifrado de pasos que empezaron lentos y suaves para luego (ni bien dejamos atrás la fiesta en el salón central, que se hizo murmullo y después desapareció) ir aumentando tanto en ansiedad y torpeza que en un punto tropecé; no sé con qué y no me importa; habrá sido una irregularidad en las piedras del piso del pasillo del palacio, o una irregularidad en las piedras del piso del pasillo del palacio que mi imaginación montaba sobre la oscuridad que escondía o, directamente, disolvía al palacio *verdadero* que cruzábamos al vuelo; o habrá sido con mis propias piernas; o con lo que sea tropecé y él casi me lleva puesta pero se frenó justo y la mano suya de la que yo tiraba para arriarlo pareció endurecerse de tal forma que, en el palacio que mi imaginación montaba sobre la oscuridad del palacio por el que andábamos furtivos, por un instante lo vi a él como una estatua aparecida de repente para que yo no me caiga; hecho de piedra, con cara de desconcierto o incredulidad, con el cuerpo inclinado por la prisa, y la pija dura o semi-dura, no muy notoriamente, apenas insinuada bajo los pantalones; y así, hecho una estatua imaginada sobre su carne en un castillo imaginado sobre otro castillo real, me produjo espanto y atracción, así que me reí en voz baja y seguí tirando de su mano por los pasillos invisibles mientras nuestras respiraciones crecían cada vez más sobre el oleaje agudo de la reverberancia de nuestros pasos, completando el código que cifraba la calentura. El perfume inconfundible de las flores muertas me anunció que estábamos entrando en el último pasillo del ala este y, como nuestra llegada a destino era inminente, mi cuerpo casi se desborda de sí mismo, como ocurrió cuando supe que, un siglo y medio atrás, en la habitación hacia la cual yo arrastraba a este muchacho dócil y silencioso, escribía el último poeta gris, el caudillo de las tierras

inexistentes. Tanto me había excitado leyendo sus cuentos y tantas lágrimas había derramado sobre sus poemas que, al enterarme que nos estábamos escondiendo en el mismo palacio abandonado donde él pasó su clandestinidad y al fin murió de tuberculosis, me quedé helada un instante y sentí, desde los dedos de los pies, un calor que avanzaba (o retrocedía) hacia mis talones y luego ascendía en espirales por mis piernas; hervía en mis rodillas; se demoraba en mis muslos; arremetía a chicotazos cosquillantes en mi sexo y en mi culo; me empujaba el clítoris como llevándole la vista al cielo, se incubaba en mi vientre; movía mis entrañas igual que el viento mueve las ramas de los árboles; trepaba mi columna vertebral como un alpinista, o como el fuego sube una escalera; hinchaba mis tetas; endurecía mis pezones; tierno estrujaba mi corazón; se abría en mi clavícula; gorjeaba en mi garganta; me hacía levantar los brazos imperceptiblemente al bajar desde mis hombros hasta las uñas y las yemas de mis dedos en lentas ondulaciones; y al fin un breve latigazo de mis manos en el aire; un suspiro o pequeño grito de mi boca; un vapor de mis narices; lágrimas calientes en mis ojos; una especie de explosión secreta de colores, formas y sentidos, en la punta de mi cabeza; sobresaltaron a las personas que estaban conmigo, a quienes me dieron la noticia. Mi sangre se había disipado en un instante y me había recargado desde los pies. Me sentía una pava llena de agua a la que, apenas ebullición, le apagaron el fuego. Ya en ese momento planifiqué o por lo menos imaginé, el escape nocturno a su cuarto, la utilización de su ropa, cogerme a alguien que actúe de él.

Varias puertas (creo que cuatro) antes de llegar, con mi mano libre palpé el bolsillo trasero izquierdo de mis jeans para corroborar si ahí seguía estando la llave. Con olfato de sabueso supe detenerme justo en el punto exacto de la oscuridad que encubría la puerta del poeta. Giré y, con las manos en el pecho del muchacho silencioso y, de cara, tan parecido a mi ídolo muerto; estampé su espalda contra la madera que apenas crujió. Él no intentó besarme, ni yo a él. Busque a tientas sus dedos, le dejé las llaves, reduje al mínimo posible la distancia que puede existir entre dos cuerpos y le dije “abrí la puerta”. Atolondrado, se puso de frente a la habitación y, no sin gran dificultad, introdujo la llave, que era pesada y negra como el alma de mi poeta deseado (alma que, a lo mejor, todavía pululaba por el palacio y participaría del acto carnal en su nombre; alma que, a lo mejor, respondería a la invocación) en la cerradura. Introdujo la llave en la cerradura mientras temblaba. Yo sentía temblar su flacura extrema, velada, aún en la proximidad más irreductible, por la completa ausencia de luz, y me preguntaba “¿por qué tiembla?” y quizás él se preguntaba “¿por qué tiemblo?” y temblaba. Puede que intuyera sin precisión mis intenciones esotéricas y esto le infundiese un temor inentendible para él. Puede que temblara de excitación o de extrañamiento. Como sea temblaba mientras la cerradura esquivaba la llave con la que él la buscaba; y temblaba cuando pudo introducir la llave, pesada y negra, en la cerradura esquiva. Temblaba de ansiedad o de delirio mientras hacía girar la llave; y al empujar la puerta, perdiéndose llave y cerradura en la oscuridad y en el pasado, él temblaba. Y seguía temblando adentro del cuarto en penumbras, cuando lo conduje, esta vez por detrás, empujando su cuerpo entre los hilos de la luna menguante, hasta la silla. Y no había dejado de temblar cuando yo lo

desvestía frente a la silla frente al escritorio frente a la ventana tapiada por la que se filtraba a gotas la claridad lunar. Y temblaba ya un poco menos cuando lo envolví en las ropas del escritor desaparecido; ropas que yo había dejado cuidadosamente limpias y dobladas unas semanas antes, por si surgía una emergencia de este tipo. Lo último fueron los zapatos. Él levantó uno a uno los pies para que yo le calce sus mocasines graciosos y sombríos; mocasines que el tiempo, por capricho o por motivos que no comprendo, mantuvo intactos. Recién entonces dejó de temblar. O fue cuando abrí la hebilla de su cinturón; o cuando, tomándolo por las solapas del saco, lo senté en la silla. No sé. Ya no temblaba para nada cuando metí su pija en mi boca y la dejé ahí hasta sentir que terminaba de hincharse. Ni temblaba cuando la saqué y se la lamí toda. Lo masturbé un poco, demorando mi lengua en círculos sobre el glande. Busque sus ojos. Él había inclinado la cabeza hacia atrás. Su cara miraba el techo. Así que no conseguí ver sus ojos, pero estoy segura de que estaban cerrados. Sí vi sus labios, que se movían frenéticos y sin sonido. Seguí mirándolo mientras lo masturbaba. Salvo por sus labios, su quietud era la quietud de la muerte. Volví a bajar. A rodear su pija con mi boca. Bajé. Subí. A la siguiente subida busqué partes sensibles con la lengua, con los dientes, quería causarle alguna reacción. Nada. Quietud mortuoria. Bajé todo lo que pude. Subí justo antes de atragantarme. Bajé. Puse mi mano sobre los testículos. Los dedos alrededor de la base del pene. Y subí, con la mano y con la boca. O las usé en direcciones contrarias, no sé. Seguí. Hasta que sentí el viento. Un viento cálido. Acariciándome. Llegando a cada lugar de mi piel. Como si no tuviera nada puesto. Un viento suave. Recordé el mar. Un cielo de mil colores. Un mar ilimitado. Nunca he visto el mar. Lo conozco solo en concepto.

Pero recordé el mar. Quizás un mar visto en tiempos perdidos por mi memoria. Quizás el mar de mis memorias perdidas. Ilimitado. En tempestad. Y el viento sutil. El huracán tierno. Diminuto. Se arremolinaba en mi vulva. Como si no llevara nada puesto. Bailaba en mis labios. Me llenaba los ojos de mar. De truenos. Como el Espíritu Santo fecundó a la Virgen, un viento implacable me masturbaba. Un viento cálido y tranquilo. Llamando al agua de mi cuerpo. Mi clítoris y yo en la tempestad. Mi piel toda erizada. Mi columna arqueada hacia atrás. Mi clítoris, una perla en la playa. Sobrevolado por aves en fuga. Aves que cruzaban mi pelo. Mi clítoris y yo: presentes en un atardecer de mil colores. Presentes en el viento silencioso. Tocadas por un viento. Por un fantasma. Por una idea. Mi clítoris y yo: ausentes en la penumbra menguante del cuarto donde seguíamos masturbando, como autómatas, a un hombre que parecía muerto. O que estaba muerto. Salvo por su boca. Por su voz. Porque en ese momento sí se le escuchaba pronunciar un poema. Uno que supe reconocer. Un poema casi bicentenario. Un poema que solo yo conocía. Lo había encontrado en un cajón de ese cuarto, escondido, manuscrito en caracteres antiguos y elegantes. Un poema sobre la sangre en la tierra. O sobre la tierra en la sangre. O ambas cosas. Un poema circular. O un poema rombo adentro de un círculo. O poema esfera de infinitos planos que contiene, al centro, un único punto. Fue entonces que, ignorando si el cuerpo inerte pero parlante que masturbaba había llegado a su orgasmo, ignorando si conocía el poema de alguna extraña manera (, pero no podía ser,) o estaba poseído, ignorando si acaso seguía con vida; me derramé, me esparcí por todo el piso de piedras o de oscuridad cruzada por tiritas de piedra bañadas en luz de medialuna, yo sí extasiada, repleta de un orgasmo como nunca lo había sentido,

un orgasmo de delirio. Rodé sobre la piedra fría, que por momentos yo sentía como la arena tibia de una playa al atardecer, hasta el ropero; o, a lo mejor, soñé o aluciné que rodaba por las piedras frías del piso, que por momentos sentía como la arena tibia de una playa hasta un ropero, de cuya existencia ahora dudo, y, cuando estuve a sus pies, o, en realidad, a sus patas de madera maciza, se abrió, soltando sobre mí una lluvia de pétalos secos de un amarillo papírico o de un rosa pálido y rugoso.

Desperté muchas horas después, a la tarde. El aire arremolinado y dulce, entre las corrientes frescas y calientes que se turnaban, presagiaba la primavera cercana. El sol, partido en pequeños retazos por las tablas de la ventana, pregonaba la luz más halada y vibrante que vi en años. No había flores muertas en el piso. La ropa del escritor estaba perfectamente doblada en la silla. No había nadie conmigo en la habitación. Cuando volví a los espacios comunes para comer algo, me dijeron que ese chico callado y tranquilo y sus amigos habían pasado toda la noche en la fiesta y se habían ido a la mañana.

XXXVI

Lucía fue la primera en morir. O eso me dijeron las demás. Fue al poco tiempo de que aparecí en la casa. A los pocos días, o al par de semanas. A partir de su muerte notamos que no hay una pala grande, ni tampoco herramientas más allá de una tijera de poda y un par de palitas de jardinería. Tardamos muchas horas en cavar su tumba. Desde que despuntaron las primeras luces del amanecer, un rato después de su último exhalo, hasta el centro de la noche, cavamos. Nos íbamos turnando. Todas terminamos con las manos ampolladas. Yo, que apenas la había conocido, que la había conocido nada, no paré de llorar en todo el día. Y es más; lloré por meses. Ahora se me ocurre que se me juntaba el no conocerme a mí misma; el no saber dónde estaba; y el aparecer en la casa justo cuando ella se moría. Aunque con el tiempo supe que soy la que más se acuerda de su pasado, a pesar de recordar muy poco. También fui la primera que tuvo al menos una teoría acerca de en qué parte del mundo está esta casa. Y por último; aunque no sé si es un consuelo, fui la que tuvo la aparición menos solitaria.

Lucía, por su parte, además de ser la primera en llegar a la muerte, fue también la primera que llegó a la casa. Pero, bien pensado ¿cómo saber si somos la primera generación de habitantes que tuvo este lugar? Probablemente no sea así.

El resto confundía sus órdenes de llegada. Estoy convencida de que era la propia casa la que desordenaba sus memorias. Nuestras memorias. A menos que

mintieran. Lo único seguro es que Lucía fue la primera de nuestra camada en aparecer; y yo la última. Esto fue terrible para Lucía que, mucho mayor que el resto, tuvo que soportar por un tiempo largo que todas sospecharan de ella. Así como hace tiempo yo tengo que soportar sospechar de todas. Pero para colmo ella no hablaba, nunca dijo nada ni siquiera para defenderse de ataques e interrogatorios inquisidores de los que fue víctima más de una vez, según me contaron. Como yo la escuché hablar apenas la conocí, no entendí la sorpresa de todas que después me explicaron que nunca había emitido con su boca ningún sonido que no fuera el de masticar o el de beber. Cuando pronunció sus únicas y últimas palabras estábamos todas en su habitación, junto a su lecho de muerte. Todas menos Angélica que todavía cree que le inventamos un cuento, que Lucía era muda. Algunas, también pensaban que era muda y me aseguraron que de no haber sido por ese episodio la seguirían dando por muda; y otras sostienen que sí era muda pero en su agonía, en el limbo febril entre el mundo de los vivos y el mundo de los muertos, *algo* le dio voz o *algo* habló a través de ella. Puede ser. Es difícil no creer que cualquier cosa es posible cuando se vive en un lugar en el que se apareció de golpe, un lugar tan hermoso como opresivo, un lugar que rápidamente cubre todos los recuerdos con un velo opaco que solo cruza, cada tanto y por un instante, alguna parte de algún fantasma. (Una nariz, o un tobillo, o una mano, o un ojo, se asoman y se pierden antes de que nazca una esperanza de recordar algo preciso; dibujos pálidos de un rompecabezas imposible que, o se esconde tras una superficie negra de la memoria donde todo son contornos más o menos oscuros pero oscuros al fin, o ya no existe, se ha evaporado o nunca existió). Vivir así te hace propensa a todo tipo de supersticiones, sin remedio. Y

cada vez dudo más si esa propensión no es ni más ni menos que la verdadera lucidez.

De lo que no tengo dudas es de que Lucía fue, de las mujeres que conocí en esta casa maldita, la primera que vi morir. Y también es cierto que ni su muerte ni mi angustia, ni la angustia de nadie, ni las raras pero hermosas noches de alegría que algunas veces pasamos, han turbado jamás la calma del demonio que se respira invariablemente en cada rincón de la casa; la misma calma hiriente que gobierna esta quebrada inhóspita y enferma. (Las montañas mudas, hurañas, cubiertas de polvo o de nieve, amurallando la tranquilidad inhumana de nuestros destinos; son la tortura y la indiferencia hechas monumento mineral).

Yo soy la única que recuerda un rostro. Todas me han dicho que ellas no. Lo que cada una de ellas recuerda son sensaciones difusas; familiares o amigos sin cuerpo; el esqueleto de una actividad sin nada de su contenido salvo, a veces, detalles absurdos; y un elemento de la casa que recordaban idéntico en sus lugares de origen y que había servido, por así decirlo, de portal. Yo, en cambio recuerdo a mi madre, me acuerdo muy bien de su cara, recuerdo qué enfermedad tenía, las cosas que le gustaban y las que la hacían rabiar. (Pero un espanto atroz por la calma total que me rodea, y entra en mí cuando respiro y cuando mi piel respira y me retuerce las tripas como si fuera a reventar, me impide hablar esas cosas).

Antes de la muerte de Lucía; yo estaba junto a la cama de mi madre. Estábamos solas en la casa donde ella pasó el esplendor de su vida, donde quería morir. Por su cara rodaba una lágrima, me había pedido disculpas, había dicho necesito que me perdones para irme en paz. Mis esfuerzos por no llorar estaban a punto de completar su fracaso cuando me incliné a besar su mano, que estaba aferrada con desesperación y ya sin fuerzas a la mía. Fue un beso profundo durante el cual solo vi su piel finísima, quebradiza, borrosa de cercanía. Al enderezarme, Lucía estaba en lugar de mi mamá con sus iris transparentes perdidos en algún punto del techo y yo era parte de un círculo de mujeres que la miraban fijo desde la penumbra, tan concentradas en ella que parecían no haberme notado en lo más mínimo. Solté la mano de la anciana desconocida, su boca temblaba, contuve el grito y los gemidos del llanto, casi me quiebro el cuello girando mi cabeza, pidiendo por favor a Dios no encontrarme con ninguna mirada, mientras me echaba lentamente hacia atrás. Entonces sentí la voz que hablaba, hueca como si hablara un pozo, y devolví la vista a su fuente. Lucía, que estaba en los huesos, que parecía ya en descomposición, ahora me miraba fijo a mí mientras su boca conseguía por fin transformar sus balbuceos espantosos en las únicas palabras que se le escucharon decir <<¿Por qué mataste a la niña del armario?>>. Cuando me quise dar cuenta todas estaban mirándome. Algunas murmuraban. Lucía había dejado de respirar.

Pensé que iban a matarme. Estaba *segura* de que iban a matarme.

XXXVII

- Otra vez sopa

- ¿Qué te pasa?

- ¿Qué te pasa a vos, que vivís llorando?

- ¡Dejame en paz!

- Como quieras, pero va a ser mejor que pares. Por vos te lo digo. Años hace que vengo a esta plaza y cada vez vos llegás y te sentás en ese mismo banco a mirar las vías, o no sé qué mirás, hasta que te posee ese llanto espasmódico. ¡Te vas a ir en lágrimas si seguís así!

- Es que soy terriblemente infeliz. Miro estos rieles porque quiero terminar como ellos

- ¿Cómo ellos? ¿Qué? ¿Por lo estériles? ¿Por lo muertos?

- ¡No! ¡Por lo libres!

- ¿Libres?

- Claro ¿No lo ves? Las desgracias son trenes que pasan, con sus cargas insufribles, cada día, sobre nuestras espaldas. Esta vía, que no ve trenes hace tanto, me da la esperanza de que esto, algún día, se termine

- A este paso, será el día de tu muerte

- ¡¿Por qué soy tan infeliz?! –Llanto.

- ¿Y qué esperabas *en esta tierra incendiada, en este valle de lágrimas*, en este mundo miserable? ¿Creíste que alguien puede ser feliz acá?

- No sé, yo solo quiero que pare esta opresión en el pecho, este vibrar bajo el peso de la impiedad

- ¿Y por eso llorás?

- Sí

- Entonces llorarás toda tu vida, hasta tu lecho de muerte y, si en ese momento no estás en la soledad total, le heredarás tu llanto a alguien que seguirá llorando hasta morir y así

- ¡Basta!

- Es que tenés que darte cuenta. Nacimos del lado que perdió una guerra definitiva hace miles, quizás millones, de años. Las miserias son lo más cercano que tenemos a una naturaleza propia

- ¡Basta, te digo! ¡No me importa! Yo creo que igual, algún día, podré ser feliz

- ¿Aunque todavía no hayas progresado ni un poco?

- Sí

- ¡Dejá de creer! ¡Es eso lo que te destruye! Maldecí, de una vez por todas, el día en que tus padres, o no sé quién, te hizo creer que podés ser feliz. Es como seguir creyendo en Papá Noel. Una vez que pensaste es imposible

- Tu problema es que pensás demasiado. Yo también te veo siempre a vos. Te sentás por ahí y pensás, pensás, pensás

- Puede ser, puede ser. Pero alcanza con pensar una sola vez para que la felicidad sea imposible. Una vez que llegás a la más mínima conclusión propia (a la cual, por otro lado, siempre te lleva algo externo), pero en fin, cuando se formula en vos algo distinto al discurso directo que escuchaste de otro; ya no hay escapatoria. Se ha abierto ante tus ojos la más verdadera y más cruel cara del mundo

- ¡Cortala! ¡En serio! Que vos seas un infeliz por vivir desgranándote la cabeza en pesimismo no quiere decir que todos estemos igual. No quieras arrastrarme a tu sin salida

- Sí, es verdad que padezco por mi mente. Pero no lo llamaría pesimismo; sino desengaño

- Desaliento, más bien

- No, no. Para mí el término exacto es pensamiento crítico; dicho sea de paso, la principal causa de muerte a nivel global. La que se le escapó a la OMS. Porque, la verdad, yo odio con todas mis vísceras eso que dicen algunas personas de que estamos mal porque la gente no piensa ¿Cómo se puede decir tamaña

estupidez? ¡Muchísima gente piensa! ¡La gente en general piensa! ¡Todos los días! Pero pensar en un mundo que te pensó tan meticulosamente y ya te asignó un lugar tan minúsculo y patético, tan colmado de ironía y contradicción... digo que pensar en este mundo te enferma, te degenera los órganos y te mata

- (...) Que raro que pensando tanto creas en semejante predestinación

- Ah, pero qué observación más aguda la tuya. Qué lejano parece ahora tu llanto en esa expresión reflexiva. Estás empezando a entender ¿no?

- No. Basta. No voy a resignarme como vos. Pero ahora sé que detrás de tantos razonamientos escondés una superstición como la mía

- Digamos que existen accidentes y excepciones a toda regla; pero creo que, sabiendo que las hay, para el resto puede generalizarse que cuanto más pensás, sos más infeliz, te enfermás más y morís más joven

- Viejo, así solo vas a conseguir amargarte hasta la muerte

- (...)

- ¿Y por qué llorás vos ahora?

- ¿Y vos? ¿por qué seguís llorando?

CORREO
NACIONAL

- PODER PARA COMERCIO EXTERIOR

REMITENTE	DOMICILIO	CODIGO POSTAL	LOCALIDAD
Tte. Gral. Alberto Vidal	Av. 1ª 89	13-2	Capital
			DEPARTAMENTO Tte. Argozarriaga
DESTINATARIO	DOMICILIO	CODIGO POSTAL	LOCALIDAD
Galindo Hugo Bairós	Calle 121ª 149	57-2	Capital
			DEPARTAMENTO Tte. Argozarriaga

A TRAVÉS DEL PRESENTE DOCUMENTO SE AUTORIZA AL DIRECTOR Y JEFE DE LOGÍSTICA DE LA IMPORTADORA BAIROS INC., SEÑOR GALINDO HUGO BAIROS A CRUZAR LA FRONTERA POR EL PUESTO DE VIGILANCIA ESTE DEL SICOFRO EL DÍA 27 DE ENERO DEL AÑO CORRIENTE. ESTE PERMISO SE LE CONCEDE EN SU CARÁCTER DE NEGOCIANTE Y TRANSPORTISTA DE UNA EMPRESA AUTORIZADA Y POR EL HONOR QUE LE CONCEDEN SUS ANTECEDENTES FAMILIARES. EL AUTORIZADO TIENE LA OBLIGACIÓN DE IR Y VOLVER EN EL DÍA Y NO DEMORARSE EN NINGUNA ACTIVIDAD QUE NO SEAN LAS TRANSACCIONES COMERCIALES POR MEDIO DE LAS CUALES OBTENDRÁ LOS PRODUCTOS QUE DEBERÁ DECLARAR A SU REGRESO ANTE LOS OFICIALES DE LA OUCE EN EL PUESTO DE VIGILANCIA ESTE DEL SICOFRO. EL USO DE ESTE PODER POR PARTE DEL SEÑOR GALINDO HUGO BAIROS IMPLICA QUE ENTIENDE QUE EL INCUMPLIMIENTO DE LOS TÉRMINOS YA ESPECIFICADOS CONLLEVA TODOS LOS CASTIGOS CORRESPONDIENTES A QUIENES INCURREN EN EL DELITO DE TRAICIÓN A LA PATRIA.



XXXIX

¿Quién hachaba la leña que acompañaba las provisiones en invierno? Esto me lo he preguntado un sinfín de veces. Cada vez que veía los pedazos de tronco, cuidadosamente acomodados por Angélica a un costado de la chimenea me preguntaba quién los cortaba. Y me imaginaba un hombre alto y macizo, un gigante silencioso quizá parecido a mi padre, aunque no podría asegurarlo porque no recuerdo mi padre; o parecido a mí pero hombre, así que yo supongo que parecido a mi padre. ¿Y si me parezco más a mi madre? En fin; un gigante silencioso, de rasgos austeros y sutiles, que de un solo golpe, con su hacha de tumbo, separaba en dos un tronco de quebracho; eso me imaginaba. Un hombre improbable, lo sé, una especie de semidios ermitaño y bueno que vivía de preparar la leña, a quien nuestro esquivo captor le compraba un paquete por semana en el invierno para que no muriéramos de frío. También, a veces, imaginaba que aquel hachero descubriría el secreto de quien nos había raptado, lo cortaría al medio y vendría a rescatarnos. Como en *Caperucita Roja*. Como si estuviéramos en sus entrañas. Por más que me esfuerzo no entiendo a nuestro secuestrador, o a quienes nos tuvieran ahí. Juntar en un páramo desolado a un grupo de desconocidas cuyas memorias han sido borradas, no mostrarse nunca, no dejar nunca ningún mensaje claro más allá de las trampas para evitar que escapemos. Lo releo y me parece un reality show, o un experimento social macabro; es decir un reality show, del que nunca nadie supo nada, o vaya una a saber quién cuándo supo qué. ¿Qué tendríamos en común las que estábamos

ahí? ¿Tendrían algo en común nuestros pasados? Bueno, éramos mujeres, eso era algo que algunas, las que no fuimos reducidas a cenizas con la casa, seguimos teniendo en común, pero ¿había algo más?

En fin, hoy quería escribir sobre el hachero que imaginaba, pero las preguntas sin respuesta son como perros fieles, les abris la puerta y se van y yiran y siempre vuelven. Son perros fieles que siempre vuelven pero en lugar de cariño nos dan miedo y dolor, o por lo menos ansiedad. Y quiero escribir sobre el hachero que porque hace un rato vimos a uno, al primer hachero que he visto en mi vida. Creíamos estar llegando a la frontera Oriental. Veníamos atravesando el campo a pie hacia ya varios kilómetros. Un alambrado altísimo se interpuso en nuestro camino. Detrás del alambrado, a unos doscientos metros, se alzaba el bosque. Y a la vera del bosque los hachazos sordos de un hombrecito solitario eran la única manifestación audible de vida en la vastedad, como si todos los pájaros, el resto de los animales del bosque e incluso el viento que lleva el murmullo de los árboles, se hubieran quedado en vilo, depositando, como nosotras toda su atención en esos golpes tristes y en el balanceo de ese cuerpo agobiado de esfuerzo y mediodía. La mano derecha se deslizaba por el cuello del hacha, primero hacia la base cuando el filo bajaba a pegar, y luego hacia la cabeza del arma, cuando la misma subía, inexpresiva, a pedirle ayuda a la gravedad para su próxima descarga. Sentí algo que, sin duda se dio como un solo gran sentimiento, pero si existe una palabra exacta para expresarlo, la ignoro. Podría decir que sentí compasión, pena y miedo. Compasión por aquel pequeño hachero. Pena por nosotras y nuestro discurrir. O al revés: pena por él y

compasión por nosotras. Y miedo no sé por qué ni de qué. Eso sí, no era un miedo desbocado. No era de esos miedos absurdos o no, que en un instante te dominan y te paralizan o te llevan a actuar de maneras en las que nunca actuarías de no estar bajo su influencia. No, era un miedo mínimo, lejano como un punto en el horizonte. Como despedirse de alguien que volverá pronto y temer, de repente, no verle nunca más, cuando nada amenaza la vida de una ni de la otra persona y cuando nada sugiere que esa posibilidad, la posibilidad de no volver a verse nunca más, exista. Era un miedo que, de persistir, seguramente me llevaría a la locura. Pero enseguida se fue apagando y yo pensé qué feo, está mal sentir compasión, está mal sentir pena, está mal sentir culpa por lo que siento, hay que luchar contra el miedo, hay que luchar contra la culpa.

Luz debía sentirse de una forma muy diferente, aunque siempre fuimos tan distintas que quizá se sentía de un modo parecido al que me sentía yo y ese sentimiento similar la llevo a actuar de una forma completamente opuesta a mí. Cuando yo estaba a punto de hablarle en voz baja al grupo para que debatiéramos qué hacer; ella llamó con tres o cuatro gritos al hombre que hachaba sobre el límite del bosque alambrado. Con el primer grito de Luz, el hombre hizo un movimiento como poniéndose alerta, con el segundo, miró en nuestra dirección, y con el tercero y viendo o adivinando nuestros gestos, se encaminó hacia nosotras. Con un par de segundos más, antes de que ella grite, yo nos hubiera convocado a discutir entre nosotras qué hacer. Pero Luz es así, impulsiva y rápida. Para cuando quise darme cuenta todas gesticulaban hacia el hachero ya advertido de nuestra presencia. No me salió otra cosa que sumarme a la bandada de

manotazos descompasados que agitaban el aire seco, caliente e inmóvil que nos circundaba. No sé si alguna vez vi, y lo dudo mucho, una marcha tan tranquila como la del hombre que había dejado su hacha en el suelo, junto al árbol que recibía los impactos, y se nos aproximaba como vencido, como avergonzado, mirándonos solo cada tanto para comprobar que seguía avanzando en línea recta o para comprobar que no éramos un espejismo. El resto del tiempo su mirada iba fija en el suelo. Por un momento estuve segura de que era mi padre o mi hijo o mi hermano, o el padre o el hijo o el hermano de todas, que venía a decirnos luché por lo nuestro, mamá, les juro que luchamos hasta desfallecer pero perdimos, hermanas, nos arrebataron todo.

XL

Nuestra organización tiene que estar preparada para cualquier cosa. Porque desde una organización como la nuestra, que ha tomado la necesidad de liberación de nuestro pueblo como mandato y entiende que encabezar un proceso revolucionario y anti dictatorial es responder a la necesidad de nuestra patria, debemos asimilar que dictadores y capitalistas tomaran cualquier oportunidad para desarticular nuestro movimiento y borrarlos de sus mapas. En este sentido es nuestro deber resguardar del espionaje nuestros planes y la información personal propia y la de los compañeros. Por estos motivos permanecemos suspicaces al recibir al grupo de mujeres jóvenes que se acercaron a nuestra organización mediante Belisario.

Belisario goza de nuestra plena confianza. Ha probado su lealtad a la causa del pueblo a lo largo de 15 años como colaborador externo en muchas de nuestras operaciones. Sin embargo, nos resultó evidente que su senilidad ya lo ha vencido al escuchar la historia del supuesto origen de esas mujeres. Sí destacamos como sorprendente la ausencia de contradicciones en una trama tan delirante y vimos la necesidad de formular ciertas preguntas lógicas. Por ejemplo, si son enviadas de los represores, ¿por qué se arriesgarían a darnos un relato tan desopilante pudiendo inventarse una coartada mucho más básica y parecida a lo que estamos viviendo todos por la zona? Si los militares saben muy bien cómo nos obligan a vivir. Por otro lado, ¿por qué no tratan de involucrarse activamente en la

organización si querían infiltrarse? El único interés aparente de todas ellas era la posibilidad de escapar del país. Espías tradicionales sabrían que involucrándose a fondo conseguirían el dato de nuestras rutas de escape y mucho más.

A partir de cierto momento empezamos a contar la posibilidad de que fueran hijas de la más alta aristocracia, por completo ignorantes de las condiciones de vida de las clases populares. Niñas ricas que vivían en la burbuja de sus cuentos de ciencia ficción y pensaban que nuestras desgracias, de las que solo sabían por oídas desatentas y ecos distantes, no podían ser reales sin esos ingredientes fantásticos. Pero ¿a quién se le ocurriría enviarlas a una misión así? y, suponiendo que así lo hicieran ¿no iban a asesorarlas para contarnos una historia mínimamente verosímil?

Si son hijas de multimillonarios, decía un compañero, de ninguna manera son enviadas de los militares ni de los servicios de inteligencia; solo hay dos opciones, decía: o, totalmente desprovistas de amor, dolidas, han venido por su propia cuenta a entregarnos para demostrarle a sus papis que valen de algo; o bien, se han solidarizado con nuestra causa, quieren conocernos y huir de la influencia súper-poderosa de sus familias, pero temen que al revelarnos sus orígenes las secuestremos para pedir rescate o desconfiemos de ellas. Y, aunque eran hipótesis bastante estafalarias, la organización entera se dividió entre los que creían una y los que creían la otra. Quienes preferimos la primera, en adelante las miramos con odio y recelo. Quienes compraron la segunda, les tomaron un cariño tal que llegaban a hablar de ellas como si fueran parte de su familia.

Así fue que, de la mano fraternal de algunos y bajo la vigilancia férrea de otros, ellas fueron conociendo los túneles en proceso del Pueblo Chico, los refugios y algunos de los preparativos para el próximo copamiento que llevaríamos a cabo sobre una base militar de la frontera oeste, plan que conllevaba una oportunidad de salir del país.

Y, a pesar de la rápida instalación de ese juego de simpatías y sospechas, así también fue que nadie les creyó que venían de una casa perdida donde aparecieron de repente con sus memorias borradas y de la que escaparon desnudas bajo una tormenta de nieve un día en el que esa casa se incendió hasta desaparecer. Nadie les creyó salvo Belisario. Nos apenábamos de él. Si cabe la autocrítica, admitimos haber confundido con senilidad su capacidad excepcional comprenden la verdad en toda su simpleza, ni bien la tienen en frente.

En este contexto, y a pesar de la desconfianza de muchos, estas mujeres terminaron bien informadas de la Operación Frontera –nombre que, con escasa creatividad, le pusimos al plan de copamiento del cuartel militar que estaba instalado en un paso antiguo y solitario de la frontera oeste-. Y poco después fue perpetrado el sorpresivo y brutal asesinato de Belisario. Otra canallada inhumana por parte de los represores.

Y entonces las mujeres, muy asustadas, nos pidieron que adelantáramos el plan y las ayudemos a salir por el oeste. En Asamblea, después de varias horas de discusión, terminamos accediendo.

Sin entrar en detalles técnicos se les explicó el plan: Ellas, que no habían demostrado voluntad de combate, se quedarían a medio quilómetro del lugar con dos compañeros –uno de los que les guardaba simpatía y otro de los que desconfiaban de ellas- cuidando la combi y el camión en los que llegaríamos al lugar, escondidos entre unos matorrales. Mientras, el resto de la compañía tomaríamos el cuartel, anularíamos al personal y nos llevaríamos todo el armamento posible.

El desenlace fue espantoso. Si bien logramos irrumpir en la base, reducir al enemigo y secuestrar prácticamente todo su arsenal con una velocidad y con una eficacia prodigiosas, disparando apenas dos tiros al aire; más tarde, cuando el grupo que se iba del país estaba por cruzar la frontera, un milico malcagado nos hundió el festejo.

Además de toneladas de armas de fuego y municiones nos estábamos llevando un camión en el que cargamos todo, una camioneta blindada y el único auto particular que había en el lugar. Sumados a estos teníamos los dos vehículos en los que habíamos llegado. Los emigrantes se irían en la combi. En aquel paso abandonado, apartado por mucho de toda población civil, no existía ningún control salvo el cuartel que ya habíamos desbaratado. Todo había resultado tan fácil y ajustado a nuestros cálculos, que no actuamos con la presteza necesaria en los movimientos finales. No revisamos bien la base y asumimos que los milicos que habíamos dejado encerrados, amordazados y atados de pies y manos en el almacén que previamente vaciamos de armas, eran todos los que había.

La combi, llevándose a las hijas del misterio y a los dos compañeros que se quedaron con ellas mientras entrábamos al cuartel, se disponía a cruzar la frontera en el calor fatal del mediodía que retorció el aire. Un momento después estábamos todos en el piso. Primero no supimos de dónde habían salido los tiros que cayeron sobre la combi que se desvió del camino y chocó de frente contra un árbol. No sé quién señaló la torreta sudoeste del cuartel. Una parte de la compañía respondió al fuego; otra parte fue hacia la torreta para capturar al tirador. El que conduciría el auto particular, la pareja que estaría al frente del blindado y yo corrimos hacia la combi. No hubo más disparos en esa dirección, y muy pronto, ya no se oyeron más tiros. Pudimos evacuar la chata. El conductor estaba muerto y destrozado. Tres de las chicas, que estaban todas en la caja, tenían heridas graves, y dos de esas tres habían perdido el conocimiento al igual que el copiloto, que era el que peor estaba. El resto de ellas habían salido prácticamente ilesas salvo por algunos rasguños, moretones y dolores de huesos. Le debían su suerte a un par de colchones que viajaban con ellas y que amortiguaron la violencia del choque, aunque no sé bien cómo. Apenas dejamos el cadáver del conductor en el suelo, junto al árbol, alguien dio un grito ininteligible desde la posición de nuestros vehículos y yo miré. Era uno de los nuestros que, desde la caja del camión me señalaba otros dos camiones que venían del noreste. Camiones militares. Ya estaban muy cerca. Como si un pedo endiablado los hubiera empujado hacia nosotros desde las entrañas de este país de mierda a una velocidad imposible. Toda la compañía, exceptuados los cuatro que habíamos corrido hacia la combi, estaba ya reunida y repartida entre los camiones, la

camioneta, y el auto. No había tiempo de nada. Váyanse; fue mi grito de respuesta, le grité tan fuerte y claro como pude ¡llévense todo y váyanse ya!

Sentí que mi interlocutor, a quien mi mala vista de lejos no me permitía siquiera reconocer, me miraba extraño, preocupado o indeciso. Entonces me di cuenta de que los trescientos o cuatrocientos metros que nos separaban, hacía un momento los habíamos cruzado corriendo, pero se había sentido como si en un instante pasáramos de un punto al otro. Volví a gritar que se vayan con todo el volumen y la potencia que me permitió mi humanidad desdibujada por el calor. El camión que se llevaba las armas y la camioneta blindada tomaron rumbo sur, mientras el auto secuestrado y el camión de la compañía se cerraba hacia el sudeste. No me acuerdo a qué grupo siguió el camión militar que no vino hacia nosotros, pero no pudo capturar a nadie.

El otro camión militar venía hacia nosotros. Y el resto lo recuerdo en silencio; en silencio como si después de mi último grito me hubiera quedado sordo, como si hubiera explotado una bomba al lado mío. Todo pasó muy rápido. Y creo que el calor ya me estaba haciendo delirar porque recuerdo sentir, por un momento, que venían a rescatarme.

XLI

Nos llevará. Dirá un destino. Dirá a dónde, a qué distancia y cuánto tiempo tardaremos. Imposible saber. Tanto se dice. La verdad es tan volátil. Es tan fácil reprogramar los relojes mientras alguien duerme. Me duele tanto no confiar en nadie.

Se mostrará amable, extrañado y seguro de algo. Hará bromas, reflexiones, comentarios y silencios. Dará consejos, frazadas, comida, lugar.

¿Será de buena fe o será un secuestro? ¿Será para no sentirse mal consigo mismo o será para sentirse bien consigo mismo? ¿Será para matarnos o para prostituirnos? ¿Estoy paranoica o simplemente alertada? ¿Será la buena costumbre de levantar a quienes hacen dedo en la ruta aunque no tengan ropa?

Es, por ahora, él y su camioneta, un punto negro que se agranda a través de una cortina de nieve. Ni confío en ese punto, ni quiero que muramos de frío así, en esta tormenta.

XLII

<<Luces diminutas se conjugan y disimulan en formas poco conocidas. Peligro y Salvación, aliados míticos en la trama total, aunque estas luces hablen o estén mudas, en ellas aparecen, justifican y crean la necesidad del consumo que a toda costa debe resultar el garante único de felicidad y calma ante la angustia de existir.>> Eso pensaba mirando el televisor del bar mugriento. Y ese pensamiento no es ni novedoso ni profundo; es una simple paráfrasis, con pretensiones poéticas, de una pila de autores que hace mucho vienen alertando a la sociedad del poder perverso que ejercen los medios masivos de comunicación. Autores cuyos nombres no recuerdo, ni uno; como sí recuerdo los nombres de todos los conductores de televisión del prime time. Ya ven; si escribiera esto sería un idiota. La gente ya está cansada de leer a pelmazos que se quieren a sí mismos concientizantes, y mucho más cansada de escritores sin ideas que venden una fachada bohemia de noches de calle y alcohol que en realidad no viven, y todo empalagosamente barnizado de un refrito de las formas de la poesía que en algún momento, a un nivel mediocre o por lo menos insuficiente, fueron revolucionarias. Es al pedo. Por suerte me liberé hace tiempo de ese yugo, de ese autoflajelo bobo que es la literatura. Ahora puedo ser feliz. Y ese día estaba siendo así, feliz, sentado en ese bar. Lugar común de mala muerte. Feliz, calando hondo mi cigarrillo. Feliz porque consumía tabaco y cerveza en una noche despejada de verano que después de un día de lluvia se entregaba fresca y radiante a los caprichos de un loco como yo, que ya no escribía, que ya estaba a salvo de toda

esa fantochada, y que pronto no estaría tan feliz. Porque revisaría mis bolsillos y encontraría vacío el paquete de puchos, vacía la billetera que debía servirme para pagar más cerveza y alguna compañía tibia y condescendiente, y vacía mi alma, pero eso ya lo sabía y me importaba un carajo, el alma no sirve para nada.

Y tenía esto que me daba vueltas en la cabeza y pensaba, y sigo pensando, porque consecuente soy, eso sí, pensaba que si esto fuera un texto escrito, si yo o alguien más lo difundiera por algún medio y si llegara a leerlo un poeta escritor, el mismo se indignaría, me tomaría por necio, estúpido o forro, y en su defensa –o en defensa de vaya a saber qué legiones de infelices- diría “yo no escribo para que me lea la gente; yo escribo porque me siento vivo, como descargo, cable a tierra, porque es político” etc... Hací - lo - que - quieras, hermano.

Ahora, si yo escribiera, lo haría para que me lea alguien, para que me recomiende a sus amigas, para que le guste a mucha gente y así vender y juntar toneladas de guita como para falopearme hasta darme vuelta y después hacer los mejores tratamientos de rehabilitación cuantas veces me dé la gana. No como esos poetas enamorados del cosmos, de las flores, de las estrellas, del día, la noche, su tierra, lo marginal, la lucha por generar conciencia social, y la mar en coche. Esos, como mucho, agarran en la gente un tiempito, un bum en algún momento de sus vidas o después de sus muertes –mayoritariamente después de sus muertes- y al final son solo carne de cañón para toda una comunidad secreta de las más diversas variedades de ratas de biblioteca que les rinden culto o los lapidan según la conexión emocional que establezcan con los textos o con la

biografía del autor; pero disfrazan esas decisiones viscerales de alabanza o linchamiento haciéndolas pasar por un análisis crítico elaborado y minucioso que solo es la conjunción conveniente entre el texto en cuestión con muchos otros textos y conceptos aburridísimos que absorbieron antes y ahora les sirven para manifestar, con una gramática férrea y aparentemente objetiva, como si tuvieran alguna verdad, que la cosa les gustó o les pareció una cagada. Como si existiera algo tan idiota como la calidad literaria. Dios mío. Creo que también por eso dejé de escribir: no tolero la crítica. No podría aguantar que lo que hago sea juzgado por alguien, y mucho menos por nerds sabelotodo que sabrían remarcar muy puntualmente lo que encuentran como defectos o virtudes de mi escritura. Es al pedo. Ya dije. Prefiero dejarla ahí. Que los que escriben escriban.

Así que me fui a dar un paseo por el parque. Silencio interior. Armonía con el todo. Admiré un buen rato el cielo nocturno y dejé que mi pecho se expanda con el perfume de los jazmines. No digo que no me gustaría cambiar el mundo pero, si pudiera cambiar el mundo; algunas cosas las dejaría igual.

XLIII

Pero claro que eso no me detendría en mi intención/ de averiguar quién era ese hombre de puños brutales y mirada tranquila.

El camino de vuelta también lo hice a pie. Llegué muy tarde a la habitación que alquilaba por muy poca plata en el caserón de una viejita viuda y hospitalaria, en la otra punta de la ciudad. Me costó dormir, muchas preguntas, pero dormí, y a primera hora de la mañana estaba en la esquina donde el yunque se perdió de mi vista.

/ No pasó mucho tiempo desde que frené en seco frente a la ochava hasta que él salió de una de las casas pequeñas y sencillas que cubrían toda la manzana. Casitas para nada ostentosas, que igualmente parecían un lujo en ese barrio de techos de chapas agujereadas y paredes húmedas sin revocar./ Estaba impecable él, con una camisa blanca arremangada sobre los codos, muy limpia y planchada, que a la altura de la cadera iba adentro de unos pantalones grises igual de prolijos, ajustados por un cinturón negro con una hebilla dorada genérica; llevaba una mochila azul oscura, y sus zapatos negros, también genéricos, y formales relucían de lustrados. Ahí,/ como una revelación, me di cuenta de que nunca, ni siquiera cuando la noche anterior lo alcanzaron los golpes de la pareja de engendros a quienes terminó batiendo, de verdad, nunca,/ y por supuesto en aquel momento tampoco,/ yo lo había visto despeinado./ En ese clima fresco y luminoso, su cuerpo, como una pieza creada por la Naturaleza para completar las

mañanas más transparentes e ingravidas, emanaba la misma calma inmensa de siempre. La misma tranquilidad tibetana que en el bar nos crispaba los nervios, espeluznante; bajo la luz diáfana del alba resultaba tan natural como tomar agua cuando se tiene sed./ Acto seguido, presencié una escena digna de la película más melonera: o el comienzo feliz de una película en la que pronto una desgracia orquestada por seres despiadados suscitará la venganza del hombre envenenado y poseído por la furia que causa la pérdida de la familia; o el final feliz de una película en la que, entre risas y llantos, un hombre y una mujer van superando una serie de obstáculos, que hasta llegan a hacerles pensar que su amor es imposible, pero al fin terminan juntos y fortalecidos./ El yunque se puso de frente a la puerta de su casa y dos niñas precedidas por sus propios gritos alegres y agudísimos, característicos de la euforia del juego, salieron disparadas desde el interior del hogar y se abrazaron una a cada pierna del hombre que se tambaleó un poco, sonrió y les acarició las cabezas, revolviendo sus pelos larguísimos. Atrás de las niñas bajó a la vereda una mujer hermosa, con una expresión tan satisfecha y pacífica como para publicidad de Coca-Cola./ Lamento que buena es mi vista como malos mis oídos. Se hablaban, pero no les puedo reproducir qué decían. Pero bueno, los veía hablar, y al terminar la pequeña charla, la madre tomó por una mano a cada hija y las apartó del padre, que finalmente las alzó y besó, primero a una, después a otra; y por último besó a su mujer, le acarició con suavidad un hombro diciendo algo, y se encaminó hacia la esquina. ¡A la esquina donde estaba yo!

Suerte para mí, una ventana enrejada de la ochava, con los postigos abiertos de par en par, dejaba ver un cuarto diminuto. La habitación estaba tan atiborrada de revistas, productos de almacén y mercaderías de todo tipo, que las paredes había que intuir las. En el medio de ese remolino inentendible de cosas, un señor de aspecto fósil, entre amargado y abstraído, cruzado de brazos, esperaba clientes. Con instinto de avestruz, enterré mi cabeza entre dos barrotes de la reja y fingí examinar, o examiné ciertamente, una revista de deportes. Cuando el yunque pasó a mis espaldas, sin detenerse para nada, saludó con un discreto “buen día” al comerciante que levantó su mano, se inclinó un poco y respondió con un “chau, buen día” también muy sereno. Emergí de entre los barrotes recién cuando supuse que el ídolo secreto del bar de la estación ya estaba lejos. El señor de aspecto fósil me preguntó, seco, si iba a llevar algo. Le dije que me gustaría desayunar. Para mi sorpresa, me ofreció un menú que constaba de una taza de café, un vaso de jugo exprimido de naranja y dos tostadas; todo por un precio menor al que tenía el café solo en el centro de la ciudad. Así que, cuando le pregunté si había pasado alguna noche del último año en el bar de la estación pero me contestó que no pero que un primo suyo era vitalicio del lugar, acepté el desayuno. El hombre sacó a la vereda una de esas mesas plegables con patas de tubos huecos y tabla de aglomerado recubierta de un plástico descolorido con algunas pequeñas rajaduras; y una de esas sillas, también plegables y con estructura de tubos huecos, pero con asiento y respaldo de lona. No me permitió retenerlo en la charla hasta que hubo preparado y servido todo. Mientras se movía de acá para allá, me advirtió que había trabajado en la cocina de la mejor cafetería de la ciudad, la que para muchos también era la mejor

cafetería del país. Lamentable que se perdiera porque uno de los tres hermanos y dueños, adicto al juego, terminó, como es natural, apostándolo todo y perdiendo. Lo que yo estaba por probar, amenazó, era un desayuno básico, plagado de detalles sutiles que no le quitaban protagonismo a lo esencial, sino que, por el contrario, lo elevaban a su máxima expresión. El hombre parecía desfosilizarse. Y cuando ya tuve en la mesa las tostadas, el café y el jugo, mientras consumía cada cosa con una lentitud premeditada, y la verdad, gozosa; pude saber todo lo que el primo le había contado sobre las hazañas del fenómeno imbatible que se peleaba en nuestro bar todas las semanas por lo menos dos o tres veces con personajes siempre desconocidos. Lo que el señor desfosilizado no sabía era que al campeón lo había echado del bar, sin posibilidad de retorno, unas cuantas horas atrás. Y parecía tampoco estar enterado de que aquel guerrero mítico era también su vecino. ¡Claro no iba a decírselo yo! Solo al final, cuando ya me había tomado una segunda taza del café excelente que servía mi anfitrión, y cuando ya había declinado el ofrecimiento de cualquier otra cosa; mientras el señor pasaba un trapo a la mesa, la plegaba junto a la silla y apoyaba ambos muebles contra la pared, le pregunté si conocía a alguien del barrio que visitara seguido el bar de la estación. Lo pensó. Se notó que repasaba nombres, caras, y anécdotas de los vecinos; hasta que, desorientado, como si se estuviera perdido en la puerta de su casa, me dijo “que yo sepa, no”. Lo sentí sincero. El cielo había desaparecido sobre una extensión uniforme e imperturbable de nubes cenicientas. Mi animado interlocutor, cuyo aspecto fósil había quedado en un pasado remoto, dijo “se viene el agua”. “Así parece”, le conteste, “me voy a buscar un techo”, le dije, “pero antes, discúlpeme una última preguntita”. Me excusé diciendo que estaba trabajando en

una crónica de corte artístico sobre el gran pelión de mi bar querido; y que quería lograr una descripción detallada de cada pelea que tuvo. De alguna manera, todo ese trabajo ya lo tenía completo en mi mente, / en mi corazoncito. Al señor no parecían / ni molestarle mi curiosidad, / ni importarle mis intenciones. Me miraba atento. Le pregunté si sabía de alguien, amigo o conocido, además de su primo, que hubiera presenciado alguna pelea del campeón. Su respuesta otra vez fue negativa. Sólo su primo le había hablado de ese genio aterrador. Y también dijo “los amigos, los amigos... últimamente me emociono al pensar en los amigos ¿sabe? Yo tengo sesenta y cinco años, y, a esta edad a uno a veces le da por buscar a los amigos de aquellas épocas, usted me entiende; y muchas veces ya no los encuentra”. Asentí en silencio con una media sonrisa de resignación. Me conmovieron sus palabras, pero lo cierto es que yo no sabía cómo era vivir eso que él me contaba. Por mi edad visible él asumía que sí, que yo tenía que saber; y no pude ni quise explicarle que yo no conocía su desolación, / porque nunca tuve amigos.

Me despedí en silencio, con un gesto de mano, y nunca más le volví a ver.

XLIV

Los primeros meses que pasé fuera del país fueron de lo más agradables. Hasta diría que, en cierta forma, fueron los mejores meses de mi vida hasta ahora. No sentía ningún arraigo por esas tierras que solo me habían dado desmemorias, tormentos y amarguras. Sólo me entristecía pensar en las chicas que se habían quedado en ese pueblo lleno de desconocidos y violencia militar. En las primera capital extranjera donde residí reinaban un éxtasis y un clima de celebración constante, tan irracionales como el horror y la apatía asesina del país que yo acababa de abandonar.

Apenas horas después de llegar conseguí un pequeño hostel donde vivir y trabajar. Pero también me alcanzaba el tiempo para pasear y conocer mi nuevo hábitat. Cada día una se topaba con las ferias y sus guirnaldas, apostadas en distintas calles de los barrios residenciales; con los vendedores ambulantes de pregones alegres; con las zonas comerciales y turísticas llenas de gente a cualquier hora mirando vidrieras y curiosidades, o parando en las esquinas a escuchar a las bandas de música que tocaban canciones de todo tipo siempre dándoles una connotación, quizás inconsciente, que les imprimía el aura festiva de las calles locales. Y cada noche una podía encontrar muchos negocios abiertos hasta cualquier hora; y podía sentarse en bares o cafés y conversar sin término con personas de todas las nacionalidades que viajaban por placer o llegaban escapando de las violencias más brutales o de las violencias más sutiles. Y en

esos mismos bolichitos, o en casas desconocidas que se abrían aleatoriamente para la joda, una podía, también, bailar hasta ya no sentir las piernas, hasta ablandar los huesos al punto de volverse invertebrada, hasta morir y despertar muy tarde al día siguiente, hecha una sopa de órganos y tejidos desordenados y cocidos a la parrilla. Esto último se volvió, en un tiempo, lo más importante para mí: bailar como si no existiera nada más en el mundo.

Durante los primeros meses no supe de baile alguno ni estuve a la expectativa de ello. En ese momento estaba concentrada en los sueños, porque en el viaje para cruzar la frontera, que fue eterno, tuve sueños importantes, iniciáticos. Sueños que todavía hoy recuerdo vívidamente. Los anoté apenas estuve sola en mi habitación del hostel. En una libretita, con pocas palabras. Son ocho sueños en apenas dos o tres páginas. A continuación escribí una reflexión breve en la que me instaba a mí misma a cumplir la misión que, según mi análisis, esos sueños me proponían. La misión, en la que sigo trabajando, consiste en recopilar experiencias oníricas de cuantas personas pueda. Varios meses estuve absolutamente abocada a ello. Después de hacer el desayuno para todos los huéspedes y de limpiar los espacios comunes, a cada persona que conocía en el hostel le contaba mis sueños, le explicaba el proyecto y le invitaba a participar contándome uno suyo para mi recopilación. La mayoría accedía de inmediato y manifestaba entusiasmo por la experiencia. Entonces yo les grababa al narrar, seguía grabando cuando terminaban el relato y les hacía algunas preguntas sobre puntos de la historia que me parecían importantes o sólo me habían dado curiosidad. Cuando me sentía satisfecha con el material, dejaba de grabar y

seguía charlando, casi siempre durante horas. Creo no haber hablado ni escuchado hablar tanto en toda mi vida como en ese tiempo. A la noche, en la cama, escuchaba con auriculares las grabaciones y pasaba los sueños a la libreta. Esas conversaciones, y el agrado que suele experimentar la gente cuando se siente escuchada, me dieron las amistades que me llevaron a conocer la noche de la capital y a comprender cuánto la ausencia del sol multiplica las dimensiones de ese laberinto de cemento donde los colores giran como en un caleidoscopio.

Mi primera nueva amiga fue Pilar, la dueña del hostel. Ahora que he tenido algunos otros trabajos siento que es raro trabar amistad con jefes; pero a Pilar era difícil verla como a una superior, ella no trataba a nadie como subalterno. Ni siquiera parecía la dueña del lugar. A veces parecía una huésped recién llegada y muy tímida; a veces una empleada hiperactiva que se desplegaba por todo el lugar realizando todas las tareas con una eficacia para record, hablando sin parar de cualquier cosa con quien se cruzara en su camino o sola; y a veces parecía una extraterrestre o un ser de otra dimensión perdido en este mundo, mirando todo con los ojos húmedos, asombrados y grises de un bebé. Pilar fue la primera colaboradora de mi recopilación de sueños. Me contó uno y me regaló la grabadora digital con la que todavía grabo mis conversaciones con soñantes. Un aparato tan sencillo y compacto como espectacular. A ella se lo había regalado una expareja de la que no quería saber ni tener más nada. Tampoco quiso contarme más de esa relación y yo no insistí.

Alrededor de un mes después de mi llegada, Pilar empezó a invitarme a salir, dos noches por semana, excepcionalmente tres. Podía ser sábado o martes,

domingo o miércoles. No importaba el día. Cuando ella tenía ganas de ir a beber a un bar o de estar más rodeada de gente de lo habitual (en el hostel había siempre, por lo menos, cuatro o cinco huéspedes, a veces muchos más), me lo decía. Yo me daba una ducha y salíamos. Casi siempre a un bar distinto. Pocas veces repetimos. Al principio yo no tomaba alcohol. No tomé hasta la séptima u octava salida, y nunca tomé demasiado. No había podido dejar la sensación de peligro del otro lado de la frontera y le temía al estado de vulnerabilidad al que podía inducirme una borrachera o el consumo de otras drogas que veía circular sin problema en los bares o hasta en plena calle.

Tres o cuatro salidas después de mi debut con la bebida, acepté por primera vez ir a una fiesta. Hasta ese momento algunas veces no nos habíamos enterado de ninguna fiesta; otras veces yo me había vuelto sola del bar dónde estábamos porque Pilar decidía ir a los bailes; y hubo ocasiones en que Pilar declinó invitaciones para volver conmigo. En esos casos ella decía que tampoco tenía ganas de ir, pero yo sabía que era mentira, que era una cortesía para conmigo. Eso me molestaba y me enternecía.

En mi primera fiesta conocimos al bailarín. En realidad solo lo vimos. Su cuerpo parecía enredarse, plegarse, retorcerse para cruzar finísimos agujeros, hendijas, tajos invisibles abiertos en el aire; y reaparecer estirado, desplegado y ordenado del otro lado de esos portales imperceptibles. Me incomodaba un poco la precisión exhaustiva de sus coreografías perfectamente adecuadas a cada canción. Adecuadas al estilo musical, a las temáticas de las letras, a las palabras y frases claves, a los movimientos anteriores y a los posteriores; adecuadas, en fin,

a todo lo que pueden adecuarse las coreografías. La persistencia con la que bailaba sin parar era temible. Parecía estar en un casting eterno para bailarín de televisión, y no divirtiéndose en una fiesta. Incluso su forma de sonreír resultaba profesional. Su estar y sus movimientos tenían algo de obscenos, bochornosos, desubicados; pero no en el sentido habitual que suele dársele a estas palabras. Es difícil de explicar, pero bastaba verlo. Era cuestión de notar cómo lo miraba la gente. Sus movimientos estaban calculados, como el mecanismo de un reloj o como una jugada de ajedrez por carta, en pos de un objetivo inentendible o con un no-objetivo intimidante. Lo más parecido a su danza que conocí eran los monólogos de Galindo, que a veces parecían ensayados o repetidos hasta el cansancio. Pero bueno, él vivía prácticamente sentado todo el día en su camioneta, recorriendo el país, cruzando la frontera para cargar y descargar cosas, de eso trabajaba, no le quedaba otra que habar solo. Yo no hablé en todo el viaje, lo escuché y escuché, en los intervalos de silencio, los sonidos de la ruta, del campo abierto y de los pueblitos que pasaban cada tanto, ligeros como fantasmas. Todo ese viaje fue para mí un *deja-vu*. Una maraña de sueños. Y los movimientos del bailarín me recordaban esas sensaciones, o esa gran sensación que mezclaba lo angustioso, lo ridículo, lo sublime o simplemente solemne y lo alegre, de irse. El resultado podría llamarse, a lo bruto, desconcierto.

Esa noche habíamos salido del hostel con Pilar y también con Claudia y Mario, una pareja que estaba pasando un par de noches en la ciudad antes de seguir viaje hacia el norte. Al principio hablábamos del bailarín y nos reíamos de él. Pilar estaba extrañada de no haberlo visto antes, porque lo mencionó con unos

amigos locales y ellos le dijeron que hacía un tiempo se había vuelto un personaje folclórico en ese tipo de eventos. Para Claudia y Mario era natural haberlo conocido recién entonces. Yo no sé. La cuestión es que en determinado momento la pareja desapareció, Pilar estaba muy entretenida hablando con unos muchachos que no me daban ninguna curiosidad, y yo no podía dejar de observar con incomodidad y espanto las danzas de aquel individuo.

Me di cuenta de que no podía estar tan boluda con esa situación. Decidí unirme a él.

Me acerqué y medio imitándolo, medio haciendo mi propia interpretación corporal de lo que escuchaba, lo acompañé. Entonces él pareció notarme. Cada tanto nos mirábamos. En sus ojos y en sus dientes creí reconocer el brillo y la concentración del macho predador; pero en el resto de su cuerpo, o en la parte perceptible de su espíritu, parecían primar la inocencia y la curiosidad de un niño, esa fe en que el mundo es como se lo han explicado y la avidez por conocerlo todo y hacerlo encajar en esa versión de realidad. Me causó gracia cómo cambia la perspectiva con el movimiento.

Después me olvidé del bailarín. Bailé como poseída durante horas casi sin darme cuenta. Cuando la fiesta terminó, un par de horas después del amanecer, ya no lo vi. Se había ido. Ahí me di cuenta de que no sé en qué momento habíamos dejado de mirarnos cada tanto. Entre los últimos sobrevivientes, que emprendimos la retirada apenas dejó de sonar la música como si alguien nos indicara la salida, me reencontré con Pilar, Claudia y Mario. Qué manera de bailar,

me dijo Mario ni bien me reuní con ellos. Pilar y Claudia se rieron. Tuve ganas de gritarles ¡sí! ¡¿y qué?! ¡¿tienen algún problema?! Por suerte, enseguida pude reírme del comentario, de la risa de las chicas, y sobre todo de mí misma: primero tan indignada con el bailarín y después tomando tanto su lugar que él desapareció. Pero esa pulsión de gritar y mandar a la mierda a la pareja de turistas y a mi amiga me quedó resonando. No suelo ser así, yo no pienso así.

Después de eso empecé a ir a fiestas con bastante frecuencia y empecé a tomar más alcohol. Nunca me emborraché demasiado, no llegué ni a perder estabilidad ni a vomitar. Siempre comprendí cuando mi cuerpo me decía es *suficiente*. A través de Santiago, un amigo de Pilar, había conseguido un trabajo administrativo de cuatro horas diarias en una oficina del Estado. Ya no dependía tanto del hostel donde seguía viviendo y trabajando un poco menos. No me costaba encontrar tiempo y soñantes con voluntad de compartirse para mi recopilación. Pero, por algún motivo, nada me importaba más que romperme el alma bailando en cualquier lado. Esperaba la noche con una ansiedad que crecía cada día un poco más. Hasta salía más que Pilar. Mucho más. Ella se mostraba sorprendida y se reía de mi entusiasmo repentino y desmedido por el baile. El bailarín no apareció más. Yo iba a cada fiesta de la que nos enterábamos. Llegó un punto en el que prácticamente salía cada noche y bailaba sin parar desde la hora de la cena hasta pasado el amanecer. Horas en las que no hablaba con nadie; ni siquiera con Pilar ni con Santiago, cuando me acompañaban. La gente me miraba como si tuviera una trompa de elefante u orejas de perro. O me miraban como si estuviera haciendo un escándalo. Yo lo notaba sin ver. Sentía los

ojos ajenos en la piel. Eso me incomodaba tanto como me agradaba, y hasta me excitaba un poco. Los días de semana solía ir directo de las fiestas al trabajo. Me perfumaba y cambiaba la ropa en el baño de una estación de servicio que queda enfrente de la oficina. Trabajaba hasta pasado el mediodía, volvía al hostel y dormía, no mucho, después de almorzar. Me sentía una especie de súperhéroe.

Una noche una chica se paró cerca de mí y se puso a bailar imitando mi frenesí. Cada tanto nos mirábamos. Me pareció muy hermosa. Sentí que estaba intentando acercarse a mí. Empecé a buscar su mirada cada vez más seguido. De un momento a otro me bajó el cansancio de todos los meses que había vivido sin parar de bailar. Mi cuerpo estaba quieto y ahora era la chica la que no paraba de bailar sin registro del mundo. Me resultó inquietante. No pude seguir estando ahí. Me fui en el acto y, apenas llegué a mi habitación en el hostel, me tiré en la cama. Dormí el cansancio de una vida. Soñé con la espalda de una mujer y la espalda de un niño que iban de la mano y se alejaban de mí.

Dejé de salir de noche. Pilar se reía cuando le dije que ya no quería ir más a bailar. Durante varios días me hizo chistes con eso. Cada vez que nos cruzábamos, aunque ella estuviera hablando con otra persona, o aunque estuviera completamente ensimismada, le alcanzaba con sentir mi presencia para mirarme y decir algo acerca de ir de fiesta con un tono socarrón. No me molestaba, de hecho yo me reía con ella.

Dos semanas después del episodio de la chica y el cansancio fui a merendar al primer bar al que Pilar me había llevado. Pensaba hacer rápido, para

que no me agarre el oscurecer fuera del hostel. Algunas mesas más allá, leyendo frente a una taza casi vacía de café con leche ya frío, estaba el bailarín. Lo vi mientras hacía mi pedido, y sin pensarlo mucho le dije a la camarera que me mudaría a esa mesa. Ella se encaminó a la cocina y yo me fui a sentar frente al bailarín. Se llamaba Cristóbal y no me reconoció hasta que le conté dónde y cómo lo había conocido. Ah, me dijo, entonces vos sos la que te llevaste al duende. Por su puesto yo repetí la palabra duende con un gesto entre desconcertado y divertido, y pregunté qué duende. A nadie le gusta *tanto* bailar, dijo Cristóbal y me advirtió tres cosas: una, que lo que tenía para contarme seguramente terminaría pareciéndome una locura; dos, que quizás lo era; y tres, que, aunque fuera una locura, también era la verdad. No supe bien qué sentir ni qué pensar acerca de una persona que seria y tranquila me planteaba esto como una primera charla. Lo cierto es que, después de lo que había vivido en los últimos meses, las palabras de Cristóbal tenían sentido para mí. O, por lo menos, me presentaban una excusa para mis comportamientos recientes que yo me reprochaba. Entonces nos miramos y noté en sus ojos sospecha, reparo o desconfianza; y decidí contarle que, hacía poco, la situación en que lo conocí a él se había repetido a la inversa. Le dije que apareció esta chica y yo dejé de bailar, cansada, pero ella siguió bailando, como ida del mundo. Al escuchar esto Cristóbal asintió y dijo entonces ahora lo tiene ella. No sé si cambió lo que había en sus ojos pero a mí ya no me pareció sospecha, sino tristeza. Vino de un sueño, dijo, yo no lo quise traer, no es mi culpa. Para ese momento yo ya me había dejado llevar por el aire de revelación que tenía la charla y está claro que cuando escuché *vino de un sueño* Cristóbal, el duende, la danza, todo se hizo más real para mí. En mi mente se unieron las

piezas; la lógica del mundo, si puede decirse lógica, se volvió palpable. Escuché el sueño del bailarín con una concentración monstruosa, como la de un duende al bailar. Pero ahora estaba segura, y me alegraba, de que esa concentración era mía. Como no tenía la grabadora conmigo, después de tomar la merienda y charlar de su sueño, lo cité a la tarde siguiente. Le di la dirección del hostel y le propuse que su sueño forme parte de mi recopilación. Dudó como si no le pareciera seguro, como si creyese que podía tratarse de una trampa. No entendí su cavilar pero en mí crecía una sensación parecida, un miedo injustificado a que la grabadora o la libreta donde anotaba los sueños, o las dos cosas, ahora fueran la caja de Pandora. Me fui, de acuerdo a mis planes, antes del ocaso, quizás un poco intempestivamente. Por suerte, mis zapatillas no eran de cristal y no me seguía un príncipe, ni sus vasallos, ni nadie. Sin embargo, caminé muy rápido y miré atrás muchísimas veces.

Cristóbal no me había confirmado si vendría a la tarde siguiente y una parte de mí quería que no venga. Pero vino y con mucha calma volvió a contarme su sueño. Yo le hice las preguntas que juzgué necesarias y él las respondió. Al final, cuando dejé de grabar me miró a los ojos y me dijo: antes de bailar hizo con mi cuerpo otras cosas... ¿con vos no? No, no sé, creo que no, dije yo. Después Cristóbal miró el piso. No pude ver si lloraba pero igual le dije ya está, ya pasó, ya se fue. Y le acaricié un hombro como si llorara. Le ofrecí un té. No lo aceptó y se fue.

Esa misma tarde tuve noticias de mi país y de mis amigas. Noticias alarmantes ante las cuales solo pude escribirles una carta insistiendo en que se

fueran de ahí de una vez y vinieran a mí. Lo bueno de ese terror fue que no volví a pensar en el bailarín, ni en el duende, ni en el sueño odioso en el que se conocieron.

XLV



CERTIFICADO DE DEFUNCION N° 00651525

NOMBRE Y APELLIDO DEL DIFUNTO: *Galindo Hugo Bairós*

N° Identificación: *19.025.874*

El día *3 de Febrero de 2018* la inscripción en el registro a cargo de *Sargento Primero (SP) Jorge Ricardo Cruz* certifica que en el *Hospital Militar del Distrito 5 de la Capital* a la hora *veintitres (23) y catorce (14) minutos* del día *2 de Febrero de 2018*, a la edad de *39 años*, falleció *Galindo Hugo Bairós*.

El occiso de sexo *masculino* y raza *caucasico*, nacido el día *1 de Marzo de 1979*, estado civil *casado* y de profesión *Director y Jefe de Logística en la Importadora Bairós Inc.* ha fallecido a causa de *Colapso Pulmonar derivado de una Fibrosis Pulmonar Idiopática*.

XLVI

Yo estaba en una cápsula en la que apenas cabía mi cuerpo, quizás en un pequeño baúl, completamente a oscuras. Había poco aire, mucho ruido, y me golpeaba por todos lados en las constantes sacudidas. Apretaba entre mis dedos un manojito de papeles que no podía ver y mis últimos recuerdos son una luz, una voz familiar llena de miedo que me pedía calma y paciencia, y de nuevo la oscuridad pero quieta, silenciosa y con las manos vacías. Creo que me dormí esperando que vuelva la luz, esperando que vuelva la voz. Cuando me decidí a empujar la puerta, salí de un armario a esta casa condenada.

Atrapasueños

Sumo Policía

Este sueño lo escuché en un colectivo. Yendo por avenidas. Unas cuadras antes de cruzar la autopista que divide la Capital de los suburbios que la rodean. Al atardecer. Una frontera sobre otra frontera.

Una adolescente sentada en el fondo del vehículo se lo contaba a dos amigas paradas frente a ella. Lo escuché empezado. La narración en voz alta me distrajo de la lectura del cuento *Dentista* de Roberto Bolaño, por el tono risueño con el que la chica refería una situación de drogas: Habló de verse rodeada de un grupo de personas que no estaban fumando porro sino drogándose de verdad, esas fueron sus expresiones. Con líneas y paco, dijo. Luego su voz, todavía con gracia, comenzó a distinguir presencias puntuales dentro del grupo de drogados que parecía extenso y mayoritariamente anónimo. Mencionó que ahí se estaban paqueando algunas personas que evocó con diminutivos, o cuyos nombres de pila eran cortos. Nombres masculinos que enunció de una manera que me hizo sentir posibles lazos de afecto entre la narradora y esas personas nombradas, o alguna tensión romántica que una de las tres chicas sentía por uno de esos paqueros inesperados.

Hasta ese momento yo todavía no sabía que estaba escuchando un sueño, pero a esa altura deseaba que lo fuera. De otra forma era aterrador cómo ella contaba con tanta liviandad esos sucesos.

Entonces la chica le explicó a sus amigas cosas que ellas mismas habían dicho y hecho antes de salir de un boliche perseguidas las tres por los paqueros. Poco después, ante una breve interrupción del relato producida por un chiste de sus amigas, la narradora retomó el hilo diciendo “escuchen *lo que* apareció en la calle”. Pensé que hablaría de algo fantástico, pensé en un dragón. ¿Cómo se llaman esos chinos gordos que pelean? Preguntó.

En su sueño había aparecido un sumo envuelto en una bata dorada ofreciéndoles protección y escape en su auto que estaba estacionado no frente, sino literalmente en la puerta de la escuela. Supongo que hablaba de la escuela técnica que queda sobre la avenida por la que todavía íbamos, porque se habían subido en esa parada, ocho cuadras atrás.

Finalmente; el sumo era policía debajo de su bata y si no recuerdo mal el sueño terminaba con un tiroteo entre policías y paqueros.

Sueño de una adolescente, escuchado en un colectivo

La Luna Inmensa

Miro el balcón y veo ramas nuevas. En tres pasos largos estoy ahí y toco el árbol que viene del cielo, que crece como una cascada desde la luna. Me trepo y apenas creo haber subido media cuadra me encuentro llegando a la superficie del satélite que hoy desde la tierra se veía más grande que nunca.

Entre las raíces de la planta que fue mi camino hay una casa oscura y sola. De un salto entro a la órbita lunar. Estoy de pie sobre un suelo de ladrillo, en una habitación sin techo. Los lunáticos que treparon a la luna como yo – los vi mientras trepaban- están por todas partes. ¿Son ellos? Solo veo siluetas nocturnas. No distingo bien nada... Nervioso me concentro en una caja de metal en el piso. Me inclino y la abro. Adentro hay una sustancia uniforme que no entiendo ¿es petróleo viviente o pura oscuridad?

Ahora, cerca, veo un tapper. Espío su interior: hay una hamburguesa de quinoa. Sin cerrarlo le dejo la tapa encima. Y miro alrededor.

Las siluetas están agrupadas en la esquina opuesta del recinto. Todo se ve viscoso y del color de la noche. Noto un movimiento en el tapper y vuelvo a destaparlo, liberando una pequeña estampida de insectos veloces hechos de ese mismo elemento oscuro, brea o vacío.

Me alejo, miro la esquina de las siluetas, me toco ¡Qué terror!

¿Estaré yo compuesto de lo mismo?

Sueño de Fermín Mendoza

Velorio

Soy una niña de seis años sentada en una silla. Lloro sin control. Cerca de mí hay un pequeño ataúd. Mi bebé ha muerto. Me rodea gente y lloro. El padre de la criatura está por ahí. Y, aunque trato, no consigo verle la cara.

Sueño de Nadia Guerreros

Ser Ladrón

Nos besábamos con calma, nuestros labios se superponían hasta que todo oscureció. Le dije a mi amiga que tenía que irme. Al darme vuelta no le vi más y se me dio por trepar una altísima torre de balcones floridos, para robar un departamento al que nunca llegué.

Había trepado media hora cuando vi las luces de la policía. Salté y enseguida estuve en el suelo. Me di a la fuga. Corría imparablemente. Veía mis piernas y sus movimientos frenéticos. Y entonces entendí que no se movían. Entendí que estaban quietas.

Sueño de Amadeo Buey

Bolsa, Tijera y Cierre

Alguien cumplía años. Creo que Toto. Estábamos con amigas y amigos en un patio; compartiendo, escuchando música. Yo sostenía una bolsa plástica y transparente.

Maru salió de la casa y preguntó al grupo si alguien tenía una tijera. Nadie tenía.

Maru volvió a entrar a la casa, salió con un tijera y diciendo “acá está” se acercó a mí y de un tijeretazo tajeó la bolsa casi dividiéndola en dos. “¿”Qué hacés?” le dije indignada, sin comprender su actitud. Ella, arrepentida, desapareció de nuevo y volvió con un cierre, aguja e hilo. Coció el cierre a la bolsa y lo cerró.

Sueño de Pilar Solís

El Hotel

Estuve tres veces ahí; en el hotel. Las primeras dos, alguien me acompañaba; la tercera vez estaba sola.

En cada ocasión vi desde afuera el edificio como si fuera la primera vez; y la curiosidad por entrar fue la misma las tres veces. Adentro los sucesos tuvieron una serie de variaciones más bien mínimas. El lugar estaba poblado de ancianos inmóviles y de ojos vacíos, en cuyos cuerpos se transparentaba lo despiadado del tiempo y lo tenaz de la gravedad. Los viejos se inquietaban al vernos; se desencajaban sus caras y sus piernas empezaban a moverse exactamente a la misma velocidad que las nuestras. Para cuando entendíamos que debíamos marcharnos la puerta de entrada había desaparecido. Para encontrar otra salida nos guiábamos por el titilar de una lámpara, una mancha en el piso, la forma de un pasillo. Reconocíamos al instante esas visiones aleatorias como pistas o indicios. Era parecido a orientarse por ciertas marcas en un lugar al que se vuelve por primera vez, o en un lugar al que se vuelve después de mucho tiempo. Los viejos decían que no íbamos a despertar, decían que nos íbamos a quedar ahí para siempre.

Finalmente llegábamos, o yo llegaba, a una habitación azul iluminada por un foco cálido muy tenue. Allí, detrás de un cuadro amurado en el cual se veía una embarcación pequeña y solitaria en altamar, las puertitas de un estante secreto

contenían la llave de un ventanal gigantesco con rejas rojas que daba a una pared.

Sueño de Filosofía del Valle

De Estacionamientos

Nos estábamos cagando de risa en el estacionamiento de una plazoleta cerca de la sexta estación del tren. Sonó el teléfono de Gabi que se alejó para atender. Lo vimos acuclillarse y meterse la mano libre entre los pelos. Dos de los pibes se le acercaron. Cuando pregunté qué pasaba Nacho me contestó que vieron a la novia de Gabi paseando con otro tipo por el campito lindante con la tercera estación del tren. Se tomó la decisión de ir a cagar a trompadas a este otro tipo.

Atardecía y nos alejábamos de la tercera estación bordeando la Facultad de Agronomía. En el túnel, en medio de un embotellamiento neurótico, un individuo hacía sonar la bocina de su auto a cabezazos limpios. Gabi encabezaba el grupo seguido por cinco de los pibes y un poco más atrás por Nacho y por mí. Cruzamos entre los vehículos estancado. Tomamos uno de los caminos de cemento que atraviesan el campito. Desde ahí le hice un gesto a unos flacos que fumaban porro sobre el pasto, y ellos respondieron afirmativamente; así que me acerqué y fumamos. Chicos, no me sale ser un elefante, les dije. De inmediato uno lanzó un bramido que se clavó en el cielo como expandiéndose y a la vez yéndose en punta. Apenas verlo comprendí la técnica de ser elefante y di mi propio bramido; un poco más grave. Nos reímos y cuando quisimos darnos cuenta estábamos rodeados de animales. Un ciervo, un búho, un halcón, una rana, una serpiente, un

hipopótamo, un toro, un canario, perros y gatos, un pájaro carpintero, un delfín. Uno por uno, fueron saltando hacia mi brazo izquierdo y entrando en él, o fundiéndose o fusionándose a él. Me despedí de los flacos amables que me habían convidado de su marihuana y me habían enseñado a ser elefante; y volví a encontrarme con los pibes. Llegamos al estacionamiento del hipermercado que hay detrás del campito. Ahí la novia de Gabi estaba con un amigo. No había que golpear a nadie. No había otro tipo.

Sueño de Oliver Hernández

Despertará en mi Lugar

Es de noche en el claro de un bosque. Creo que los árboles en la oscuridad son pinos. Nueve o diez duendes me hablan. O nos hablan. Me parece que hay más gente conmigo, puede que detrás de mí. De alguna manera nos tienen prisioneros, o me tienen prisionero. Ejercen sobre nosotros, o sobre mí, algún poder que me impide, o nos impide defendernos. Mentalismo, quizás.

Uno me hace una pregunta y me advierte que si no respondo bien un duende despertará en mi lugar. Pienso y doy una respuesta. Es incorrecta.

Sueño de Cristóbal Vecino

Poesías Intactas

Célibe

Solo una te ha tocado

En un momento impreciso

que no te suelta.

Una sola te ha tocado

Desde un momento impreciso

que no termina.

Hasta hoy.

Solo una te ha tocado

Hasta hoy.

que otra llega y toma,

como la primera,

Todo tu cuerpo

Desde un momento impreciso

que no te suelta

En un momento impreciso

que no termina

Y la que abrió su mano

para dejarte en otra palma

Ve cerrarse los dedos

que esconden o transforman

tu cuerpo intacto

Todo tu cuerpo

será alimento

De un cuerpo impreciso

que no termina

que no te suelta

Anteojos de sol

¿Qué ven en el aire tantos ojos perdidos

en la fila del banco?

Faltan 14 números para que estos ojos

tengan su turno de pagar.

Antes faltaban 31.

Sesenta y dos ojos.

¿Qué señala ese niño?

¿Qué buscan en el vacío setenta y pico,

quizás más de ochenta o noventa

ojos perdidos en la fila del banco?

¿Esperan su turno de pagar?

¿De cobrar?

¿O esperan una revelación que cruce

fugaz esta sala de espera

incendiando de conciencia

tantos ojos perdidos en cuerpos distantes,

tantos ojos ansiosos en la fila del banco?

Y una chica desparramada

con lentes de sol.

El auditorio lleno

La audiencia ausente

Esa es la obra

Dicho

¿Avanzo?

¿Avanzo lento? ¿Muy lento?

¿De noche?

¿Avanzo muy lento esta noche?

Interminable

¿Avanzo muy lento en la noche interminable?

Sí.

Y me quedo quieto si la gran luz cae.

Humo que perdió el viento

vuelvo hecho polvo al suelo.

Pasan los pies del agobio y del relajo:

a veces buscando el sol

a veces sombras proyectadas.

Y si alguna vez nos vemos

puede que vuelva a decirte

que la sensación de llegar

siemprealmismopunto

me hizo pensar que es mejor

seguir cuando no veo el camino

y los peligros pueden acecharme

sin que yo los advierta.

Vidrio y Fuego

Noche vacía

Camino

Calles vacías

Quizás de un sueño

Me detengo a ver

Un jardín de infierno

Solo llamas envueltas en vidrio

Los edificios ciegos

Tiritan

Hasta hoy.

Pequeño Réquiem

Tres colores en el pelaje

de la gata quieta en medio de la sala

como una foto matutina

como si tuviera sentido pensar demasiado

antes de dar un paso,

el paso siguiente.

Tan solo en un rato

le será practicada la eutanasia

y la paz que aparenta

bajo la engañosa luz del sol

se verá quizá, eternizada

Liviano

Qué rápido y qué liviano es el cielo.

Con los pies en tierra firme,

con los pies a la altura del mar,

veo el cielo tan rápido y liviano

me da vértigo que un día se desclave

se vaya para arriba y así quedar

Liviano como el cielo

Liviano como vos

pájaro o ángel que sobrevuela

un cruce de avenidas.

No entiendo

si estás por encima o por debajo

del manto celeste que corona el mundo

corona el suburbio y nos corona

monarcas del infinito.

El día y la noche

dos caras de una misma corona;

de infinitas coronas que nos coronan

a cada habitante

Monarca

de Una Infinita Incertidumbre.

Monarca:

un boliche cerrado de parroquianos anarquistas

que sonaba punk y olía encierro

transpiración y cerveza.

Ojalá hubiese ido alguna vez.

Y el cielo tan liviano que no para,

Tan rápido que flota.

El cielo suburbano y precoz

ya es el cielo con el sol en punta del centro

y el cielo de martes en el Sur que me perdí por batata

ya es el cielo del Este, del Norte, del Oeste,

y a primera tarde todos esos cielos anohecen

en mi barrio, en ese difuso cielo coronado
que ya es una noche hermética,
ya es el cielo nocturno de un lugar que no reconozco
y se ilumina de golpe por explosiones.

No sé si son de júbilo o genocidio.

Son explosiones que encienden el cielo

que deshacen la noche

y la noche se reanuda al instante

La noche intacta.

Qué rápido y qué liviano es el cielo.

Con los pies en tierra firme,

con los pies a la altura del mar,

veo el cielo tan rápido y liviano

siento vértigo de que un día se desclave

se vaya para arriba y así quedemos

por fin sin nada.

Tonto

No sé qué pasó.

No sé qué decirte.

Cada tanto me pregunto

si veré tu sombra cruzar el umbral,

si recordaré tu nombre

cuando mi cuerpo ya no exista,

si existe mi cuerpo,

si sabés qué pasó

si tendrás qué decirme

o si haremos silencio

solo silencio.

Sigo

Sigo sigo y sigo (esperando)

la condena no detiene el proceso

la realidad se filtra

entre las partículas

de las definiciones

lo que se fue y no volvió

lo que vuelve

y lo que siempre estuvo

¿quién pagó cada ladrillo

qué ojos le vieron

y de qué costado?

La hora, la luz y las ventanas.

De la Vega

espejo derramado

un cuerpo en partes

sangra tinta

hace tanto

desde ayer

soy su hijo

soy su madre

y soy carne

de este cuerpo en partes

De la Vega

espejo desparramado

la tinta sale

por debajo de las uñas

como lágrimas o ladridos

Mármol,

gato mediano de departamento,

se te abren los sentidos frente a la ventana.

Mauullás como imitando el canto de las aves

despreocupadas de vos al otro lado del vidrio,

siete pisos sobre el vacío.

Más bien siete pisos sobre la calle

que dista tanto del vacío como vos

de esas aves:

Casi nada y sin embargo para siempre.

Oírlas te excita,

ni siquiera llegás a verlas,

se despierta

hermoso

tu instinto asesino.

No están adentro del calefón.

Parecés esperar que salgan de ahí

a internarse en tu territorio doméstico

alias sus lechos de muerte

en tu fantasía

Mármol,

Patético y fascinado, como yo,

pronto estarás en otra.

Cuando te Vayas

No he pasado mejor tarde de primavera

el sol y la brisa me acarician

como dos ángeles tiernos

como un ángel y un demonio.

El infierno es una bola de gas en el cielo.

El cielo empieza justo donde termina la tierra.

La tierra es una bola de agua en el cielo,

es parte del cielo.

O es todo plano.

Y No hay lugar más hermoso que el cementerio cerrado.

No hay lugar más perfecto.

Fíjese cuántos fueron traídos un día

y se han quedado durante años

sin manifestar, ni por un segundo, ánimos de irse.

Fíjese cuántos se quedan hasta descomponerse

todos sus órganos o incluso sus huesos.

Deben sentirse muy a gusto

y es entendible pues:

qué gusto insólito ver tanta gente reunida

y saber, sin lugar a dudas,

que son completamente incapaces de hacer daño a nadie;

que no pelearán por nada;

y se quedarán ahí

horizontales

sin interrumpirte cuando hables

sin hacerte preguntas

sin responderte

con la confianza o el mal hábito

de no saludarte cuando llegues

ni cuando te vayas